

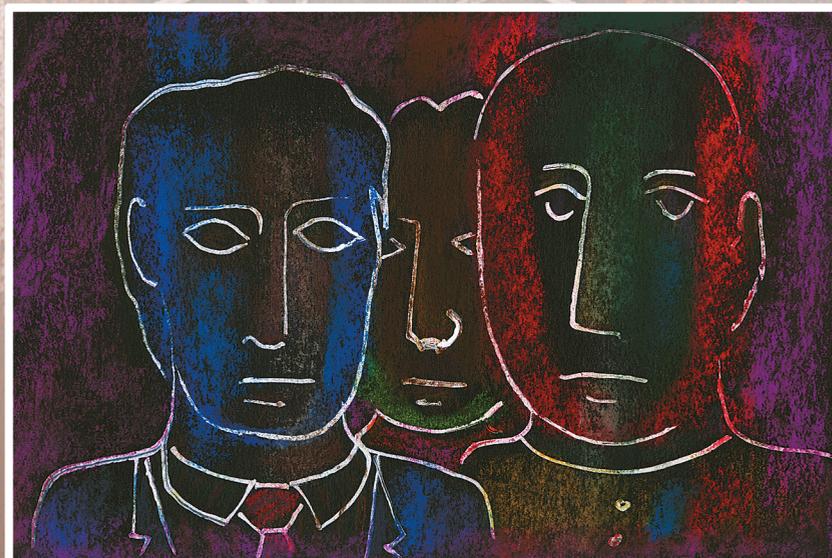
En el presente trabajo, el autor –entre muchas otras cosas– nos da un mensaje claro y firme de que si queremos hogares y comunidades seguras, así como una disminución en las estadísticas de violencia, esto no se nos dará de gratis, sin ningún costo o esfuerzo. Es necesario asumir este reto hoy y dejar de andar por la vida como lo planteó Einstein, actuando como “locos”, haciendo siempre lo mismo y esperando resultados diferentes.

*Pablo González Hernández*

Hombres que rompen mandatos. La prevención de la violencia

# Hombres que rompen mandatos

## La prevención de la violencia



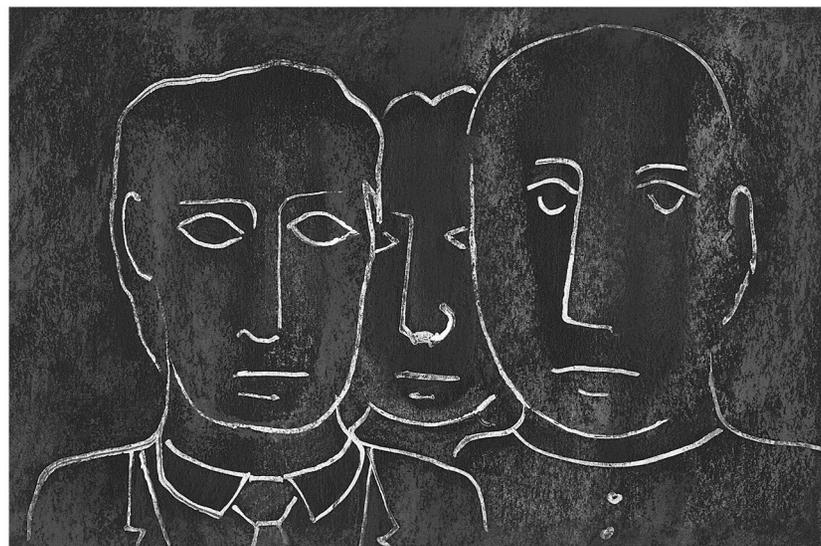
**José Manuel Salas Calvo**

**José Manuel Salas Calvo.** Psicólogo. Con amplia trayectoria docente en la Universidad de Costa Rica y ex director de la Escuela de Psicología. Miembro fundador y directivo del Instituto WEM. Consultor externo de varios organismos internacionales en materia de masculinidad, violencia intrafamiliar, género y explotación sexual comercial. Investigador de estas temáticas, acerca de las cuales ha publicado en distintos libros y en revistas. También ejerce la práctica clínica desde hace más de 20 años.



# Hombres que rompen mandatos

## La prevención de la violencia



José Manuel Salas Calvo

Arte e impresión:  
Lara Segura & Asoc.  
(506) 256-1664



362.88 Salas Calvo, José Manuel.  
S159h Hombres que rompen mandatos: la prevención de la violencia  
/ José Manuel Salas Calvo - - 1a. ed. - - San José, Costa Rica:  
Lara Segura & Asociados, 2005.  
232 p. ; 14 x 21 cm.

ISBN: 9968 - 930 - 04 - 0

1. VIOLENCIA - GÉNERO - COSTA RICA. 2. SOCIOLOGÍA.  
3. VIOLENCIA DOMÉSTICA. I. Título.

Este documento fue producido gracias al apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), la colaboración del Instituto Nacional de las Mujeres (INAMU), y el Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM).

"Las ideas, afirmaciones, opiniones y criterios expresados en esta publicación, no reflejan necesariamente la posición del Fondo de Población de las Naciones Unidas. Se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, siempre que el contenido no sea alterado, se asignen los créditos correspondientes y se haga llegar una copia de la reproducción al UNFPA".

Autor: **José Manuel Salas Calvo**

Revisión filológica: **Rocío Monge Corrales**

Dibujo portada; obra sin título de:  
**Ricardo Ulloa Garay**

Arte e impresión:  
Lara Segura & Asoc. / (506) 256-1664

***Dedico este trabajo,***

*Con especial cariño a mi madre, mi esposa y mis hijas, mujeres que, con mayor peso y presencia, me han forjado en la ilusión de un mundo en el que brille por su ausencia la violencia en nuestros hogares y relaciones cercanas.*

*A aquellas mujeres que día a día luchan por mejores condiciones de vida, sobre todo las relacionadas con la armonía, la solidaridad y la realidad de un mundo de paz.*

*A aquellos hombres que, en mayor o menor medida, se han atrevido a cuestionar las bases de su masculinidad, eje fundamental de esta propuesta.*



***Agradezco ...***

*Al equipo de trabajo del Instituto WEM por su apoyo permanente, de manera especial a Álvaro y a Pablo.*

*A Rocío Monge, porque su labor de revisión filológica siempre fue más allá.*

*A Ricardo Ulloa Garay, porque siempre nos está recordando que con el arte también se lucha por los cambios*

*A Ricardo Lara, porque en todo momento nos ha apoyado de manera solidaria.*



# Indice

	<b>PÁGINA</b>
<b>PRESENTACIÓN</b> .....	9
<b>PRÓLOGO</b> .....	17
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	21
<b>CAPÍTULO I</b>	
<b>LA CUESTIÓN DE HACERSE HOMBRE</b> .....	41
LOS HOMBRES TAMBIÉN SOMOS GÉNERO .....	49
GÉNERO Y MASCULINIDAD. PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN SOCIAL.....	56
LA MENTIRA Y LA HOMOFOBIA EN EL PROCESO DE HACERSE HOMBRE .....	69
LA NEGACIÓN Y EL RECHAZO DE LO FEMENINO.....	84
MASCULINIDAD E IDENTIDAD .....	94
CONSECUENCIAS DE LA MASCULINIDAD ASÍ CONSTRUIDA .....	98

<b>CAPÍTULO II</b>	
<b>VIOLENCIA INTRAFAMILIAR Y DE GÉNERO .....</b>	<b>109</b>
PODER Y VIOLENCIA INTRAFAMILIAR. LA CUESTIÓN DE LA MASCULINIDAD O LAS MASCULINIDADES .....	116
<b>CAPÍTULO III</b>	
<b>UNA PROPUESTA DE ABORDAJE .....</b>	<b>135</b>
DEL TRABAJO CON HOMBRES: SU LÓGICA Y SUS PARTICULARIDADES .....	139
PROPUESTA DE TALLER CONSIDERACIONES GENERALES PRELIMINARES.....	149
EL TRABAJO CON MÓDULOS CONTENIDOS. METODOLOGÍA. CRONOGRAMA.....	160
Módulos.....	161
<b>CAPÍTULO V</b>	
<b>ALGUNAS REFLEXIONES.....</b>	<b>189</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>203</b>
<b>ANEXOS .....</b>	<b>217</b>

## Presentación

El Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA) establece, en su *Informe de Población Mundial 2000*, que una de cada tres mujeres en el mundo ha sido víctima de algún tipo de violencia en algún momento de su vida. Estos datos son coincidentes con los resultados de la “*Encuesta Nacional sobre Violencia en contra de las Mujeres*”, en cuyo informe final se señala (Sagot, M.\*) que el 57.7% de las mujeres en Costa Rica reportan haber sufrido, al menos, un incidente de violencia física después de los 16 años y, del total, 24.2% reportan, al menos, 4 incidentes a partir de los 16 años de edad.

Esta situación internacional y nacional coloca la atención y prevención de la violencia intrafamiliar y de género en la agenda de los problemas priorizados por el UNFPA para las acciones de cooperación. En este marco, las iniciativas orientadas al fomento de nuevas masculinidades, no violentas, se consideran fundamentales y complementarias a la atención de las personas afectadas y un eje de prevención de primer orden. Así, en el Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de El Cairo, se menciona como una responsabilidad de los gobiernos la promoción de la participación y responsabilidad masculina en todas las esferas y las responsabilidades familiares y domésticas y, el marco de cooperación del UNFPA en Costa Rica para el período 2002-2006, incluye acciones de promoción de paternidad responsable y construcción de nuevas masculinidades.

---

\* Sagot, M. (2004). Informe final de investigación. Programa “Prevención de la violencia contra las mujeres en Costa Rica. *Proyecto Encuesta nacional de violencia contra las mujeres*”. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica.

Por estas razones, la Oficina UNFPA-Costa Rica ha considerado importante apoyar la iniciativa surgida en el *Sistema Nacional de Atención y Prevención de la Violencia Intrafamiliar*, de desarrollar una experiencia piloto en el nivel local para el fomento de grupos comunitarios de reflexión sobre nuevas masculinidades. Mediante una alianza con el Instituto WEM (de reconocida experiencia en la investigación y trabajo con hombres), las instituciones públicas y privadas que conforman la *Red Local para la Atención y Prevención de la VIF en el Cantón de Goicoechea* pretenden construir una red de organizaciones comunitarias de hombres, jóvenes y adultos, interesados en reflexionar y practicar nuevas formas de vivir su masculinidad y la relación entre los géneros. Se espera que esta práctica pueda contribuir a reducir los índices de violencia en contra de mujeres y niños/as en este cantón y, sobre todo, a promocionar estilos saludables de vida en las familias y entre hombres y mujeres.

Uno de los productos fundamentales de este proyecto apunta a la creación de un modelo de prevención de la violencia con hombres.

El texto que hoy presentamos, preparado por el Instituto WEM, forma parte de los materiales educativos y módulos metodológicos que serán utilizados en este proyecto para la capacitación de los grupos de masculinidad y que servirán como recurso de apoyo para las personas encargadas de facilitar los procesos.

Es la aspiración del UNFPA-Costa Rica que esta iniciativa piloto pueda motivar a otras comunidades organizadas a desarrollar también sus procesos de trabajo con la población masculina, como una contribución al cambio cultural y social para la erradicación de la violencia por razones de género.

*Patricia Salgado Muñoz*  
Representante Auxiliar UNFPA

Para las profesionales que trabajamos por los derechos de las mujeres, siempre es esperanzador encontrarnos con materiales como este que hoy presentamos a ustedes, no sólo porque nos ofrecen riquísimos insumos para el diseño de las políticas públicas, sino también y, más importante aún, porque nos permite reconocer nuevos aliados y aliadas en nuestra lucha diaria por un mundo con justicia y equidad.

Este libro es un fruto más del esfuerzo conjunto entre el Gobierno de la República, la sociedad civil organizada y la cooperación internacional, alianzas estratégicas que hemos tejido a lo largo del accionar institucional, con el fin de profundizar en algunos temas complejos y de escuchar y legitimar las voces de otros sectores a los cuales, hasta ahora, no nos habíamos acercado tanto, como es necesario.

Ampliar y profundizar en el conocimiento de la intrasubjetividad masculina y las significaciones sociales de ese género sobre las que se afianzan, legitiman, justifican y se perpetúan la discriminación de género, la misoginia, el machismo, el sexismo, entre otros factores, resulta de trascendental importancia para un Estado que ha asumido el reto de diseñar, impulsar y ejecutar políticas públicas tendientes a la erradicación de la violencia contra las mujeres y de las desigualdades de género.

La experiencia de estos años, en la puesta en práctica de la política pública en la materia de Violencia Intrafamiliar, nos ha demostrado la necesidad de intervenir en todos los sectores involucrados en la problemática, entre ellos, las propias personas que ejercen la violencia contra las mujeres, en su mayoría hombres. Ya el PLANNOVI (Plan Nacional para la Prevención y la

Atención de la Violencia Intrafamiliar), hace casi una década, se planteaba a la población ofensora como una población meta, conformada según las estadísticas, fundamentalmente, por hombres. Desde ese momento hasta ahora hemos transcurrido un largo camino de aciertos en la búsqueda del desarrollo de políticas de prevención de la violencia en contra de las mujeres. Uno de los ejes de trabajo en que hemos incursionado recientemente, es el diseño de programas de atención a esa población. El INAMU ha invertido recursos en el diseño y la puesta en marcha de experiencias de capacitación a terapeutas en esta materia, así como en la profundización y clarificación de la temática. La iniciativa más reciente en este sentido ha sido el Proyecto “Construyendo nuevas masculinidades”, auspiciado por el Fondo de Naciones Unidas para la Población. En el marco de este proyecto es que se concreta la publicación de este libro.

Podríamos decir que son múltiples las formas en las que se puede asumir la masculinidad y esto va a depender de múltiples factores personales, sociales, culturales, económicos y políticos; pero, desde esa diversidad, ¿será posible identificar algunos elementos que nos acerquen a la construcción de masculinidades que faciliten el desarrollo, bienestar y protección de los derechos de las mujeres, los niños y las niñas?

La forma de ejercer la masculinidad se construye a partir de representaciones culturales y regulaciones formales e informales que van delimitando y diciendo a los hombres lo que deben o no deben hacer.

La pregunta que se nos plantea en relación con la construcción de la masculinidad es mediante qué mecanismos podemos impulsar y promover un cambio sociocultural que permita una redefinición en el cómo se vinculan los hombres con las mujeres. ¿Qué es lo que se puede transformar de este vínculo y cómo lograrlo? ¿Qué tipo de masculinidad puede facilitar el desarrollo de las personas que están alrededor de los hombres y de ellos mismos? Quizás sea

necesario que los hombres desarrollen nuevas habilidades, ¿cómo podrían promover las instituciones sociales y políticas, cambios y nuevas regulaciones que puedan generar condiciones que contribuyan al ejercicio distinto de la masculinidad, desde el respeto, el afecto, el poder para... acompañar, guiar y no el poder de dominio interventor y destructivo?

Estamos seguras que las reflexiones que nos proporciona este libro nos orientarán en este sentido, así como le ofrecerán al lector (a), una fuente de enriquecimiento y profundización en el complejo tema de la construcción identitaria masculina y su posible deconstrucción.

***Georgina Vargas Pagán***  
Ministra de la Condición de la Mujer

El trabajo de masculinidad, el trabajo de género con hombres, reviste en estos momentos una importancia estratégica particular: la construcción de la equidad entre los géneros y la erradicación de la violencia de género no es posible sin la participación activa de los hombres; o sea, sin la participación de la otra mitad de la humanidad. Y la participación de los hombres supone no solamente que se sumen solidariamente a una lucha que consideren de otras y no suya. La participación supone que los hombres asuman como parte de su agenda el cuestionamiento de sí mismos y la renuncia de sus privilegios patriarcales. Y eso implica cuestionar su masculinidad hegemónica.

En el Instituto Costarricense de Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) asumimos *el enfoque de género y desarrollo* como la promoción de relaciones de equidad, respeto y justicia, entre los géneros, tanto en el ámbito público (la política, la economía, el trabajo y la sociedad en general) como en el privado, en donde, ahora más que nunca, las relaciones de pareja, sexualidad e intimidad devienen categorías políticas con gran fuerza.

De ahí que el presente libro, **“Hombres que rompen mandatos. Prevención de la violencia”**, escrito por uno de los fundadores del Instituto, expresa una trayectoria teórica, epistemológica, metodológica y de trabajo de base con hombres, en la que confluyen tanto su autor como el Instituto WEM. En esa confluencia nos hemos dado cuenta que el trabajo de masculinidad no es un agregado decorativo al trabajo de género que realizan las mujeres. Género es un enfoque ligado en estos momentos al de derechos humanos y al de cultura de paz y, en esta empresa por una nueva humanidad, estamos en filas hombres y mujeres.

Hay quienes no creen en la efectividad del trabajo de masculinidad y, por tanto, en el trabajo con hombres. Siglos de dominación patriarcal nos han moldeado en nuestra subjetividad, en nuestra estructura ideológica, en nuestras prácticas cotidianas, en nuestras prácticas discursivas. Por tal razón, ahora más que nunca, el trabajo con hombres pasa por la ruptura de los mandatos patriarcales y sus encargos: tener el poder y el control, ser proveedor, ser el guerrero protector y controlador; todo ello asumido en forma temeraria, aunque se recurra a la violencia si es necesario. Ruptura de mandatos, que, tal y como lo plantea el libro, implica un trabajo minucioso, comprometido, liberador.

Agradecemos al Fondo de Población de las Naciones Unidas que, en el contexto del Plan “*Construyendo Nuevas Masculinidades*” (CONUMA), ha apoyado la publicación de este libro, el cual será uno de los textos básicos que se utilizarán en las capacitaciones a profesionales y personas interesadas en apoyar el trabajo de masculinidad en Goicoechea y cantones afines, así como en otras partes del país. En este encontrará el lector y la lectora postulados teóricos, bases metodológicas y aspectos técnicos de utilidad en esa tan ardua empresa de “desmontaje” de la masculinidad hegemónica.

**Álvaro Campos Guadamuz**  
Presidente Instituto Costarricense  
de Masculinidad, Pareja y Sexualidad  
(Instituto WEM)



## Prólogo

Primeramente, quiero agradecer a José Manuel, amigo y colega, compañero de generación, con quien he tenido el privilegio y placer de compartir en diferentes momentos de nuestras vidas y desde la época en que ambos éramos estudiantes de psicología, inquietudes y temáticas de común interés y, más recientemente, también como colaborador del Instituto WEM, el que haya pensado en mi persona para escribir el prólogo de este, su más reciente y, en mi criterio, integrador trabajo en torno a la temática de la masculinidad: ***“Hombres que Rompen Mandatos. La Prevención de la Violencia”***.

La presente publicación constituye -sin pretenderlo- una excelente fuente de información que integra una vasta discusión teórica conceptual desde un enfoque psicosocial y epistemológico con perspectiva de género, de la relación entre masculinidad y violencia intrafamiliar. La obra integra los planteamientos y hallazgos más significativos en los últimos años, sin dejar de lado por supuesto, los trabajos -no por ello menos importantes- de experiencias más locales. De igual manera, se integran en esta discusión los esfuerzos en materia de legislación realizados en nuestro país en torno a la temática de la violencia intrafamiliar.

José Manuel plantea -desde una perspectiva humanista y no adversarial, condición que ha caracterizado su amplia trayectoria profesional-, su más ferviente deseo de aportar a la construcción de una cultura de paz, elaborando una propuesta de trabajo con hombres, tal y como él la define, desde la óptica del trabajo de base y mediante la modalidad de talleres que abordan de forma preventiva la situación de la violencia intrafamiliar en el país.

Subyace en esta propuesta -dentro de muchos otros aspectos- dos componentes que a mi criterio, le caracterizan y le dan el verdadero sentido de alternativa preventiva y sostenible a la violencia intrafamiliar, a saber: la concepción de la violencia familiar y de género (con todas las implicaciones etiológicas y de compromiso para los hombres) como un verdadero problema de salud pública y la idea presente de que sí es posible ensayar y construir una masculinidad alternativa a la llamada hegemónica o tradicional, acorde con las exigencias de una sociedad que camina y legisla, pese a las estadísticas de violencia negativas y a favor de la equidad de género.

¿Cómo resolverán las futuras generaciones de niños y niñas sus conflictos de pareja cuando sean mayores? ¿Serán tan violentos como los adultos (as) actuales? ¿Aumentarán las estadísticas en las siguientes décadas? Las respuestas a estas interrogantes, obviamente, están definidas por las acciones y esfuerzos que realicemos hoy y, en este sentido, la sistematización y discusión que se plantea en las siguientes páginas en torno a cómo las mujeres y en especial los hombres, vivimos, actuamos y desplegamos la masculinidad desde nuestra subjetividad, constituye una fuente de información y de referencia obligada para quienes trabajan con la temática del género y la violencia intrafamiliar, en todos niveles y dimensiones: desde el personal que atiende por primera vez la problemática -bien sea en el sistema de salud, en el ámbito educativo o judicial- hasta quienes les corresponde por su condición jerárquica y de poder, tomar decisiones y definir políticas al respecto.

Estamos convencidos que la violencia masculina sigue siendo uno de los mayores problemas sociales de nuestra época y que está incidiendo también de manera significativa, en el ambiente de violencia generalizado que vivimos actualmente y del cual tanto nos quejamos de manera cotidiana. Es por ello que se hace necesario que cada día más y más instituciones y personas se apropien y refieran al tema. Que se hable de ello en las iglesias, en las

escuelas y colegios y que, además, se acompañe de la enseñanza de las estrategias y el arte de la resolución de conflictos por vías alternas menos adversariales y la expresión del enojo sin violencia. Sabemos que la mayoría de los hombres sienten culpa y confusión en cuanto al uso de la violencia y no quieren que sus hijos e hijas sean violentos.

Hace ya algunos años al preguntársele sobre la locura, Albert Einstein planteó que: ***“locura es seguir haciendo lo mismo, esperando resultados diferentes”***. El futuro de la violencia intrafamiliar continúa siendo incierto y, desgraciadamente, esto se nos confirma en las perturbadoras y negativas estadísticas -tan bien documentadas en el presente trabajo-. Estoy seguro de que la mayoría de la gente, igual que yo, quieren creer en el poder de la disuasión y en la capacidad de cambio que poseemos los seres humanos. De igual manera, la mayoría de las personas valoramos el sentido de la justicia; sin embargo, no son muchas las instituciones ó personas que -como lo ha hecho José Manuel- gastan sus energías, tiempo y dinero en la producción de ese cambio y en la realización de aportes y acciones concretas hacia la construcción de esa justicia tan anhelada.

En el presente trabajo, el autor -entre muchas otras cosas- nos da un mensaje claro y firme de que si queremos hogares y comunidades seguras, así como una disminución en las estadísticas de violencia, esto no se nos dará de gratis, sin ningún costo o esfuerzo. Es necesario asumir este reto hoy y dejar de andar por la vida como lo planteó Einstein, actuando como “locos”, haciendo siempre lo mismo y esperando resultados diferentes.

***Pablo González Hernández***  
Psicólogo Clínico  
Colaborador Instituto WEM

– *Esto es un nuevo tipo de cruzada para vos, querido caballero: una que requiere más coraje que todas las otras batallas que habéis conocido antes. Si lográis reunir las fuerzas necesarias y quedaros para hacer lo que tenéis que hacer aquí será vuestra mayor victoria.*

*Dicho esto, el rey se giró y, estirando el brazo como para abrir una puerta, desapareció en la pared, dejando perplejo al caballero.*

**Robert Fisher**, *El caballero de la armadura oxidada.*

*De modo que a partir de aquí, ¿adónde vamos los hombres? En primer lugar, debemos reconocer dónde estamos. Y donde estamos señala el principio del fin del control masculino. Esa es la realidad. Como hombres podemos negarlo, luchar contra ello, proyectar nuestras frustraciones y nuestra ira contra lo que consideramos el origen de nuestra creciente debilidad, sean las mujeres de nuestra vida o el movimiento feminista en general. Pero si los hombres insisten en hacer cualquiera de estas cosas o todas, entonces están perdidos. Si reconocen el fin del poder patriarcal y participan en el debate de cómo afrontar la era pospatriarcal, hay esperanza. Y podemos aprender de las mujeres...*

*Los hombres deben hacer lo mismo. Hay, ¡por fin!, signos de que, en realidad, esto está empezando a ocurrir, que los hombres y las mujeres juntos están empezando a determinar sus verdaderos deseos y necesidades y los auténticos obstáculos para su satisfacción. Y los hombres pueden hacerlo.*

**Anthony Claire**, *Hombres. La masculinidad en crisis.*

## Introducción

El origen de este libro tiene mucho que ver con dos fuentes íntimamente relacionadas entre sí. Por un lado, está la labor académica; su punto de arranque se ubica en el proyecto de investigación “Masculinidad, homofobia y violencia doméstica. Un estudio con dos grupos de hombres”, que se realizó a finales de la década de los años noventa, en la Universidad de Costa Rica. En este se accedió a hombres de dos estratos socioeconómicos, con el fin de conocer sus formas de ver y percibir la situación de la violencia intrafamiliar y el papel que en ella juegan los hombres y la masculinidad. Esta investigación sustentó el posterior trabajo de graduación de Maestría en Psicología, del autor, en la misma Universidad<sup>1</sup>.

Por otro lado, se toma como base la experiencia de varios años en el Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM), cuya principal labor se lleva a cabo, mediante diferentes acciones y proyectos, en el trabajo de base con hombres de la población general y su sistematización. Una de las áreas de mayor desarrollo es precisamente lo concerniente a la violencia intrafamiliar y de género, la cual ha requerido de la inversión de mucho esfuerzo, dada su presencia en la vida cotidiana de hombres y mujeres en nuestro país. Se ha considerado que el abordaje de la masculinidad y del trabajo directo con hombres es de vital importancia en esta problemática.

---

<sup>1</sup> La base principal de este libro lo constituye el informe final de ese trabajo de graduación titulado “*Masculinidad, homofobia y violencia doméstica. Una propuesta de trabajo con grupos de hombres*”, presentado en el año 2003.

Dado lo anterior, con este texto se pretende ofrecer una propuesta general básica para tratar el tema de la violencia intrafamiliar y de género con hombres de la población general, en el nivel preventivo. Su pretensión es ofrecer herramientas de tipo conceptual y otras de índole más operativa que puedan contribuir en la ardua tarea de promover relaciones humanas de respeto y armonía, libres de opresión y violencia.

Más específicamente, se busca proponer acciones de tipo preventivo en la relación que, para hombres de la población general -no calificados como “agresores”-, se podría establecer entre algunos componentes de su masculinidad y su potencial papel en la generación de la violencia intrafamiliar y, de manera más directa, aquella desplegada contra las mujeres.

Por lo anterior, es que, desde el punto de vista formal, el trabajo contiene dos grandes apartados. En el primero se ofrece una discusión teórico conceptual de la relación entre masculinidad y la violencia intrafamiliar y de género, lo cual obliga a la revisión de una serie de conceptos, teorías e ideas enlazadas, aunque no todas estén en armonía. En el segundo, se hace una propuesta para el trabajo con hombres, mediante acciones que se puedan desplegar en la modalidad de taller; se invita a una reflexión y a compartir un modelo de trabajo con hombres, en los llamados grupos de reflexión.

Esto último no es ni antojadizo ni responde a “*un tema de moda*”. Partimos de que lo real es que hay poco trabajo con esta población, en esta problemática específica (aunque podríamos afirmar que el trabajo con hombres, en general, es todavía escaso). En la violencia intrafamiliar y de género, hasta el momento, los hombres han sido asumidos sobre todo como el problema y muy poco como parte de la solución. Partimos de la pretensión de darle vuelta a ese esquema de pensamiento que ha dado lugar a poca o casi nula acción con los hombres.

Se desea, pues, colaborar en la elaboración de un modo de trabajo con hombres, desde la óptica conceptual y desde la óptica del trabajo de base, en este caso, mediante talleres con grupos de hombres<sup>2</sup>. Esto implica, a su vez, una discusión en torno a elementos epistemológicos propios de tareas directas con ellos. Lo anterior obedece a la necesidad, cada vez más fehaciente, de abordar, en forma preventiva, la situación de la violencia intrafamiliar en el país; se comparte el criterio de que tal cometido puede lograrse con la población general, el “hombre común y corriente”. En ambos casos, se trata de proponer opciones para la asunción de la masculinidad, como eje básico de la temática en cuestión.

Esto requiere de una escucha y dispositivos particulares, sobre todo si de violencia intrafamiliar y de género se trata. “Llegarle” a los hombres debe ser construido, preferiblemente, con ellos y sus maneras particulares de vivir y pensar determinadas temáticas. En ese sentido, si bien el trabajo que se ha realizado con otros grupos, en los que se aborda este tipo de violencia desde otros puntos de interés, y que puede servir de base para la presente propuesta, ésta deberá tener características muy propias, en virtud de la dinámica particular que asume el trabajo con hombres.

Esto último se hace en virtud de las características propias que tiene el trabajo con los hombres, el cual requiere de estrategias y técnicas específicas. Experiencia acumulada con otras poblaciones y con temáticas relacionadas con la de este trabajo, servirán de base para el logro de los objetivos. No obstante, el quehacer con los hombres de la población general, específicamente en la violencia intrafamiliar, necesitará de esfuerzos sostenidos que consoliden una forma especial de hacerlo al plazo más inmediato posible.

---

<sup>2</sup> La propuesta está concebida más para el abordaje de hombres adultos; no obstante, con los ajustes del caso, se puede pensar en su aplicación con población masculina joven y adolescente.

En este documento se abordan dos áreas de interés para las ciencias sociales en nuestro país. Por un lado, la violencia intrafamiliar y de género, considerada desde hace varios años como un verdadero problema de salud pública; incluso ya así denotado por organismos mundiales y regionales, tales como la Organización Panamericana de la Salud y la Organización Mundial de la Salud. Por otro, el estudio de la constitución de la masculinidad y el trabajo con hombres, como tema de creciente importancia para el entendimiento y la acción acerca de diversas manifestaciones socioculturales.

Si bien ambas temáticas han ido ganando lugar para investigadores y profesionales de la salud y las ciencias sociales, su confluencia o integración en proyectos específicos es algo de corta data, sobre todo si se trata de hombres de la población general.

Específicamente, la condición masculina se ha convertido en la agenda investigativa y de trabajo “aplicado” en una serie de instituciones nacionales y regionales. Así, es lugar común encontrarse que entidades como el Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente (ILANUD), el Instituto Nacional de las Mujeres (INAMU), recientemente la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) (con su Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil - IPEC-, que lleva adelante diversas acciones en contra de la explotación sexual comercial), diversas organizaciones no gubernamentales, entre otras, han asumido como necesaria la indagación en torno a qué pasa con los hombres y su constitución como tales. Ello sobre la base de que tal aproximación es necesaria para darle mayor alcance a sus diversas líneas y temáticas de trabajo.

Con sede en la Universidad de Costa Rica, durante varios años, estuvo activo el proyecto denominado Foro Permanente de Estudios de la Masculinidad, que logró avanzar en importantes líneas de análisis y propuestas sobre la temática. Se desarrolló un Proyecto de Extensión Docente denominado “Masculinidad y

Masculinidades. Una aproximación necesaria”, el que si bien logró cumplir una modesta labor, ésta fue sobre todo en el área de la capacitación y la difusión de diversos contenidos.

En los últimos años, se conoce de variados y novedosos proyectos de tesis, en grado y posgrado, que han tomado como foco central de análisis el asunto de la masculinidad.

Por otra lado, como parte del desarrollo de diversos cursos, también de grado y posgrado, es frecuente hablar ahora de la presencia del tema de género y, dentro de éste, el de la masculinidad. Tal vez con un tímido asomo en algunos casos, pero con un gran interés en la mayoría de ellos. Una situación similar se puede observar en eventos académico científicos, nacionales e internacionales, en los que se presentan diversos trabajos acerca de este tema, con una mayor frecuencia de cómo sucedía solo lustros atrás.

Incluso, hecho que toma un reborde especial, se ha solicitado el apoyo de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica en la atención de situaciones de desastre. Por sí solo, ello causa cierta sorpresa; no obstante, lo más llamativo es que se ha considerado como una necesidad por parte de diversas instituciones, entre ellas la Comisión Nacional de Prevención y Atención de Emergencias (CNE), el incorporar la cuestión del género en sus diferentes niveles de intervención. Dentro de ello, ha ocupado un lugar preponderante el cuestionamiento en torno a qué pasa con los hombres ante situaciones de desastre, considerando éstas como propicias para desajustes afectivos importantes con las concomitantes secuelas que pueden provocar. Tal eventualidad es acorde con una situación de emergencia y crisis; no obstante, la experiencia indica una mayor dificultad de ellos para enfrentar algunas áreas, sobre todo las de tipo afectivo, básicamente por los componentes propios de su socialización y de las reacciones esperadas a su condición de género. La experiencia acumulada hasta el momento es que este es un aspecto insoslayable en el trabajo psicológico con comunidades, grupos y personas. Esto lo

indica la experiencia desarrollada tanto en Costa Rica como en otros países de Centroamérica.

Lo anterior es un reflejo del cómo, poco a poco, ha ido ganando terreno la idea y la necesidad de asumir a la masculinidad como objeto de estudio, no solo para los hombres mismos sino, también, para todos los otros grupos de población y en diversas problemáticas.

Todo lo anterior sin perder de vista, como se propondrá, que cuando se habla de masculinidad, se hace así tal vez por una comodidad de exposición. Sin embargo, lo cierto es que es necesario referirse a **masculinidades**, en virtud de las diferencias que presentan entre sí los hombres, dependiendo de sus condiciones concretas de existencia.

Por otro lado, tópico también discutido conceptualmente, la violencia intrafamiliar y, en forma más focalizada, la dirigida contra las mujeres, se ha convertido en un triste foco de interés y atención por parte de diversas instituciones e instancias de la vida nacional. La recurrente referencia en los medios de comunicación, los datos brindados por diversas entidades, el conocimiento que se obtiene desde el trabajo de la clínica psicológica (y de otras disciplinas), la denuncia permanente de diversas organizaciones, entre otras fuentes, son una muestra, quizá como pálida aproximación a las cifras reales, de las proporciones que ha asumido esta situación en el país.

Es un hecho que, aún requiriendo mayor afianzamiento, esta violencia haya dejado de ser tratada como un problema privado, “en el que nadie debe meterse”, para trocarse en un fenómeno que logra cada vez una mayor atención de instituciones, grupos y personas, tanto dentro como fuera del Estado, nacionales e internacionales.

Discutir si la violencia intrafamiliar y de género es un fenómeno en amplia expansión o si es que ahora se produce una mayor denuncia de hechos concretos, es un asunto que posiblemente

requiera de mayor análisis. Con independencia de ese plano de la discusión, la verdad es que se trata de algo que exige respuestas de inmediato y en muchos planos, dado su carácter de emergencia.

Por su parte, si bien los mecanismos legales no son la panacea al asunto, sí son un reflejo de la preocupación existente al respecto y, de plano, ofrecen un panorama que guía ciertas acciones. La promulgación de la Ley contra la Violencia Doméstica, en 1991, viene a constituirse en un importante argumento de mayor discusión y atención al problema. Posteriormente, y en virtud de una ampliación de la concepción del problema, en 1995 se formula la Ley contra el Hostigamiento Sexual en el Empleo y la Docencia, que viene a ser una herramienta valiosa para enfrentar el problema, sobre todo con la obligatoriedad de reglamentarla en cada centro de trabajo o educativo, dependiendo de sus propias condiciones. En esta línea de acción hay que incluir la Ley de Paternidad Responsable, aprobada en el año 2001, con importantes implicaciones para la vivencia de la paternidad y la masculinidad. Como se verá más adelante, esto se relaciona con la ampliación del concepto de violencia intrafamiliar que se pretende manejar en la presente investigación<sup>3</sup>.

Cabe aclarar que en este documento se podrá leer la expresión *violencia intrafamiliar* sola, o bien acompañada de la expresión *violencia de género*, entendida como aquella que despliegan hombres contra mujeres. La idea es que si bien tienen connotaciones diferentes, para los efectos de una aproximación psicosocial como la que se pretende en este libro, se utilizarán en forma indistinta. Se parte de la premisa de que muchas de sus raíces socioculturales, incluyendo las vividas por los sujetos concretos, tiene elementos comunes en su génesis y en su expresión.

---

<sup>3</sup> Conviene recordar la fuerte discusión y enfrentamiento que, en este momento, se está dando en torno al proyecto de ley de penalización de la violencia contra las mujeres adultas.

La violencia intrafamiliar como fenómeno complejo requiere de acciones múltiples, en diversos ámbitos y niveles. Desde esa perspectiva, las ciencias sociales y dentro de ella la psicología, tienen y pueden desarrollar opciones novedosas y pertinentes. Lo anterior si se ubica en su “real realidad”. La experiencia que el autor, junto con otros colegas, llevó a cabo por varios años con mujeres residentes en la zona de Golfito, al sur del país, víctimas de la violencia intrafamiliar, permitió redimensionar y ubicar en su justo lugar las connotaciones y los alcances de ésta, en un abanico de violencia y saña impresionantes (lo que evidentemente ocurre también en otras áreas del país y en diferentes niveles socio-económicos).

Algunos datos ilustran la presencia de esta problemática en Costa Rica. De manera general, se puede decir que se trata de un auténtico problema de salud pública. Los reportes de los órganos policiales, de instituciones que atienden la situación o aun de los mismos hospitales, dan buena cuenta del fenómeno, tanto en cantidad como en el tipo de manifestación. Es lamentable enterarse, como parte de la cotidianidad costarricense, de nuevos y dramáticos casos de violencia. Los casos registrados, mes a mes, son reportados en unidades de cientos.

Las referencias periodísticas en torno a agresiones, tortura y muerte de mujeres, de niños y niñas, dentro de su núcleo familiar han ocupado muchas pulgadas columnares y horas televisión y radio dando cuenta de ellas. El panorama no puede ser más claro y preocupante.<sup>4</sup>

En 1993, se reportaba un promedio de más de tres mujeres por día que eran víctimas de agresión, solo en San José (La Nación, 7-1-93, p. 10-A), cifra que, a la fecha, ha aumentado considerablemente, según los reportes que se conocen casi que a diario.

---

<sup>4</sup> Lógicamente que todo este panorama da más sustento a la posición de llevar a cabo acciones en diversos frentes, sobre todo los que propicien una mayor posibilidad preventiva.

Según informes de la Delegación de la Mujer (Informe del Estado de la Nación, 1996), para 1995 se atendieron 4.875 casos por agresión. Estas cifras contrastan con las correspondientes a 1994, año en que se atendió un total de 2.229 casos y todavía más con las reportadas para 1992 (563 casos).

Además, en el mismo Informe, correspondiente a 1996, se expone con claridad el crecimiento que el fenómeno viene adquiriendo en Costa Rica, ya que para ese año la cantidad de denuncias aumentó a 10.794 incidentes, en una proporción de aumento de más del 100% en solo un año. Para ese mismo período, el Patronato Nacional de la Infancia atendió 1.030 niños por maltrato físico, 1.195 niños por maltrato sexual y 98 niños por maltrato psicológico (sin considerar los 3.161 niños atendidos por abandono, como expresión también de violencia en diferentes niveles, sobre todo la estructural) (Informe del Estado de la Nación, 1997). Los datos son elocuentes en sí mismos y sobre todo si se contrastan con los del año anterior: el Patronato Nacional de la Infancia (PANI) atendió un total de 2.592 niños, la mayoría por agresiones física y sexual (Informe del Estado de la Nación, 1996). Salazar (en Claramunt, 1997) reporta que la Delegación de la Mujer atiende más de mil casos de agresión, en promedio mensual.

Para 1996, la cantidad de solicitudes de medidas de protección fue de 5.113 y ya para el año 2003 la cifra subió en más de 6 veces, en tanto fueron atendidas 32.643 solicitudes (Fuentes: Anuarios Estadísticos del Poder Judicial y Departamento de Planificación del Poder Judicial).

Por otro lado, Gólcher, en la edición del diario La Nación del 4 de enero de 2003, comenta acerca del aumento del femicidio en nuestro país, en relación con el año inmediato anterior. Los datos suministrados por el Instituto Nacional de las Mujeres dan cuenta de eso en forma clara, ya que el fenómeno presentó 25 víctimas en el año 2000, 15 en el 2001, 26 en el 2002, 29 en el 2003 y 20

en el año 2004 (Fuentes: Carcedo y Sagot, 2001; Área Violencia de Género, INAMU).

De estas cifras, con poco esfuerzo, se desprende el continuo crecimiento en números y en tipo de actos violentos que confirman la tesis de que se está frente a una auténtica epidemia en los hogares y en otros ámbitos de cercanía y confianza. Cada una de ellas debe traducirse en personas concretas, quienes día a día viven dramas a los que se deben enfrentar y resolver. De manera particular, obsérvese como el femicidio bajó notablemente en el 2001 y volvió a cifras astronómicas para el 2003, con un promedio de más de dos muertes por mes. Para inicios del cuarto mes del año 2005, la cifra de mujeres víctimas mortales a manos de sus compañeros o ex compañeros ascendía a ocho (La Nación, 2005, p. 14-A; Área Violencia de Género, INAMU).

Abundando en otras dimensiones del asunto en Costa Rica, Salazar (en Claramunt, 1997) reporta que para 1990, siendo mínima la denuncia de casos, la Delegación de la Mujer recibía un promedio de 200 casos por mes. No obstante, para 1995, se reportaron 5.442 casos (4.875 por agresión), con un promedio de más de 450 denuncias mensuales. Debe acotarse que las mujeres casadas continúan siendo el grupo más afectado, representando más del 47% del total de denuncias en la Delegación de la Mujer, en 1996 (III Informe del Estado de la Nación, 1997).

En otro trabajo (Campos y Salas, 1997), solo para la zona sur del país, se reportan no menos de 6 denuncias diarias de violencia doméstica en la Delegación de la Mujer de Golfito, lo que hace que, en algunas ocasiones, llegaran a recibirse más de 16 denuncias en un solo día (en una población no mayor de 30 mil habitantes). Lo anterior sin entrar en consideraciones de las calidades de los casos que son atendidos, caracterizados por niveles exacerbados de violencia, saña y brutalidad. A ello se une la violencia contra los niños, niñas, adolescentes y personas adultas mayores, que va desde la abierta agresión física y sexual hasta la

patrimonial, la cual se da, esta última, por medio del despojo a que son sometidos los miembros de la familia.

Pocos años después, las llamadas recibidas, por violencia intrafamiliar, en el Centro Operativo de Atención a la Violencia Intrafamiliar del INAMU y en el Servicio de Emergencias 9-1-1 llegaron a 65.583 en el año 2001 y a 70.728 en el 2002; un año después, solo en el INAMU, se recibieron 25.101 llamadas (Fuente: Área Violencia de Género, INAMU).

Por su parte, en la Delegación de la Mujer en San José, para el año 2000, el número de mujeres atendidas fue de 4.837, en el 2001 de 5.404, en el 2002 de 5.354 y ya para el año 2003 la cantidad llegó a 6.021. De manera específica, en los Albergues del INAMU, fueron atendidas 389 mujeres en el año 2000, 358 en el 2001 y 315 en el 2002, lo que muestra la forma sostenida como se presenta este tipo de situaciones (Fuente: Área Violencia de Género, INAMU).

Detrás de todas estas cifras está claro que los hombres son quienes están actuando de manera violenta, no solo contra diversos objetivos sino, también, contra sí mismos. En ese sentido, es importante anotar que, para marzo del año 2005, el total de llamadas a la *Línea ApH* (Línea telefónica de Apoyo para Hombres) del Instituto WEM, contabilizadas desde su inicio en diciembre del año 2003, era de más de 8.000 mil; solo en los tres primeros meses del año 2005, las llamadas sumaron 1.073. Debe destacarse que, del total, cerca de un 50% corresponde a consultas varias relacionadas con violencia intrafamiliar (Moya, Comunicación personal, 2005), lo cual además de aportar más evidencias de la problemática, también indica que los hombres, si se les brindan ciertas condiciones, pueden iniciar procesos de revisión en sus patrones de comportamiento.

Otras pocas referencias brindan más información al respecto. Según informes del Poder Judicial (Estadísticas del Poder Judicial, <http://www.poder-judicial.go.cr>) el total de suicidios en el país

alcanzó los 263 casos en el año 2000, 232 en el 2001, 282 en el 2002 y 329 en el año 2003. Esto es importante acotarlo, ya que la mayoría de los suicidios se da en hombres, en una proporción de más de cuatro a uno, en relación con las mujeres. Claire (2002) afirma algo parecido para países o áreas geopolíticas desarrolladas:

*“Y sin embargo, a pesar de lo mal que se portan, no parecen muy felices que digamos. Por toda Norteamérica, Europa y Australia, los suicidios masculinos superan a los femeninos en una proporción de tres o cuatro, a uno”* (p. 12).

En el renglón de los homicidios culposos, en las víctimas en el año 2002, la tasa por 100 mil habitantes de es de 24.7 en el caso de los hombres, mientras que la de mujeres es de solo 5.4, como muestra clara de una de las implicaciones de la forma como muchos hombres llevan su vida. Algo similar ocurre en la muerte accidental; en el año 2003, las víctimas tuvieron una tasa por 100 mil habitantes de 23.0 en hombres y de apenas 2.8 en mujeres (Fuente: Poder Judicial. Departamento de Planificación, Sección de Estadística, Área Policial).

Ya en otro lugar (Salas, 2002; Salas, 2002b) hemos discutido acerca de las cifras que alcanzan los hombres en materia de enfermedades, adicciones y causas de muerte, las cuales con facilidad son explicadas por estilos de vida y formas de asumir la masculinidad que conduce a los hombres a serios problemas, de los cuales muchos no han tomado las mínimas previsiones. No es exagerado afirmar que esas formas están cargadas de violencia y falta de autocuidado, sobre todo por las características de abruptas o agudas que presentan. Evidencia de ello es que la mayoría de infartos al miocardio se presenta en hombres.

Ante todo esto, la posición por tomar no puede ser otra que actuar en consecuencia; siendo esta problemática compleja y difícil, las respuestas tienen que soslayar las salidas rápidas y fáciles que,

las más de las veces, ni siquiera pueden atenuar el asunto. Se corre más bien el riesgo de ocultar y apreciar de manera equivocada los verdaderos alcances e implicaciones que la violencia está teniendo en los núcleos familiares y otros cercanos.

Es importante llamar la atención en el hecho de que, en todas estas fuentes, se reporta una serie de informaciones variadas que dan buena cuenta de muchas y diversas formas de violencia contra niños, niñas y personas adolescentes, si bien no todas de índole intrafamiliar, pero sí con un fuerte componente en este ámbito, que merecen mayor atención. El presente trabajo puede ser comprendido en ese contexto, en tanto se parte de la necesidad de desarrollar más acciones en diferentes frentes; en este caso particular, desde un ángulo escasamente abordado: el trabajo con la masculinidad y con los hombres.

De acuerdo con todo lo anterior, la violencia intrafamiliar y de género ha sido y es objeto de múltiples tareas en diferentes disciplinas y con diversos enfoques, tanto teóricos como técnicos. Las dimensiones de su emergencia han llevado necesariamente a una respuesta, sino en la misma proporción, sí con el mismo grado de interés y necesidad. Todavía falta mucho por hacer.

La presente propuesta de trabajo se inscribe, pues, en ese panorama de necesidad. Se pretende aportar algo desde una perspectiva poco explorada: la relación entre la violencia intrafamiliar y la constitución de la masculinidad, la cual tiene entre sus principales basamentos el “preparar” a los hombres para una vida social en la que la violencia puede aparecer y ponerse en funcionamiento con extrema facilidad.

Se considera que el trabajo en esta temática específica es todavía incipiente. Es hasta hace poco más de una década, que el autor publica en forma conjunta (Rodríguez y Salas, 1991), un primer artículo sobre dicha relación. Aun así, el acercamiento a ella, por medio de la actividad académica, el trabajo de base con hombres -

en forma individual y grupal- y la práctica clínica, ha permitido la detección inicial del importante papel que juega la conformación del ser masculino en la génesis y la manifestación de esta violencia. La masculinidad, tal y como es construida, lleva fácilmente a la violencia, sobre todo en el ámbito más íntimo y privado de las relaciones primarias. Incursionar todavía con mayor detalle en estas relaciones se asume no solo como un reto sino, también, como una valiosa oportunidad de aportar elementos que den pie para repensar el abordaje de tan delicada situación, a tono con las demandas detectadas en ese sentido (véase Campos y Salas, 2002a).

Ya en el país se han dado otros intentos de aportar en esta línea de trabajo específica, por ejemplo, con el trabajo de Jiménez y Quesada (1996), Batres (1999), Batres y Marengo (1999), con énfasis en la situación de ofensores sexuales. Cabe resaltar el texto de Campos y González (2002), en el que el autor tiene a cargo uno de sus capítulos, ya que en este se ofrece una propuesta de trabajo con hombres ofensores físicos de mediano y bajo perfil, elaborado y validado en la realidad de nuestro país. Fuera de nuestras fronteras, se conocen algunas experiencias en Argentina (Corsi, 1994; Corsi y otros, 1995), México (Liendro, 2002), Nicaragua (Reyes, 2002; Abaúnza 2002).

Al final de cuentas, en todas esas experiencias, se está en el ámbito de la masculinidad y su construcción como tal, a la que se accede por medio de la violencia intrafamiliar. Vale aclarar que con esto no se está asimilando masculinidad y violencia. De lo que se trata es de partir del hecho de que la masculinidad, tal y como está diseñada, propicia y soporta en buena medida la violencia.

La experiencia referida y la propia del autor (Salas, 1996; Salas, 1998; Salas, 2004), ha propiciado el acercamiento al hecho de que los hombres poco elaboran acerca de sí mismos, los contactos íntimos entre ellos son escasos, las relaciones con sus hijos e hijas (pero sobre todo con los primeros) son cuidadosas y “recatadas”, hay un temor generalizado a expresar ciertos afectos (sobre todo

a otros varones), no hablan de sí mismos (sobre todo de lo que “va por dentro”) y otras restricciones más. Al final, el análisis de tales “comportamientos” desembocan en un factor común: el temor a ser considerado como una mujer, el temor a lo homosexual, la homofobia, con las connotaciones subjetivas e intersubjetivas que ello contrae (siendo precisamente esta última una de las bases fundamentales de la constitución de la masculinidad).

El abordar la socialización de los hombres y las principales figuras que juegan en ella es un asunto básico para acceder luego a los componentes relacionados con la violencia intrafamiliar. Si de sentar bases para programas de tipo preventivo se trata, es imprescindible desarrollar acciones diversas y en diferentes ámbitos con aquellos varones “comunes y corrientes” y no necesariamente con aquellos ya detectados como agresores u ofensores. Este último aspecto es, sin duda, necesario y, de hecho, hay personas e instituciones que lo están haciendo; no obstante, este aspecto específico de la cuestión escapa a los alcances de la presente propuesta.

En síntesis, se parte de una necesidad en un doble nivel, íntimamente entrelazados. Por un lado, el estudio directo de la masculinidad y, por otro, el enfrentar una situación de verdadera calamidad como lo es la violencia intrafamiliar y la violencia contra las mujeres. Los datos, las implicaciones y las secuelas, los componentes, los determinantes de aquellas son, de por sí, lo suficientemente relevantes como para que se inviertan en ello todos los recursos de los que se disponga. Desde la psicología y desde el trabajo concreto que pueda realizarse con los hombres en aquellas dimensiones de sus vidas cotidianas, que poco se ven o abordan, es mucho lo que se puede hacer. La presente propuesta es un intento de ofrecer algunas herramientas en esa línea de pensamiento y de acción.

Conviene reiterar en que si bien asumir la discusión acerca de dónde está el verdadero lugar del incremento del asunto (en las denuncias o en la violencia misma) es un punto muy importante,

esa es una arista que no se discutirá en abundancia en este documento. De lo que se parte, sin la menor duda, es de que se está frente a una auténtica situación de emergencia y de calamidad pública y que como tal debe ser asumida.

Por las consecuencias directas que para muchas personas (sobre todo mujeres, niños, niñas, personas adolescentes y adultas mayores) está implicando la violencia intrafamiliar, por la necesidad de enfascar a los varones en acciones que tiendan a combatir el problema y porque la psicología, junto con otros saberes, requieren de contar con nuevos elementos para optimizar su accionar, es que se considera como pertinente la presente propuesta.

A manera de resumen, se puede afirmar que la masculinidad es una dimensión social poco abordada y que para hacerlo se requiere o es preferible hacerlo desde algún ángulo particular y concreto. En este trabajo se ha optado por hacerlo desde la situación de la violencia intrafamiliar y la de género.

Es oportuno también reiterar que la masculinidad tampoco ha sido objeto de mayor preocupación por parte de los mismos hombres. Además, abordar a los hombres y sus circunstancias, de cara a las necesarias acciones para enfrentar la violencia intrafamiliar, ha sido escaso, o bien, con poblaciones con características muy particulares.

Se optó por la violencia intrafamiliar y la desplegada contra las mujeres por razones que se esgrimen a lo largo del trabajo, sobre todo que recién inicia el interés por la relación existente entre ambas, pese a la necesidad de haberlo hecho desde hace largo tiempo.

Cabe anotar aquí que en el texto se ha optado por la expresión *violencia intrafamiliar* y no la de *violencia doméstica*, tópico que se elabora en extenso en el apartado correspondiente. Si bien las diferencias que pueden hallarse en un análisis minucioso de ellas pueden ser importantes, con frecuencia se las asimila tanto en lo conceptual como en lo metodológico. Además, asunto que no

debe olvidarse, se requiere no perder de vista que la violencia contra las mujeres se da tanto dentro como fuera del ámbito familiar. Quizá la propuesta que hacemos asuma más la que se da al interior de las relaciones familiares u otras cercanas.

Como ya se ha manifestado, en las temáticas principales de este documento se parte del hecho de que posiblemente buena parte de lo que las explica es la combinación de varios factores entrecruzados. Por un lado, al hombre como tal le es difícil asumirse como género, como portador de género. Preguntarse en torno a tal circunstancia le es extraño a los hombres, pues parece ser esa una cuestión no perteneciente a su agenda de discusión. Es muy factible que subyazca el razonamiento de que eso es un problema o un asunto propio de las mujeres.

Es altamente probable también que esto último se relacione con el hecho de que si *eso* es de mujeres, no vale la pena preguntarse por lo que “no vale la pena”. Tal y como será discutido, la socialización masculina contiene un importante rechazo de todo componente femenino. Nada impediría pensar que tal mecanismo actúa también en esto del asumirse como género o no.

Además, es esperable que para los hombres no sea necesario preguntarse acerca de lo que sucede con la condición de hombres y de mujeres. Esa es una interrogante que no tiene sentido si no se parte de la necesidad de modificar tales condiciones. Esperar que los hombres se planteen que las cosas, pese a todo, les son en muchos aspectos desfavorables, es algo que en este momento todavía puede ser visualizado como un tanto lejano, por lo menos para el grueso de la población masculina.

Si lo anterior es probable en sus dimensiones más generales, lo es todavía más si se trata del aspecto particular de la violencia intrafamiliar y la incidencia que en ella tendría la masculinidad tal y como está conformada.

La idea de trabajar con población masculina general parte de la necesidad de enfrentar a la violencia intrafamiliar desde una perspectiva que no ha sido suficientemente explorada en nuestro país, como ya ha sido reiterado. Muchos hombres parten de, o realmente viven, la no necesidad de preguntarse y menos cambiar nada, por lo menos hasta que se les brinde la oportunidad de hacerlo, tal y como ha sido la experiencia del autor y de otros especialistas (Salas, 1996; Campos y González, 2003). De manera específica, se insiste, interesa abordar la relación de la construcción de la masculinidad con la violencia doméstica con grupos de hombres.

Además, este planteo está orientado por y dirigido a proporcionar algunos elementos de corte preventivo en las políticas y las acciones que, referentes a esta problemática, son necesarias de desarrollar, sobre todo con la población general (en este caso, la masculina). Si tales acciones se dirigen a este tipo de población, se torna imprescindible generar procesos de reflexión acerca de diversos aspectos propios de la masculinidad y de la violencia intrafamiliar.

La pretensión central consiste en proporcionar espacios idóneos para los hombres de tal manera que estén en mejores condiciones de revisar lo que sienten, piensan y opinan esos hombres mediante una lectura particular y conjunta de su cotidianidad. Con ello se busca generar más posibilidades de acción de frente a las pautas de crianza y a aquellos factores que sostienen sus vidas actuales, no solo frente a la violencia intrafamiliar y de género sino frente a todo el proceso de criar/crear hombres más solidarios y respetuosos de los otros y las otras.

Es lamentable que ese estilo de crianza sea caldo de cultivo para la violencia y entre sus expresiones la producida en los ámbitos de mayor cercanía e intimidad. Sus mandatos, explícitos o implícitos, dan lugar a un sistema de convivencia en el que unos pueden agredir a otros y sobre todo a otras y que éstas últimas reciban la agresión. Algunos indicios muestran que aunque difícil, ello es posible modificarlo; se requiere un mayor empuje en esta línea de

trabajo. Lo anterior no es óbice para asegurar que la tarea ni es sencilla ni es fácil, pero tampoco por eso debe quedar sin al menos intentar algo.

En síntesis, con este texto se busca proporcionar algunos instrumentos para el combate de la violencia intrafamiliar, mediante el trabajo con hombres. Se pretende el acceder a algunas herramientas conceptuales (Vigotski, 1979) y metodológicas para el abordaje de la problemática mediante acciones con hombres, desde la perspectiva de la construcción del género masculino y algunas de sus más importantes características.

Como se esbozó atrás, este trabajo se ha dividido en dos grandes partes. La primera incluye la Introducción y los capítulos I y II, en los cuales se busca ubicar la presencia de la problemática en los grupos sociales, las diversas acciones que en nuestros países se están ensayando para enfrentarla y erradicarla, así como una discusión general de tipo conceptual acerca de la violencia intrafamiliar y la relación que con ella tiene la masculinidad y la experiencia concreta de ser hombre. La segunda parte comprende los capítulos III y IV; su propósito principal es ofrecer una propuesta de trabajo con grupos de hombres de la población general, que permita un acercamiento a la experiencia de ser hombre y a identificar aquellos aspectos que pueden derivar en actos de tipo violento en sus relaciones más cercanas. Se busca, por lo tanto, abordar la violencia intrafamiliar, sino desde sus más hondas raíces, sí por lo menos desde aquellos escenarios que la propician y perpetúan y en los cuales las acciones pueden tener implicaciones de largo alcance.



## Capítulo I

# La cuestión de hacerse hombre

En este capítulo se intentará, quizá de manera breve, discutir y reubicar algunas de las principales categorías que orientan la reflexión y la propuesta de acción. De esta manera, conceptos como género, socialización, masculinidad, poder, control, violencia intrafamiliar y de género, y otros más, serán objeto de esa discusión, con la que se pretende ofrecer un marco amplio de reflexión y acercamiento crítico a la temática.

Como ya se indicó en la Introducción, este trabajo toma como base una serie de experiencias que se ha venido realizando. De hecho, el germen inicial del tema surge de la investigación llevada a cabo en la segunda mitad de la década anterior; posteriormente, se han publicado otros trabajos relacionados con el mismo tema. También el trabajo de base con hombres y con mujeres, en el abordaje de la violencia intrafamiliar y de género, son fuentes que lo han impulsado.

Conviene advertir, de manera puntual, que a lo largo de todo este texto se hace mención y se acude al concepto de la “masculinidad hegemónica”, como categoría básica para el estudio de la masculinidad y su relación con la violencia intrafamiliar. Esto es importante en tanto la masculinidad como entidad abstracta toma concreciones en los sujetos particulares, de tal manera que no todos los hombres están ahí incluidos o la portan, por lo menos en el mismo grado. De esta forma, características,

manifestaciones y vivencias concretas de la masculinidad, no tendrán la misma expresión en sujetos particulares, en razón de los relieves que adquieren sus biografías y situaciones específicas. No todo hombre deberá verse reflejado, en forma total, en esa masculinidad hegemónica. No obstante, lo cierto es que la referencia a esa masculinidad implica la existencia de demandas, encargos y mandatos, con independencia de la voluntad del individuo. La masculinidad viene a ser, entonces, una serie de encargos, demandas y mandatos que cada hombre recibe, vive y reproduce de manera particular.

## **La masculinidad como objeto de estudio**

Aun cuando la temática es el blanco de una amplia controversia, se parte de que la masculinidad, como objeto de interés por parte de las ciencias sociales, es relativamente reciente. Es hasta hace pocas décadas que en Europa, Estados Unidos y algunos países de América Latina, se han vuelto los ojos a esta dimensión del ser humano en tanto ya es un centro de atención, franco y directo. En la literatura universal (científica y literaria), no se puede decir que haya tratamiento de la masculinidad como entidad discreta de análisis. Lo anterior por lo menos de manera explícita, aunque mucho del material sirve de valiosa base para su análisis, dados los alcances de sus contenidos. Es obvio que en la mitología, por ejemplo, se entrevé la masculinidad, mas no de manera directa, en virtud de que esa no fue la intención inicial.<sup>5</sup>

En otro lugar (Salas, 1996), se sostiene que, a manera de ejemplo, los clásicos de la psicología se han referido al comportamiento del ser humano como especie, incluyendo hombres y mujeres, pero no necesariamente al propio de los varones, con sus características, dimensiones y particularidades. Incluso, como

---

<sup>5</sup> Aquí la cuestión es de orden ontológico y epistemológico: la masculinidad alcanza estatus de entidad creada para su estudio hasta hace pocas décadas, tal y como lo venimos sosteniendo.

ejemplo, la misma obra de Freud se basa en el análisis sobre todo de casos de mujeres. La referencia a lo masculino aparece de rebote, como una consecuencia de la relación del niño sobre todo con su madre (y luego con el padre). La masculinidad o la virilidad no había tenido, hasta hace muy poco, lugar propio en las preocupaciones de científicos y profesionales. Tanto en Freud como en otros clásicos de la psicología, la masculinidad o aparece de refilón o es abordada de manera no profunda. Desde otra perspectiva, cuando este tema es abordado por otros “clásicos”, estos no han ocupado los mismos lugares en la historia oficial de la ciencia, por lo que sus aportes recién empiezan a ser retomados; un ejemplo típico de ello es la obra del psicólogo suizo Carl Jung, cuyo análisis escapa a los propósitos del presente trabajo, aunque algunos de sus aportes son incorporados. Basta decir que la cuestión de la masculinidad llama la atención de este científico social quien así lo desarrolla en algunas de sus obras.

Si lo anterior es válido en general, lo es aún más en lo que corresponde a Costa Rica, en particular. Llega apenas a un poco más de una década el inicio de un incipiente movimiento de tomar la condición masculina como objeto de interés, tanto en lo investigativo como en la intervención profesional. Para inicios del nuevo siglo y milenio, vemos una mayor presencia del tema, junto con otros relacionados, en la agenda del trabajo de algunas disciplinas y de algunas instituciones.

En cierta forma, puede decirse que la masculinidad ha sido objeto de un proceso de invisibilización en el saber científico y en otros tipos de saberes, hasta hace pocos lustros. Si los hombres y las mujeres de ciencia no habían reparado en esta entidad, lo mismo ha pasado con los varones en su condición de tales, quienes no han considerado pertinente o necesario someter a análisis sus propias características o procesos vitales. Como se discutirá más adelante, posiblemente uno de los factores que más ha influido en todo esto es que para los hombres no hay (o, ¿no había?) nada que discutir y menos modificar. A ello se añade que,

por razones obvias, el cuestionamiento y acción desarrollados en torno a la situación de la mujer, que evidentemente lleva mucho más terreno avanzado, no llevó aparejada la interrogante en torno a qué pasa con los varones.

Ya se ha señalado que este es un aspecto controvertido y no todos opinan de la misma manera (ver Gomáriz, 1997; Corsi, 1994; Corsi y otros, 1995; Valdés y Olavarría, 1997).

Hecha esa salvedad, un rápido repaso a la situación en el país, muestra que los primeros acercamientos a la temática se dan con trabajos de investigación de la Universidad de Costa Rica, que abordaban la relación de la masculinidad y la violencia doméstica (Rodríguez y Salas, 1991; Salas, 1994; Salas, 1996; Salas, 1998; Rodríguez, 1995). Esta última autora luego estudia la masculinidad y varias de sus dimensiones en hombres trabajadores del agro al sur del país y, de manera más reciente, aborda la dimensión paternidad.

Chinchilla y Gutiérrez (1991), presentan interesantes resultados de la relación entre masculinidad y figura paterna. Poco después, Ortiz (1993) incursiona más específicamente en el área de la sexualidad masculina, indagando acerca del vínculo de la masculinidad y la prostitución femenina. Tratando de integrar la masculinidad en sus análisis, Brenes y Vega (1995) exploran la percepción de sexualidad que tienen niños y niñas y sus padres y madres en una institución preescolar de San José, con resultados sorprendentes.

Además, en los últimos años se ha incrementado la publicación de algunos trabajos y se conoce del interés por parte de algunas instituciones de incorporar en sus tareas la perspectiva de la masculinidad, asumiéndola como necesaria para el logro de sus objetivos. Llama la atención que ya para 1995, en el III Congreso Nacional de Psicología, se presenta una apreciable cantidad de trabajos en torno al tema de género, entre los que hubo algunos

directamente relacionados con la masculinidad; de hecho se organizó todo un foro exclusivo sobre ella, hecho inédito hasta ese momento (Salas, 1996). En las subsiguientes versiones de este foro nacional, la temática también ha estado presente.

Se publica un artículo de tipo teórico referente a los mecanismos de base en la construcción de la masculinidad (Salas, 1996); luego aparece el primer libro elaborado en el país que aborda la temática (Gomáriz, 1997). Se conoce del trabajo que desarrolla ILANUD en torno a varias dimensiones del orden social (violencia doméstica, incesto, entre otras), en el que poco a poco se ha ido incorporando la dimensión de la construcción de la masculinidad (véase Jiménez y Quesada, 1996). Tal vez con más antigüedad que la anterior está la labor que llevó a cabo el Instituto Latinoamericano de Prevención y Educación en Salud (ILPES), institución que, trabajando con la situación de poblaciones particulares (hombres gay, personas VIH positivas o con SIDA, prostitutos), derivó parte de su trabajo a la investigación e intervención desde la perspectiva masculina (aunque no puede señalarse a esta iniciativa como de tipo masculinista o de estudios de la masculinidad).

En los últimos años, el incremento del abordaje del tema y otras categorías conexas, tanto en el ámbito académico como en distintas labores institucionales, así como la producción escrita, es evidente: los libros de Garita (2001) y Campos y Salas (2002a); se crea el Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM), primera organización no gubernamental que de manera explícita trabaja la temática; se llevan a cabo investigaciones en diferentes ámbitos institucionales, en el que se destaca un libro que analiza la situación de la paternidad, en el contexto de la aplicación de la Ley de paternidad responsable (Menjívar, Esquivel y Otxotorena, 2002); González (2004) lleva a cabo un laborioso análisis de tipo psichistórico de un grupo de hombres de mediados del siglo pasado; por su parte, Tapia (2004) aborda la cuestión de la masculinidad en hombres adolescentes; se conoce la investigación

que acerca de este tema impulsó la Federación Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), cuyos resultados son importantes de retomar (Rivera y Ceciliano, 2004); Sandoval (2005) viene investigando la relación entre la masculinidad y la identidad en el fenómeno del fútbol en Costa Rica; en el INAMU se llevan a cabo algunas labores de apoyo en diversos ámbitos relacionados con la masculinidad; diferentes espacios radiales y televisivos tratan el tema en forma más continua (tanto en estaciones comerciales como del Estado o universitarios).

En forma especial deben mencionarse dos hechos relevantes. Por un lado, la incorporación en el VII Informe del Estado de la Nación (2001) de un capítulo especial acerca del avance en materia de género en nuestro país, el cual incluyó un apartado dedicado a la situación de la masculinidad en nuestro país (tarea en la que el autor tomó parte). Por otro, la realización en Costa Rica, en noviembre de 2001, del I Encuentro Centroamericano acerca de las Masculinidades, organizado por el Instituto WEM, del cual se publica un volumen con las ponencias del evento (compiladas por Campos y Salas, 2002a); este texto permite una actualización del estado de la cuestión de la masculinidad en el área (incluidos México y Panamá).

También se tiene información acerca de trabajos de graduación en el nivel de maestría en la Universidad de Costa Rica que se están ocupando de la temática, en áreas como la salud pública, sociología e historia y que abordan aspectos diversos.

Durante varios años, se desarrolló el Foro Permanente de la Masculinidad, un importante y pionero espacio en la Universidad de Costa Rica como instancia de análisis, intercambio y reflexión en torno a la masculinidad. Luego de su creación en 1999, el Instituto WEM viene desarrollando una serie de proyectos y tareas, cuyo eje principal es la masculinidad: trabajo con grupos de hombres (de reflexión y una experiencia inicial con hombres llamados “ofensores”)<sup>6</sup>, apertura de un servicio telefónico para

atender hombres en situaciones de crisis, clínica individual y grupal para hombres, trabajo de reflexión grupal con hombres, trabajo comunitario e institucional en violencia intrafamiliar y hombres, capacitación y sensibilización a diferentes grupos en la temática.

Por lo tanto, en lo concerniente a Costa Rica, se trata de una temática con mayor presencia en la academia y en la institucionalidad del gobierno y en la no gubernamental. Está incorporada en trabajos de graduación, en cursos e investigaciones, en trabajo de base y en la reflexión teórico conceptual (mediante artículos de revista y libros). Se está en posición de afirmar que tanto para Costa Rica como para el resto de Centroamérica, sobresalen los temas de la masculinidad asociada con violencia intrafamiliar, paternidad, salud, sexualidad, entre otros. Se puede decir que esto último se da, tal vez no en el nivel más deseado pero sí con una mayor presencia.

Como ya se mencionó, en Europa y en los Estados Unidos hay una mayor experiencia y trayectoria de trabajo en esta línea, lo que ha propiciado una rica difusión de literatura que paulatinamente se va conociendo en nuestro país, incluso ya traducida al español.

En América Latina se cuenta ya también con una sólida experiencia en países como Argentina, Puerto Rico, República Dominicana, México, Perú, Brasil (Ver Cucco y Landa, 1989; Cruz Díaz, Fernández Bausó, Gonzáles Armenteros y Román Tirado, 1990; Rivera Medina, 1991; Corsi, 1994; Corsi y otros, 1995; Fuller, 1997; Valdés y Olavarría, 1997; Rizo, 1998; Instituto PROMUNDO, 2002). También destacó en su momento la labor en pro del bienestar de las mujeres y de los varones que promovió el Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF) en República Dominicana. Como antecedentes sobresalientes del Encuentro

---

<sup>6</sup> Como se intentará argumentar más adelante, se prefiere la expresión de “hombres con problemas de poder y control en sus relaciones de pareja”.

Centroamericano, deben mencionarse el primer congreso mundial de estudios sobre el hombre, realizado en Canadá, en 1995, y el Seminario Taller “Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva”, que se llevó a cabo en México, en 1998.<sup>7</sup> Al finalizar la década de los años noventa, en Costa Rica se realizaron algunas actividades a cargo de Marcela Lagarde y Daniel Cazés, especialistas en los temas de género y masculinidad, sobre todo en el ámbito universitario.

Merece especial referencia el trabajo que se viene realizando en Nicaragua desde hace varios años y que ha dado frutos no solo en material escrito (véanse los varios documentos elaborados por Cantera, 1995; Puntos de Encuentro y la Asociación de Hombres contra la Violencia; Abaúnza, 2002; Reyes, 2002) sino también de trabajo activo y directo, en el que destaca la realización de varios encuentros nacionales de hombres, con el fin de indagar sus particularidades y, de manera especial, combatir la violencia contra las mujeres, los niños y las niñas. En esta misma línea de trabajo, destaca la tesonera y sistemática labor de la Dra. Gioconda Batres (Batres, Portugués y Cortéz –comp.–, 1995; Batres y Portugués –comp.–, 1996; Batres, 1999; Batres, Recinos y Dumani, 2002, entre otros), realizada con el auspicio del ILANUD, en el área centroamericana y sudamericana, sobre todo de investigación y capacitación para el enfrentamiento de la violencia intrafamiliar, dirigida a diversas poblaciones profesionales y cuerpos policiales.

Finalmente, es preciso mencionar el evidente incremento del interés hacia la temática de la masculinidad por parte de estudiantes (mediante anteproyectos de trabajos finales de graduación; entre ellos, Solano, 2003; Calderón y Vargas, 2004) y de otros/as académicos/as y profesionales, de la psicología y otras disciplinas.

Se desprende, entonces, del sucinto repaso anterior, que la temática que ocupa este libro ha ganado más terreno en nuestro

---

<sup>7</sup> Por lo menos en lo tocante a América Latina, conviene revisar el breve, pero denso repaso que acerca del particular hacen Valdés y Olavarría (1997).

país de lo esperado hace pocos años. Quien muestre interés por tomar la situación de los varones como centro de su atención investigativa o profesional, ya no es observado con incredulidad, sorpresa o hasta ironía. Ya son escuchadas con menos frecuencia las interrogantes aquellas de “¿Qué es eso?”, “Trabajar con hombres, ¿para qué?” o las afirmaciones como “¡Con los hombres no hay nada que hacer!”.

### **Los hombres también somos Género**

La humanidad, por medio de diversas vías (la del conocimiento científico, la artística, la religiosa, la del conocimiento popular) ha pretendido contestar a una serie de interrogantes acerca de lo que se adjudica como la realidad. Para ello, ha tenido que desgajar en forma artificial esa realidad, debido a que su existencia sobrepasa en mucho la capacidad con la que cuenta la especie humana para accederla.

Las muchas preguntas y las respuestas que se han dado tienen que ver, entre otros muchos aspectos, con el mundo de lo físico, de lo cultural, de los sentimientos y de los pensamientos, de la locura y del placer, de lo racional y de lo intuitivo. De ahí precisamente las diversas formas de manifestación del conocimiento de la especie humana, en la medida que las respuestas obedecen a múltiples variantes de vivir, pensar y sentir esa realidad.

Entre las interrogantes, una de las más importantes ha sido y es la relativa a su propio ser como sujeto humano: ¿cómo y por qué se comporta?, ¿qué explica las diferencias que se tienen?, ¿qué los caracteriza como seres humanos?

En las llamadas ciencias sociales, una de las preocupaciones que más impacto ha tenido es la concerniente al ser hombre y al ser mujer. Se podría decir que es una inquietud más bien reciente en

la historia de la especie humana, simple y sencillamente porque ello no preocupaba; las cosas como estaban “estaban bien” -o por lo menos así se percibía- y no había necesidad de cuestionarlas, menos modificarlas. Una serie de acontecimientos recientes ha venido a poner en jaque esa concepción. Las posibilidades que brinda el acceso de la mujer a ser partícipe en actividades en las que siempre había estado invisible o ausente; un mayor control de la mujer sobre la procreación con el advenimiento de los anti-conceptivos y, de ahí, un mayor control de su cuerpo y su sexualidad; los aportes otorgados por los estudios transculturales en los que todo lo “natural” se relativiza y cuestiona; una mayor incorporación de la mujer en el dominio de lo público (hasta ahora, patrimonio del hombre); el cada vez mayor acceso de las mujeres a la educación; diversos y nuevos pedidos que se le hace a los hombres, y otros acontecimientos de impacto, le permitieron un cuestionamiento global de su situación. Tal vez la instancia que más ha permitido tal proceso ha sido el aporte y encaramiento dado por los estudios y las luchas feministas, más allá, en este momento, de compartir o no todos sus planteamientos y tesis.

Lo cierto es que tal remezón se da. Como es de esperar, al producirse todo ello al interior de la realidad de las mujeres, la realidad de los hombres de alguna manera también se vio (o debería verse) afectada.

Se parte de la visión de que en el asunto del ser hombres y ser mujeres, son éstas quienes han logrado una mayor conciencia o, si se quiere, han logrado construir una ideología más clara alrededor de su ser. Los hombres, como género, se han quedado muy atrás; tal vez, como se expondrá en páginas siguientes, porque no se siente la necesidad, no hay nada que cambiar, no hay nada que aprender. Como lo señala Gindin (1991), en referencia a la sexualidad, componente fundamental del ser masculino, a los hombres se les considera conocedores innatos de muchas de sus facetas, entre ellas la sexual, de la que nada tienen que aprender pues ya todo lo saben. Tanto es así que, precisamente por ello, el hombre,

en términos generales, presenta tantas preocupaciones en la vivencia de su sexualidad. Es esperable que tal sapiencia pueda también ser ubicada en otras áreas de la vivencia de la masculinidad. Más allá de la sexualidad, a los hombres se les ha dificultado o no han querido asumir la realidad de que la forma cómo han sido enseñados a ser hombres y la forma como en concreto lo hacen tiene una serie de componentes que atentan contra su desarrollo integral y sano y, con ello, el de otras personas. De ahí que para la mayoría de ellos no hay mucho que cambiar.

Por otro lado, desde el punto de vista del conocimiento científico de lo social, los hombres tampoco han sido objetos o sujetos de análisis para sí mismos. Alrededor del ser masculino, de la masculinidad, de su relación con la feminidad, de su relación con la realidad global, es bien poco lo que hay. Muy difícil esperar esas preocupaciones del hombre en su dimensión de hombre. Es hasta años muy recientes, mediados de los años setenta del siglo pasado, como ya fue detallado páginas atrás, que, sobre todo en Europa y los Estados Unidos, se perfila una veta de investigación tomando como objeto de estudio a los hombres: los llamados “estudios del varón” (Men’s studies) (Rivera Medina, 1991). En lo específico para Costa Rica, esta temática recién inicia el interés de investigadores/as como tales. También se conoce de algunas experiencias muy valiosas en México, Puerto Rico, España y Argentina, ya con algunos años de trabajo e investigación (CORIAC; Cucco y Landa, 1989; Cruz Díaz, Fernández Bausa, Gonzáles Armenteros y Román Tirado, 1990; Rivera Medina, 1991), tal y como ya fue abordado en la Introducción.

Así, este texto se inscribe dentro de ese acercamiento al estudio o abordaje de la masculinidad en nuestro país, siguiendo la trayectoria de trabajos pioneros y otros más recientes que dan cuenta de un importante interés por esta dimensión psicosocial (también ya mencionada).

Dentro de toda esa complejidad, sobresale una de las manifestaciones más achacadas al ser masculino y a los hombres: la de ser violentos y agresivos. Y, dentro de esa violencia, una de las más dramáticas y dolorosas: la generada y vivida en el ámbito intrafamiliar, así como la desplegada contra las mujeres.

Sin embargo, antes de extender este punto, es oportuno detenerse a reflexionar brevemente acerca de las puertas de entrada para acceder al estudio de la masculinidad. Es necesario indicar que tal acceso es complicado hacerlo en abstracto; la masculinidad existe, se da y reproduce en sujetos concretos (sobre todo, aunque no de manera exclusiva, en los hombres). De ahí que consideremos que es prudente estudiarla siempre en “relación con”. Entre otras, tales puertas pueden ser el abordaje de: masculinidad y sexualidad, masculinidad y pareja, masculinidad y familia, masculinidad y paternidad... y masculinidad y violencia intrafamiliar. Como ya se ha indicado, el presente trabajo se centra en esta última, aunque no sobra señalar que eso es más una cuestión de énfasis, en tanto es inevitable el tocar algunas otras de esas dimensiones. Por ejemplo, es imposible referirse a violencia intrafamiliar y de género sin hacerlo a la cuestión de la pareja. Por lo menos para Costa Rica y Centroamérica (Campos y Salas, 2002a), la violencia intrafamiliar es una de las dimensiones que, para la masculinidad y para la vida social en general, es prioritaria de atender y resolver.

Si bien la ecuación masculinidad = violencia intrafamiliar, tal y como ha sido construida hasta el momento, se asume casi en forma automática, la propuesta de trabajo que se ofrece parte de un marco en el que la premisa no es esa. Este es un ángulo que necesita de una mayor discusión y reflexión. Se considera que la socialización masculina es violenta y violentadora, *prepara, cuece las bases* para que, con facilidad, los hombres puedan ser o tornarse violentos. Ser hombre no es ser violento porque sí; pero la masculinidad sí acerca cotidianamente a los hombres a las situaciones y mecanismos en los que la violencia prende con facilidad. De esto se deriva también la postura acerca de la necesidad

de abordar la relación entre la masculinidad y la violencia intrafamiliar desde y con la perspectiva de los hombres de la población general, el hombre de la calle “común y corriente”.<sup>8</sup>

De ahí que, masculinidad y violencia intrafamiliar y de género se convierten en ejes del presente trabajo. Esa violencia se asume como un ámbito estereotipado de expresión de aquella (tanto por lo que los hombres realmente hacen como por lo que se asume que es lo que con preponderancia son capaces de hacer). Por ello, se prefiere la expresión Violencia Intrafamiliar y de Género y no violencia masculina porque, como se expondrá después, este tipo de violencia involucra no solo la desplegada por el hombre sino, también, aunque en menor grado, por otros miembros de la familia y también aquella no expresada de manera física. Lo anterior no intenta tapar el sol con un dedo: en efecto es el hombre el que en mayor nivel ejerce la violencia, según se desprende de varios indicadores. Lo que se intenta es ubicar la situación en otros términos.

Con todo y este panorama, sí se parte de un supuesto básico: en torno a la violencia intrafamiliar, no solo se debe hacer algo con los hombres sino que también es posible. Son conocidos algunos espacios académicos y de otras instituciones que sostienen la posición de que con los varones no hay nada que hacer, llevado al argumento hasta el punto de que eso sería perder tiempo y recursos. Esta apreciación es aún más fuerte si se trata de violencia intrafamiliar, ámbito especialmente sensible a una percepción negativa de los varones, por razones que bien pueden ser válidas en distintos grados.

De manera explícita debe plantearse que, por lo tanto, no se está partiendo necesariamente del hecho de que la masculinidad *per se* esté caracterizada principalmente por ser violenta; se trata de abordar un área que le ha sido asignada y ha sido asumida como parte de los mecanismos propios de la socialización de los hombres, de

---

<sup>8</sup> En el apartado correspondiente, se trata de profundizar un poco más en esta discusión.

manera preponderante. No se niega ese componente, lo que no se comparte es su exclusividad, que sea asumida como inevitable, y adoptamos más bien la perspectiva de variar la situación.

Resulta innecesario abundar aquí en datos y referencias a la situación descrita: el hombre se instituye como el principal “agente de violencia” en el ámbito intrafamiliar y de relaciones cercanas, siendo los niños, las niñas, las mujeres y las personas adultas mayores los principales receptores de esa violencia. Los datos al respecto y las medidas que, por lo menos la sociedad costarricense ha tomado, ya han sido descritos en otro lugar (Rodríguez y Salas, 1991; Batres; 1999; Batres y otros, 2002; Claramunt, 1997; Shrader y Sagot, 1998) y, además, son objeto de una amplia cobertura por parte de la prensa y de literatura especializada. De esto, ya se aportaron datos y comentarios también en la Introducción.

Se parte, entonces, de asumir esta realidad, aunque con una perspectiva crítica. La violencia descrita es aquella cuyas manifestaciones son las que tradicionalmente han sido entendidas como tales. De ahí que se considere necesario, por lo menos para efectos inmediatos de este texto, el cuestionar las concepciones que se han venido exponiendo acerca de la violencia, violencia intrafamiliar y, asociada con ellas, la de masculinidad. Este trabajo pretende participar en la discusión y toma de medidas de acción concretas que sobre ello, en buena hora, se están promoviendo.

Cabe llamar la atención en el sentido de que si bien esta situación ha movilizadado y debe movilizar muchos recursos para su enfrentamiento, es poco lo que se ha hecho con los hombres. El principal foco de atención ha sido con hombres “agresores”, quienes de manera franca han sido detectados como tales: adultos privados de libertad y adolescentes; también con grupos particulares que atienden la problemática, tales como profesionales y grupos policiales (Batres, Portugués y Cortez –comp., 1995; Batres y Portugués –comp., 1996; Batres, 1999; Batres, Recinos y Dumani,

2002; la experiencia en la Fundación Ser y Crecer). Por su parte, el Instituto WEM viene desarrollando desde hace algunos años una experiencia con grupos de hombres que tienen dificultades con sus parejas, en virtud de sus problemas de poder y control, sin que todos ellos tengan líos judiciales (Campos y González, 2002). Siendo el hombre el elemento básico de la violencia intrafamiliar, precisamente como “agresor”, merece prestarle atención y actuar en todos los ámbitos posibles, no solo desde la atención de la violencia franca sino, sobre todo, para su prevención.

Como se sustenta más adelante, este trabajo pretende proponer opciones de abordaje con hombres de la población general, acerca de una interrogante básica: ¿qué dice este hombre de la violencia doméstica y de su relación con la masculinidad? Además, ¿qué piensa el hombre de esa situación?, ¿qué siente al ver su condición masculina muy atravesada por componentes violentos?, ¿cómo percibe su socialización?, ¿cómo se ve y siente frente a las mujeres?, ¿considera que con el hombre se pueden y deben tomar también acciones?, ¿qué se puede hacer para prevenir y erradicar esta seria problemática social? Se considera que estas son preguntas centrales de cara a los propósitos de este texto.

## **Género y masculinidad. Procesos de construcción social.**

Es un lugar ya consolidado en la literatura especializada, proveniente de diversas disciplinas, el plantear y sostener la determinación psicosocial, histórica y económica del comportamiento de los seres humanos. Es sorprendente que con una carga genética básica similar, haya tantas diferencias de actitudes, hábitos, costumbres, comportamientos, subjetividades y leyes, de un conglomerado social a otro. De hecho, lo que en un grupo tiene validez y presencia cotidiana, en otro se convierte en tabú y objeto de especificaciones diferentes, en muchos órdenes de lo sociocultural y lo político.

Este es un elemento básico por considerar por parte de las ciencias sociales, en sus diferentes ámbitos de acción. Sin embargo, ello es obviado, no pocas veces. Un ejemplo clásico proveniente de la psicología, y no por ello menos ilustrativo, es la construcción y aplicación indiscriminada de las llamadas pruebas psicométricas. Por lo menos hasta hace pocos lustros, era común en nuestro país la utilización de pruebas y hasta baterías completas sin que mediara ningún proceso adaptativo a las condiciones socioculturales propias. Se parte de una igualdad en todos los seres humanos en los aspectos o procesos evaluados por esas pruebas, obviando la determinación que sobre ellos tienen los componentes socioculturales propios de cada uno de esos conglomerados humanos.

Se olvida, además, que en la elaboración de dichos instrumentos está presente toda la carga ética, ideológica y política del grupo social correspondiente. De hecho, en el diseño de esas pruebas hay, en forma explícita o implícita, un grupo normativo, del cual se desprenden criterios y puntos de decisión fundamentales que afectarán luego las vidas de muchas personas que, las más de las veces, poco tienen que ver con aquel grupo que se toma como punto de

referencia. Además, como ciencia normativa que es, la psicología no puede escamotear la responsabilidad que le confiere el ser una entidad que estudia la realidad pero que también la crea.

Retomando el amplio espectro de diferencias entre los seres humanos, una de las más sensibles es la que concierne con el ser (comportamientos, afectos y pensamientos) de los hombres y de las mujeres. Quizá sobre recordar que en esta temática específica hay también mucha discusión. Pese a ello, un lugar ya consolidado en la ciencia moderna es la premisa que establece que las diferencias entre hombres y mujeres no están dadas solo por lo que corresponde a pertenecer a uno u otro sexo. Este componente, el biológico, es básico, pero no el único ni el de mayor incidencia.

Así, los conceptos de masculinidad y feminidad aluden a construcciones sociales e históricas, donde las determinaciones están dadas por lo que en ese momento y lugar se establecen como lo prescrito e indicado para el macho o la hembra humanos. Los estudios transculturales, desde la década de los años cuarenta del siglo pasado, son muy claros en ubicar al proceso de socialización como el elemento más importante en la conformación de los comportamientos como hombres o como mujeres. La historia de la humanidad también es clara en ese sentido, no solo desde los aportes de la Historia como ciencia sino también en lo ilustrativo de la literatura universal. Repitiendo, entonces, no es la codificación genética la que viene a determinar, por lo menos de manera más importante, ese comportamiento diferencial.

El concepto “género” ha dado buena cuenta de lo que aquí se está planteando. En términos de Lamas (1987), se le entiende como el conjunto de conductas atribuidas a los varones o a las mujeres, según los cánones espacio-temporales de los diferentes grupos humanos. Se puntualiza, en este documento, que son aquellas sobredeterminaciones socioculturales que los grupos humanos imponen a sus integrantes, tomando como base su dotación

biológica. Es decir, el género se construye, sobre todo, a partir del sexo, pero lo trasciende.

Abundando en el punto, siguiendo la línea de otros autores y autoras, se plantea a la teoría del género como el elemento central desde la perspectiva conceptual, junto con su par inseparable, la teoría del poder. Ambas provienen de un mismo tronco común y el primero tiene que ser entendido en una dimensión histórico social, donde lo que impregna a los vínculos humanos son las relaciones de poder. Así, la condición de género toma sentido y puede comprenderse mejor en un contexto en el que de manera permanente se dirimen el acceso y el uso del poder de dominación y control.

Reiterando, por género se entenderá:

*“...un conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos; los cuales mediante procesos sociales y culturales constituyen a los particulares y a los grupos sociales”* (Lagarde, 1990, p. 61).

No obstante, es imperativo insistir que esa atribución está inmersa y es parte fundamental de la incorporación que los grupos humanos hacen de sus integrantes. Esta incorporación se lleva a cabo por medio de la socialización que, siguiendo a Martín-Baró (1985), es concebida como:

*“... el proceso a través del cual los individuos adquieren aquellas habilidades necesarias para adaptarse y progresar en una determinada sociedad... aquí vamos a entender la socialización como aquellos procesos psicosociales en los que el individuo se desarrolla históricamente como persona y como miembro de una sociedad”* (pp. 114-115).

Este componente socializador ha determinado, por lo tanto, el ser masculino y el ser hombre en nuestra sociedad, con todas las implicaciones negativas y positivas que ello tiene. Implicaciones cuya presencia se da en los diferentes colectivos, en el hogar, en lo sexual, en lo laboral, en lo afectivo, en lo público, en lo privado, entre otros ámbitos o dimensiones humanas.

Por tal motivo, la socialización no puede ser asumida solo como un proceso que se lleva a cabo en la privacidad de los grupos primarios, sobre todo en la familia, y que tiene implicaciones reducidas para las personas. Tal proceso alude también a una dimensión sociopolítica más amplia, en tanto tiene que ver con el acceso al poder y a la posibilidad de tomar decisiones, lo cual está claramente marcado según la condición de género. El problema no es ser hombre o ser mujer, sino cuáles son las implicaciones objetivas y subjetivas que ello implica para los individuos particulares.

Como ya se ha postulado, la condición de género, en este caso la masculina, es un producto básicamente social, en la que si bien es cierto intervienen factores de índole biológica, el peso de estos pasa a un segundo plano. Es cierto que la primera base es lo anatómico biológico en cuanto a ser “machito o hembra”; no obstante, el peso mayor de esta estructuración del género corresponde a procesos psicosociales y culturales. Así, entonces, género no es lo mismo que sexo. Este último es parte importante de aquel, pero no lo sustituye y, por el contrario, es trascendido por el género. De esta forma, las implicaciones que se derivan de la dotación biológica que se posee ontogénica y filogenéticamente, obtienen sus manifestaciones concretas según los determinantes históricos, sociales, ideológicos y políticos.

Debe aclararse, una vez más, que lo definido como lo masculino o como lo femenino es lo que en determinado lugar y momento se precisa como lo propio para hombres y para mujeres. Las personas no se comportan femeninamente por ser hembras de la especie o masculinamente por ser machos de la especie; se

comportan de esa manera porque eso es lo asignado en su grupo social, en función de su sexo. De hecho, como se expondrá más adelante, el que los varones intenten salirse de esa normativa tiene serias implicaciones en la percepción y en el trato que reciben de su entorno inmediato y mediato (y no se trata necesariamente de hombres homosexuales, como, de manera prejuiciada, comúnmente se entiende, en virtud de que lo que se discute es la condición de género y no la orientación sexual).

Desde ese ángulo de análisis, se considera errónea la idea aquella de que para solucionar los problemas los varones deben comportarse más como las mujeres; es decir, que se feminicen. Primero, porque se parte de que el “comportamiento femenino” es la vara con la que se medirá la bondad o la maldad de determinado cambio o proceso. Segundo, porque si de cambios en los hombres se trata, la cuestión es que asuman ciertos aspectos que le han sido negados a ellos y depositados solo en las mujeres. Tercero, porque en tal idea subyace la confusión entre sexo y género. Ciertos aspectos o componentes que los hombres no portan o les es difícil cultivar, no es por un imperativo de la naturaleza; potencialmente, están en capacidad de asumirlos y cultivarlos, si se los permiten y si así ellos lo permiten. Esas formas de ser “masculinas o femeninas” son las que han sido designadas como tales en ciertos lugares y espacios. Cuarto, porque la cuestión del género no alude solo a roles (comportamiento), sino que es una realidad mucho más compleja; los roles son parte de ella, pero no lo explican todo. De manera breve, debemos anotar que, junto con los roles, el género incluye los afectos, los sentimientos, las subjetividades y, por tal motivo, es tan importante la llamada realidad objetiva (externa) como la subjetiva (interna, denominada también como “mundo interno”).<sup>9</sup>

Es pertinente hacer un breve comentario en torno a la necesidad de intentar la integración de los postulados básicos de las teorías

---

<sup>9</sup> En ese sentido, tan importante es lo que se me asigne para ser hombre como lo que yo, subjetivamente, proceso y vivo en tal condición, sobre todo, en relación con otros.

del género y del poder, potentes instrumentos teóricos y de acción política aportados por el feminismo, basados en los roles y en los componentes cognitivos, con los sustratos subjetivos de la condición de género. Este se compone de roles e ideas, pero no solo de ellas, pues una de las principales características de la socialización primaria tiene como base fundamental el que se lleva a cabo sobre todo por mediación de procesos afectivos (Berger y Luckmann, 1976), los cuales explican la solidez y el arraigo de lo incorporado que, a su vez, lo torna difícil de modificar. Se colige de lo anterior que, en materia de género, trastocar roles, pensamientos y conductas es necesario, pero no suficiente.

Abundando en el asunto, se entiende al mundo interno como:

*“... el conjunto de ansiedades y fantasías, en su mayoría inconscientes, a partir de las cuales el sujeto se vincula con el mundo circundante... supone los objetos de la vida afectiva que el sujeto ha ido introyectando a lo largo de su vida en el transcurso del establecimiento de sus relaciones objetales (Seagal, 1983; Kernberg, 1988). En el mundo interno se suscitan procesos y emociones primarias, así como ansiedades y fantasías que reviven estados de desprotección, inseguridad, devaluación, temor; así como estados de omnipotencia y control.*

*En relación con el mundo interno, la masculinidad se caracteriza por la intolerancia, negación y repudio de las ansiedades y fantasías que colocan al sujeto en estados de desprotección, amenaza y miedo” (Campos y Salas, 2002b, p.27).*

Demás está señalar el trascendental impacto que esto tiene en la comprensión de la violencia intrafamiliar, desde la perspectiva de la vivencia de la masculinidad. Muchos acontecimientos que precipitan escenas o brotes de violencia pueden ser comprendidos desde dificultades que los hombres experimentan en tanto el

mundo interno no calza o no va en rima con la realidad exterior. El peso de ese imaginario actúa cual realidad irrefutable.

Utilizando la imagen ya desarrollada en la misma obra recién citada, se puede abundar diciendo que con el género sucede algo similar a la repartición que el conglomerado social hace de un gran pastel, en tanto se trata de la asignación de una serie de variados aspectos a los machos de la especie, con lo cual los convierten en hombres y a eso se le llama masculinidad. La otra porción se le reparte a las hembras de la especie, las cuales devienen en mujeres y a eso se le denomina feminidad. Ese pastel va desde la aparentemente inocua utilización de colores diferenciados, pasando por conductas y roles, hasta los elementos subjetivos e intersubjetivos que atraviesan todos los niveles de la vida social, topando con los de tipo macro político. Por eso, el género, al estar asociado con el acceso al poder y la dominación, adquiere connotaciones políticas. Esto explica, en buena parte, el por qué en esta temática se corre el riesgo de caer en posiciones psicologistas, al decir de Martín-Baró (1985).

¿Cómo se forja tal proceso?

Como se indicó, es necesario partir de que el esquema social imperante tiene una distribución desigual del acceso al poder, en sus más variadas manifestaciones. Buena parte de ella tiene que ver con las relaciones entre hombres y mujeres, donde aquellos, por lo general, tienen una mayor cuota de participación en la toma de decisiones y de control sobre diversas situaciones sociales. Lo anterior sin entrar en las calificaciones que se otorgan a lo que es masculino o lo que es femenino, las cuales obviamente son diferenciales.

Se afirma “buena parte”, en tanto tal acceso al poder no se da en todos los hombres por igual. Como bien lo plantea Kimmel (1994), ese esquema debe replantearse a otro que postula que el poder es aquel que ejercen algunos hombres sobre muchos otros

hombres, sobre las mujeres, los niños y las niñas, las personas ancianas.<sup>10</sup> Es decir, la desigual relación entre hombres y mujeres es un reflejo, tal vez de los más claros pero de los menos vistos, de las desigualdades de un sistema que se sostiene precisamente sobre ellas. La desigualdad por género es una manifestación de un sistema social desigual por definición.

La tesis anterior no es consensual. Sobre ella, por ejemplo, Lagarde (1990) sostiene que la división genérica es la base o matriz de todo el sistema patriarcal desigual y que toda la falta de equidad que le impregna es el punto de partida para entender todo el resto de desigualdades sociales. Desde feminismo de base marxista, por ejemplo, se sostiene que sigue siendo la clase social la determinación básica de la vida social, sin con ella subestimar el papel determinante que tiene la condición de género (se sugiere revisar el repaso que al respecto hace González, 1985). Este es un punto por debatir, que no está resuelto y que demanda de las ciencias sociales una mayor dosis de reflexión y cuestionamiento.

En este punto del desarrollo del tema, vale aclarar que hay diversas ópticas o tendencias en el abordaje o el estudio de la masculinidad. No todas parten de las mismas premisas ni tiene los mismos propósitos. Entre ellas, se pueden citar algunas: el enfoque biológico, el enfoque de la teoría género sensitiva; el enfoque conservador; el enfoque de las tradiciones míticas, mitopoiéticas o espirituales, la perspectiva socialista. En este trabajo se opta por una que integra a las teorías del género, del poder y de la socialización, junto con otros elementos provenientes de diversas fuentes. De manera particular, como ya se señaló, interesa resaltar la incorporación de las nociones relacionadas con la subjetividad, el mundo interno y, sobre todo, el considerar los elementos afectivos como cruciales en la conformación de la masculinidad y en algunas de sus implicaciones.

---

<sup>10</sup> También sobre la naturaleza, con la cual la especie humana se ha relacionado con una lógica masculina de dominio y control (véase Salas, 2002).

Sin perjuicio de llevar adelante esa importante discusión y retomando la idea inicial, sí se puede plantear que, con independencia del lente con que se le mire, este sistema social requiere, para su adecuado funcionamiento, formar sujetos que aprendan, asuman y reproduzcan el esquema imperante.

Desde el punto de vista de la socialización, ésta debe actuar en todas y cada una de las personas haciendo que ellas asuman, sin mayor reparo, los dictados del hacer y pensar del grupo particular en que nació, creció y vive. Las actitudes, ideas, concepciones, imágenes y representaciones sociales de cada cual, son moldeadas para que rimen en los diversos órdenes de ese conglomerado social, en lo político, lo económico, lo vincular y, por supuesto, en la cuestión del ser hombre o mujer.

De esta manera, los varones reciben una serie de mensajes, incluso de índole prenatal, que los van ubicando y autoconformándose en determinadas posiciones sociales, las que necesariamente requieren de ser introyectadas, creídas y reproducidas por cada sujeto portador de ellas. El asunto radica en que cada hombre llegue a creer firmemente en la validez, firmeza y conveniencia social de ese esquema de interacción.

Estos mensajes hacen que ellos asuman luego los comportamientos y las actitudes propios del ser competitivo, agresivo, poderoso, sabedor y dueño del poder de decisión (ello aun cuando, como ya se anotó, paradójicamente no estén ocupando esas posiciones). De este modo, lo masculino se convierte en el punto de referencia para medir lo que es aceptable socialmente. Es esta la clave para poder entender el esquema androcéntrico del sistema social.

Las mujeres reciben el mensaje opuesto, el que, por lógica, debe ser complementario al de los varones. En contenido y forma, el principal componente socializador femenino, a partir de cierto momento de la historia, es el que lo ubica como lo rechazado, lo desautorizado, lo infravalorado socialmente. Para que los

mandatos funcionen en unos deben ser efectivos en las otras y viceversa. El sistema debe tapar las fisuras por las que se puedan filtrar cuestionamientos a su engranaje y funcionamiento.

Esa efectividad se apuntala en que parte medular de los mecanismos mencionados llevan en sí sus propios dispositivos de inmunidad. Los mecanismos de control social se autoprotegen, desde su misma constitución. Esta condición es la que explica que los sujetos sociales, hombres y mujeres, sean sus portadores sin mayor cuestionamiento o posibilidad de refutarlos (a muchas mujeres agredidas les cuesta salirse de relaciones altamente violentas justo por la incorporación de ciertos mensajes y no **“porque les gusta que les peguen”**, como tendenciosamente rezan ciertos discursos).

Aunque de forma breve, conviene resaltar que, además de complementario, el sistema de género posee otras importantes características:

- Es un criterio divisor de los seres humanos. Aspecto que comparte con la utilización del concepto en otros saberes: con el género se clasifica en biología, en literatura, en la música, en la gramática, en la vida cotidiana. Aun en su clásica utilización como “tela”, el término tiene un objetivo clasificador.
- Es arbitrario. Se impone sin mayor discusión, de acuerdo con las prescripciones del grupo social correspondiente.
- Es rígido. Brinda pocas opciones a las personas para moverse dentro de él.
- Es maniqueo. Muy relacionada con la característica anterior, ésta nos señala que se está en un extremo o se está en el otro: se es hombre o se es mujer, siendo la condición de esta última algo descalificado socialmente.

- Es sutil. Su eficacia se basa en ella: a los sujetos les cuesta reparar en cómo está funcionando el sistema de género, lo cual inhibe las posibilidades de modificación. Con frecuencia se produce más bien lo opuesto; es decir, que se defiende la existencia del sistema tal como está diseñado, aun si está causando perjuicio.
- Es intolerante. No acepta cuestionamientos o modificaciones, so pena de recibir importantes castigos.
- Es complejo. Está constituido por roles, conductas, pensamientos, sentimientos. Es un constructo multidimensional.

Para efectos de este trabajo, es necesario poner atención en sus implicaciones, con algún énfasis, en los primeros. Así, para los hombres el asunto tiene una traducción particular: ser tales es no ser mujeres. Soy hombre en tanto no soy o minimizo el ser mujer (de acuerdo con los cánones imperantes de cada grupo).

Más adelante se retomará la relación de esta rigidez y maniqueísmo con la homofobia y el temor masculino a lo femenino y el nexo de esta compleja red intersubjetiva con la violencia intrafamiliar. Basta decir, para efectos inmediatos, que ese temor a lo femenino, ancestral, continúa vigente, aunque haya tomado formas menos burdas o dramáticas como la quema de brujas o la satanización de las féminas (por lo menos tal y como se dieron en épocas pasadas, en tanto tales prácticas se siguen dando, con mayor o menor grado de concreción) (véase Rodríguez, 2000; Salas, 2002; Claire, 2002).

A pesar de la apariencia de inalterable que ofrece la situación, la realidad indica que todo sistema o estructura guarda también en sí la posibilidad de su modificación. Desde ese ángulo de visión y como ejemplo irrefutable, los movimientos feministas son una ruptura del esquema milenario, ya que han venido a evidenciar que las cosas como están, primero no son naturales y, segundo,

por lo tanto, son susceptibles de cambio. Con menor peso social, nacidos a su sombra y aunque no todos, los llamados estudios o movimientos masculinistas transitan esa misma trayectoria de cuestionamiento y de modificación.

En una línea similar de argumentación y como una premisa de partida, es necesario preguntarse: *¿qué ha sucedido para que en las distintas sociedades haya habido necesidad de delimitar, muchas veces de manera absolutamente irracional, entre lo masculino y femenino?*

Si bien esta división radical y maniquea, puede ser observada en muchos ámbitos, toma una particular importancia cuando se trata de los géneros. Siguiendo a Naifeh y White (1991), se puede afirmar que la masculinidad es un ritual permanente, no ceñida solo a identificados rituales de pasaje o de iniciación. La masculinidad no le es dada a los hombres porque sí y de ahí que se la pueda entender en el doble estadio de ser una condición y un proceso.

Es una condición que requiere ser afirmada y reafirmada de manera constante. La sola presencia de pene y testículos no da garantía de que ese ser porte masculinidad. Desde esa perspectiva, no es casual que buena parte del esquema freudiano se haya establecido sobre la base del temor a la castración por parte de los varones, que, por demás, nos coloca de frente a la cuestión del falo, como elemento nucleante del ser masculino y de la sociedad patriarcal en general. Perder el falo es una de las grandes congojas que acompaña al hombre, ya en lo individual, ya en lo colectivo.

Lo más importante de todo esto es que la castración sería ejecutada por otro hombre: el padre. Así, el padre se convierte en la representación de los otros, los que en el análisis de Kimmel (1994) se convierten en los jueces y los verdugos de la masculinidad. Esta se muestra, se evalúa o se destruye de frente a otros hombres. Los hombres tratan de mostrar su masculinidad ante la mirada de otros hombres y ese ritual permanente se ejecuta ante

el escrutinio de esos otros. Tal proceso se nos muestra de manera visible desde su más temprana infancia. El peso y determinación de la presencia del falo es también trabajada de manera profunda por Monick (1987).

Por ello, la masculinidad se presenta como una estructura frágil, endeble, quebradiza, que requiere de muchos cuidados para que no se rompa y sobre la que se debe establecer una constante vigilancia. Para lograr tal cometido, los hombres tienen que valerse de variados artificios, como mecanismos que aseguren la supervivencia y la primacía de aquella.

Cuando, previamente, se hizo referencia a la complementariedad de los géneros, tal característica puede ser entendida también por la ruta que indica que la masculinidad no está solo en los hombres, sino que también atraviesa la subjetividad y la vida de las mujeres. Esto puede entenderse, al menos en dos sentidos.

En primer lugar, porque en ellas se reproducen y se establecen los mandatos típicos de la masculinidad, tanto para aplicar en ellas como en los hombres. Así, las mujeres esperarán un determinado tipo de hombre (el “hombre que llevan por dentro”), además de que procurarán que se desarrolle cierta imagen de hombre (“¡Los prefiero perritos que playitos!”, es la frase que, siendo niño, un hombre escuchó de su abuela, la cual se convirtió casi en mandato). Es el *ánimus* en las mujeres, en la tradición jungiana.

En segundo lugar, como escenario alternativo, podría aspirarse a que las mujeres asuman la masculinidad, no necesariamente en su versión dominante o hegemónica. Ello podría darse por cuanto su socialización es diferente y la forma como la asuma y el discurso que adopte pueda ser otro. Pareciera que este asunto requeriría de una mayor profundización, ya que no les es tan necesario el control y el dominio típicos de la masculinidad. Quizá sobre señalar que estas son apreciaciones de orden general y que adquieren ribetes particulares en mujeres concretas.

## **La mentira y la homofobia en el proceso de hacerse hombre**

Parte de los artificios o mecanismos mencionados en el apartado anterior, lo constituyen dos que se asumen no como únicos, pero sí fundamentales dado el peso que tienen en la subjetividad y en la vida cotidiana de los hombres y que tienen serias implicaciones en la construcción de la violencia en muchos de ellos.

El primero lo constituye la necesidad de recurrir en forma constante a la mentira, cuyo desarrollo en extenso puede encontrarse en otro trabajo del autor (Salas, 1996). Si se parte de la base de que el hombre tiene que ser competitivo, fuerte, osado, valiente, el que toma las decisiones, bueno y seguro en el sexo, exitoso, para así ser considerado masculino, es evidente que muchas de esas características estereotipadas no podrán ser asumidas por muchos de ellos o, por lo menos, no todas de “manera competente”.

¿Cómo preservar su masculinidad? Mintiendo y mintiéndose. Al hombre le será necesario creer que está en capacidad de responder exitosamente a mucho de lo que le está prescrito. Ello es necesario para mantener incólume su autopercepción como hombre en este conglomerado social.

Como se apuntó, muchas de estas mentiras se inculcan incluso antes de que ellos nazcan y una breve revisión a la vida cotidiana dará cuenta de ello. Así, por ejemplo, es común escuchar decirle a la mujer embarazada que ojalá y la criatura sea mujer “¡Para que te dé fin!”, en la medida en que los varones, “al ser de la calle”, no garantizan su permanencia y cercanía del núcleo familiar. Tanto es así que, en efecto, aun hoy es fácil encontrar mujeres que presentan el “Síndrome como agua para chocolate” (en alusión a la novela mexicana), en la que Tita, la personaje principal, está destinada a acompañar a su madre hasta que ésta muera.

También se pueden encontrar hombres con una enorme dificultad de vincularse o, al menos, expresarse afectivamente (“¿Para qué?, ¡si soy de la calle!”), sería el contenido de su decir). En la experiencia clínica es frecuente la consulta de hombres que sostienen múltiples relaciones de pareja simultáneamente, y ante las cuales se sienten atrapados, no saben qué hacer y necesitan una salida rápida de ellas. Es común, en estos hombres, oírles decir que no pueden tener amigas, *¡que los hombres no tienen amigas!*. No es necesario hacer mucho esfuerzo para detectar la necesidad que subyace en estos casos de adoptar engaños, implantados socialmente.

Unido con lo anterior, una de las áreas en que la mentira más actúa, incluso de manera dramática, es la sexual. Ya desde niño y adolescente, el hombre tiene que mentir en muchas ocasiones en su grupo de iguales o ante sus mayores, es decir, ante otros hombres, acerca de sus hazañas o conquistas sexuales. Lo mismo puede verse cuando se relaciona con las mujeres, ante quienes deberá aparecer como experimentado o sabedor en materia de sexualidad. Ello tendrá que ser así en virtud de la ignorancia que la mujer deberá mostrar ante los varones (lo que nos permite ver con claridad cómo actúa la complementariedad de la socialización de género, reseñada en páginas anteriores: las mujeres no saben de sexualidad o así deben aparentarlo).

La misma tendencia es encontrada en hombres adultos, para quienes es altamente amenazante no estar dentro de los estándares de calidad sexual que les son prescritos. Tanto es así que muchas veces la mentira no actúa para describir la cantidad de mujeres conquistadas sino para reportar la cantidad de coitos logrados. Parte de la mentira inculca que los hombres deben o pueden vincularse sexualmente sin que medien lazos afectivos. Reales o no, es frecuente escucharles hablar de experiencias sexuales en las que no median compromisos afectivos.

De hecho, como bien lo ha estudiado Gindin (1991), al hombre le es atribuido el saber sobre la sexualidad por el solo hecho de ser hombre. Así, los varones saben de sexo, son los que tienen que llevar la iniciativa, deben garantizar la complacencia de su compañera y deben estar siempre en posición de combate en lo sexual. En esta área también deben ser competitivos y competentes. Por ello, es tan importante la colección de medallas de guerra, que representan a cada mujer o coito logrado (es oportuno asociar esto con la imposibilidad de tener amigas que algunos hombres describen).

Por lo argumentado, aunque se diga lo contrario, se sostiene que esta manera de vivir la sexualidad por parte de los varones dista mucho de ser erótica. Así, de entrada, esta sexualidad no parece nada placentera ni gratificante, pues se ha convertido en un campo de batalla en el que hay que demostrar dotes y no asumirse como un sujeto dador y receptor de bienestar y placer. El juego se ha trastocado en competencia. El problema está cuando, entonces, “se falla”. Así las cosas, bajo esta enorme presión, la posibilidad de no responder como se debe es un peligro inminente: la disfunción eréctil (o su par, la eyaculación temprana) como síntoma y como amenaza es una realidad en los hombres, como presencia tangible o como fantasma. No es casual la permanente consulta de hombres en los servicios especializados acerca de sus síntomas, justo en las dos disfunciones mencionadas.

No hace muchos años, se escuchaba en radioemisoras costarricenses los comerciales de una clínica especializada en problemas de salud en los hombres, que se basaban en la oferta del tratamiento de la “impotencia”, la falta de deseo, la eyaculación precoz, y otros más. Desde este marco de referencia, las necesidades de salud en los hombres son sexuales y éstas se sobreentienden como dificultades en la erección y la penetración. Por lo tanto, atender su salud implicaría para los hombres atender su sexualidad. Esto no deja de ser cierto y necesario; el problema radica en la calificación absoluta de tal relación.

Dado este panorama, es fácil deducir, por lo tanto, las dificultades que tendrían los hombres de asumir su sexualidad de una manera diferente, más fluida, tranquila y como fuente de placer y no como foco de preocupación, tensión y malestar.

Todo lo anterior se puede sintetizar en una frase común que se encuentra en las conversaciones entre hombres o entre hombres y mujeres, generalmente aderezadas por bromas o la chota. Ante algo que lo propicie, la pregunta o afirmación es acerca de si él, como hombre, “¿Le está cumpliendo a la señora?”. En otros términos, complacer es cumplir, disfrutar es deber, sexualidad es mandato. Así, es imperativo reiterar, la sexualidad masculina está distante de ser erótica, por lo menos en una acepción más auténtica de ésta (en otros trabajo, se ha ampliado al respecto: Salas, 1996; Campos y Salas, 2002d).

Es frecuente escuchar la aseveración de que muchas de las conversaciones de los varones son sobre cuestiones de sexo. Es probable que ello sea así, literalmente, pues los varones por lo general hablan de sexo, mas no de sexualidad. En otros términos, cuando se trata de asumir la parte relacional, vincular y afectiva de la relación íntima, es difícil que los varones sostengan o continúen con la charla. Por lo general, hay mucho “recato” para referirse a ese tipo de asuntos, aun cuando simultáneamente se estén o hayan “contado chistes pasados”. Si bien mucho de esto puede atribuirse a un manejo privado de la temática, en muchas ocasiones la sensación es de verse “expuestos” ante los otros y, por lo tanto, el riesgo de ser evaluado (una manera, a veces utilizada para contrarrestar esto, es acudir a la ostentación en materia de sexualidad).

Así, insistiendo, la sexualidad masculina más que erótica es mecanizada, genitalizada, disociada de sus componentes afectivos. Incluso, para muchos, acceder a esa dimensión de la sexualidad es contrario a su condición de hombres. En relación con este aspecto, es interesante la explicación que algunos hombres dan del por

qué acuden a la prostituta: argumentan, entre otras cosas, que así no se pierde el tiempo, que la “cosa es rápida” y “se Tal visión de la sexualidad es, no obstante, también alentada por la literatura especializada. Es común leer en libros o manuales sobre una “buena vida sexual” que existen los llamados preliminares para un buen coito. Ergo, lo más importante es el coito, lo otro son accesorios que se proponen para lograr que aquel sea óptimo. Tal disposición si bien, en efecto, puede conducir a momentos de gran placer, esconde una trampa: ¡lo importante es lo importante y de ahí que si se le puede llegar sin mucho rodeo, mejor! Como corolario, muchas quejas de las mujeres en torno a este particular es que los varones son toscos, “poco románticos” y que una vez lograda su eyaculación, todo acaba. Lo cierto es que, en muchas ocasiones, los hombres no se dan el tiempo y la pausa suficiente para una mutua complacencia en torno a su sexualidad coital.

La lista de situaciones en torno a esta materia es alta. Por ahora, interesa, unirla al otro mecanismo presente en la vida de los varones, muy asociada con la sexualidad y punto importante para los efectos del trabajo con hombres. Aunque es menester aclarar que tal asociación no es exclusiva con el área sexual.

Cuando los hombres requieren mentir para mantener intacta su sexualidad y con ello su masculinidad, lo hacen además para protegerse de otra amenaza quizá más peligrosa: la homofobia. La mayoría de las veces se miente para no dar pie a ser catalogado como “mujercita”, “raro”, “maricón”, “débil” o, directamente, “homosexual”.

Se entenderá aquí la homofobia no solo en su acepción tradicional de miedo y rechazo a ser ubicado como homosexual sino, también, de ser parecido a las mujeres y por ello ser homosexual. A este esquema de funcionamiento le subyace el rechazo de lo femenino, que es entonces asumido como lo secundario, lo subvalorado, lo que debe evitarse a como dé lugar.

En un artículo periodístico acerca de la prostitución masculina, se pudo leer:

*“Ellos, según el estudio, cargan sobre sus espaldas el peso de una cultura patriarcal, que los considera ‘degradados morales’, ‘seres similares a las mujeres’, y por ende reciben el rechazo social”* (Semanao Universidad, 1997, p. 4) (La negrita no es del original).

En otros términos, como ya se planteó, con la supremacía de lo masculino debe asociarse la descalificación de lo femenino para que el esquema sea coherente y no le produzca disonancias cognitivas a los sujetos, lo cual deberá asumirse tanto para los hombres como para las mujeres. No es necesaria mucha búsqueda para encontrar que posiblemente mucho de la violencia intrafamiliar y de género tenga en este mecanismo a una de sus principales bases.

La homofobia, como parte fundamental en todo este proceso, es portada por hombres y mujeres de todas las edades y condiciones. De ahí que sea menester también dar una rápida ojeada a lo que sucede en la cotidianidad, buscando entender cómo se filtra y acciona en las personas.

El miedo a lo homosexual es inducido en el niño pequeño, aun en sus más “neutrales” comportamientos. Es frecuente encontrar en diferentes escenarios (la conversación casual, la consulta clínica, la broma) la terrible inquietud acerca del temor de proporcionar exceso de cariño a los varones, pues ello puede llevarlos a ser “mariquitas” o “mujercitas”. Por lo tanto, la recomendación es que con ellos hay que ser rudos, distantes y hasta agresivos para que crezcan como verdaderos hombrecitos. En la experiencia clínica con un hombre de mediana edad, mencionada líneas atrás, la frase de su abuela: “¡Los prefiero perritos que playitos!”, el motivo de consulta era su dificultad para consolidar relaciones de pareja. Dicha frase fue objeto de un extenso trabajo terapéutico,

en tanto la afirmación que le subyacía actuaba en este hombre a manera de mandato, del cual no había tomado mayor conciencia, que lo llevaba a repetidas actuaciones que obstaculizaban consolidar relaciones de pareja más estables y adecuadas. Tales razonamientos y comportamientos es frecuente encontrarlos tanto en hombres como en mujeres, de diferentes edades y condiciones.

En una investigación previa (Salas, 1996), se incluyen reportes, en el trabajo con grupos focales, que dan cuenta de esta misma percepción por parte de hombres en forma dramática y directa:

*“Uno de los participantes (de los de mayor edad), comentó que luego de la primera sesión de trabajo conversó con su esposa al respecto. Le comentó que si ellos hubieran tenido niñas (tienen tres hijos varones) probablemente le hubiera sido mucho más fácil relacionarse afectivamente con ellas.*

*Los comentarios generados fueron en la misma línea. Expresaban que los padres ‘abandonan afectivamente’ a los hijos varones, concluyendo que muchas veces motivados por el miedo al ‘maricón’. Es decir, con las niñas no hay problema (peligro?) de acercarse verbal y físicamente”* (p. 39).

También en la práctica clínica, es escuchada de manera constante la pena de muchos hombres, ya adultos, acerca de no haber recibido muestras de cariño por su condición de hombres, incluso de sus propias madres. Generalmente, estos hombres acuden a la consulta por sus enormes dificultades para establecer relaciones afectivas con mujeres (sobre todo con sus esposas o compañeras) y, como es obvio, también con otros varones. En este último caso, el miedo es explícito: no se hace por temor a ser catalogado como homosexual.

La consigna básica en todo esto es, pues, que a los varones no se les puede brindar mucho cariño ya que ello atenta contra su

condición de hombres (o machos!). Otorgar muestras de cariño a los varones puede conllevarlos a ser débiles y sumisos o a propiciar que se “tornen homosexuales”. En ambos casos, la constante es que se ubicarían muy cerca de la forma de ser de las mujeres.

Otro elemento, ya referido en otro trabajo (Salas, 1996), es el de mujeres separadas o divorciadas que requieren de hombres a su lado, pero más como padres de sus hijos que como compañeros. Se trata de mujeres de mediana edad, con solvencia económica, muchas de ellas con alto nivel académico, algunas con historia previa de pareja estable, cuya preocupación es la de tener al lado una figura masculina que le provea “adecuados modelos de identificación” a sus hijos, con el fin de que “no vayan a desviarse en su sexualidad”. Ello se torna aún más evidente cuando esa misma preocupación es menor si se trata de hijas.

Lo anterior, aparte de confundir sexo con género (la función paterna no es llevada a cabo solo por los varones ni la materna solo por las mujeres) conlleva, por implicación lógica, a ignorar la enorme cantidad de núcleos familiares a cargo de mujeres solas, en las que no priva esa preocupación (o por lo menos no de manera evidente) y en las que de hecho no se está frente a fábricas de hombres homosexuales (lo que, de ser así, llevaría por necesidad a otro tipo de discusiones que escapan a los alcances del presente trabajo). Es evidente la ideologización a que estas mujeres son sometidas, en la que se niegan como personas capaces de asumir tareas propias de la socialización de varones, además de la descalificación que hacen de sus necesidades afectivas, en términos de su relación con hombres.

No es difícil encontrar en la situación descrita el alto componente homofóbico que, evidentemente, obstaculiza la vida afectiva de estas mujeres y, a su vez, transmite una serie de mensajes a los niños, en relación con su desarrollo como varones. Si el miedo a la homosexualidad se instala en estas madres, ¿qué y en qué grado corresponde a sus hijos?

Por su parte, en grupos de varones (de diferentes edades), es común encontrarse con la referencia seria o mediante los chistes de sus hazañas sexuales o sus dotes viriles. Es una especie de ritual de ostentación de potencia sexual, en un marco de clara competencia por ver quién es el mejor. Este es un ejemplo en el que la mentira y la homofobia pueden observarse con mayor claridad.

De esta manera, el adolescente aprende que tiene que reportar a sus pares la conquista de la noche anterior, en la que obligatoriamente “algo tuvo que suceder” con su novia o muchacha que conociera en el baile. Tiene que reportar al escrutinio de los otros que ya tiene experiencia sexual y que ya domina las técnicas básicas del cortejo y el coito. Ello es necesario hacerlo, porque de lo contrario caerán sobre él las más mordaces y crueles dudas en torno a su masculinidad. Por ello, ante tal amenaza, muchas veces recurre a mentir en virtud de la necesidad de mantener incólume su postura como hombre “macho”. No es admisible que él, hombre de verdad, no haya tenido ese tipo de experiencias y no sea dueño del saber en esa área.

Lo anterior también sucede con el hombre adulto, lo que al igual que con el adolescente, en reiteradas ocasiones se traduce en una desenfrenada carrera de aportar nuevas marcas a la lista de mujeres que han pasado por su dominio. Ya sea que esas conquistas sean verdaderas o producto de su fantasía, lo cierto es que tal prueba de virilidad debe aportarse para evitar siquiera las más leves sospechas de otra cosa<sup>11</sup> (véase Campos y Salas, 2002d).

Tal forma de vida acompaña a la mayoría de los hombres cual fantasma implacable, lo que, como ya se anotó, hace que con facilidad aparezca la más significativa evidencia que las cosas no son necesariamente así: la disfunción eréctil. Ser “impotente” (término aún no erradicado), es más que solo eso: es dejar de ser hombre, pues lo que está en juego no es la vida sexual, sino toda

<sup>11</sup> De manera benevolente se podría decir que si no reporta conquistas quizá no sea menos hombre, pero no lo es más que los otros. Con ello el círculo de presión siempre actúa.

la identidad masculina. Si la sexualidad masculina debe caracterizarse por ser siempre activa, lista y potente, la “impotencia” se erige como la más clara muestra de debilidad o fragilidad de una sexualidad asignada y asumida de esta manera.

Muy en relación con lo anterior, se muestra otro ámbito donde la homofobia campea. Cuando de chistes se trata, muchos de estos aparecen en relación con grupos discriminados socialmente (negros, campesinos, pacientes psiquiátricos, hombres con orientación homosexual, entre otros). No obstante, lo más llamativo de los relacionados con este último grupo, es que, por lo general, se refieren a la parte “afeminada o amanerada” de los varones. La burla, la chota, el escarnio se dirige a lo más despreciado socialmente: en lo que son parecidos a las mujeres en la esfera conductual, en lo amanerados. Se colige de lo anterior que el chiste no es acerca de la condición u orientación homosexual de hombres sino sobre lo amanerado que puedan tener esos hombres; el asunto no está en lo homosexual sino en parecerse a una mujer. Tanto es así que es muy difícil, si no imposible, encontrar chistes referidos a mujeres con orientación homosexual o relaciones lésbicas, en los cuales sería esperable la referencia al estereotipo de lo “hombrunas que son estas mujeres”.

La situación descrita alude al temor que produce lo homosexual que, en este caso, es mostrado y conjurado por medio del chiste como mecanismo de control social. En las reuniones donde hay sesiones de chistes, generalmente están a cargo de varones. La dramatización de lo afeminado no es tan bien recibida si proviene de mujeres que si proviene de hombres. Además, usualmente, estos chistes “hacen más gracia” si están a cargo de hombres; si lo hacen las mujeres no es tan claro el efecto o no divierten tanto. La ridiculización no se logra si está a cargo de mujeres.

Se afirmó páginas atrás que la cuestión de los hombres y las mujeres ha sido dividida de manera tajante y maniquea en nuestra sociedad. Uniendo ese concepto con el de la homofobia, se está

en mejor posición de afirmar que esta última actúa de manera más directa en los varones que en las mujeres. “Ser como las mujeres” es mucho más persecutorio para los varones que la situación inversa; en ellos provoca niveles muy altos de tensión y se recurre a muchos artificios para evitar siquiera la insinuación que tal eventualidad pueda ocurrir. La feminidad no requiere estar en permanente exhibición o prueba para mostrarse como existente o presente o, por lo menos, no en la misma proporción que se les exige a los varones lo que a ellos corresponde.

De ahí que, en efecto, la masculinidad sea un ritual permanente que protege de inseguridades y malos entendidos. Ritual que es asumido por los varones y también por las mujeres. El temor de hombres *no hombres* asalta también a muchas mujeres. Ello explica en buena parte el sostenimiento de muchas de sus relaciones con hombres convencionales y “tradicionales”, aunque en el discurso se plantee otra aspiración, lo cual es posible observar en mujeres adolescentes y en mujeres adultas.

Retomando los planteamientos anteriores, es posible proponer la noción de que la homofobia y el rechazo de lo femenino son dos caras de la misma moneda. Su acción eficaz se debe a la coexistencia que las alimenta y los conserva. Uno de los ejemplos más claros que en este sentido se puede traer a colación, es el observar, aun en niños pequeños, la reacción que se produce cuando alguno de ellos es catalogado de “mujercita o niñita”. La calidad del pleito que se arma, lo encarnizado de la lucha, el honor en juego, muestran que no existe mayor insulto para el niño que ser comparado con las mujeres. Y es que la comparación provoca estas reacciones porque se hace tomando como punto de referencia uno de los aspectos más desvalorizados socialmente: las mujeres o la condición femenina.

La sensación que se percibe es la de una brasa de la que hay que deshacerse lo más pronto posible. Se sostiene la impresión de que los llamados campamentos de fines de semana del rescate de la

“nueva masculinidad”, promovidos en los Estados Unidos por Robert Bly (1992) y otros (se sugiere revisar el enfoque que al respecto ofrecen Naifeh y White, 1991 y Kimmel, 1994), no son más que una evidencia de esa necesidad de conservar la masculinidad en su acepción más tradicional y machista. La posibilidad de asumirla de una manera diferente no es tolerada y debe ser combatida lo mejor posible. Los comerciales televisivos recientes, de diferentes mercancías, acuden a una imagen masculina del hombre fuerte, de mandíbula ancha, de poco decir, frío y seco en su actuar y autosuficiente, en un intento de retomar la vigente hace algunas décadas, en la que predominan las nociones de dominio y control.<sup>12</sup>

La idea que en todo ello parece dominar es la de desterrar todo acercamiento a la feminidad por parte de los varones. Como se ha intentado mostrar, ello ocurre en la cotidianidad de la intimidad familiar, en el grupo de amigos o en los medios de comunicación.

Con lo planteado hasta aquí, se desprende el papel clave que ocupan la homofobia, la mentira y la sexualidad en este trabajo, dado que muchos de los temores masculinos ancestrales, que subyacen en la violencia intrafamiliar, encuentran en aquellas adecuados vehículos de transmisión, manifestación y perpetuación.

Por ello, es imprescindible acotar que su permanente y sólida presencia en la vida cotidiana de los varones, no puede entenderse sino como un aspecto profundamente arraigado en la psique individual y colectiva. Tiene que formar parte del trasfondo histórico de la especie y de sus pueblos, que ha logrado instalarse producto de procesos lentos y cotidianos, engarzados en los espacios más íntimos de las subjetividades.

El rechazo a lo femenino y a las mujeres es ancestral. En muchas y variadas culturas, se le puede ver en muchos órdenes de la vida

---

<sup>12</sup> No sin reconocer la “desmasculinización” que también se observa en muchos de los modelos que aparecen en estos materiales.

social. Uno de ellos, si bien no exclusivo pero sí de los más importantes, lo es la religión, sobre todo en lo referente al cómo se han construido y desarrollado las deidades y sus vicisitudes, como fiel reflejo de los arreglos sociales de esos grupos socioculturales. Buena parte de la historia de Oriente y su impacto en Occidente, se le puede asociar con el destierro de lo femenino desde las divinidades mismas.<sup>13</sup>

Luego de miles de años de adoración a deidades femeninas, cuyas principales funciones eran la regeneración de la vida y la disposición de normas, fueron lenta pero sistemáticamente desplazadas de las posiciones principales. Con tal fin se recurrió a diferentes mecanismos por parte del poder político, religioso y económico que, una vez instalado el patriarcado, estaba en manos de los hombres. Uno de esos mecanismos, de los más utilizados, era convertir a las diosas-mujeres, y con ello a la feminidad, en seres demonizados, asociados con las tinieblas del mal. El problema es que, junto con ello, también se les atribuía el ser poderosas; no solo estuvieron en posiciones de poder, como diosas y en la vida cotidiana, sino que también algo de ello conservaban (saberes antiguos, en muchos aspectos de la vida de las personas y de los pueblos), una vez que fueron desubicadas de aquellos lugares de privilegio. Por ello, había que neutralizarlas o, del todo, hacerlas desaparecer de tales lugares. Se teme al poder femenino: crea vida, sabe de curaciones, actúan como casamenteras, cría a los hijos (varones), aconseja a los varones, conocen los secretos del amor. Tanto fue esto que, incluso su poder y capacidad generativa de la vida, le fue despojado para ser tareas y capacidades de un dios masculino en diferentes cosmogonías. Así, en la tradición judeo cristiana se tiene un dios todopoderoso, dador y generador de vida, el que traslada esa capacidad al primer hombre: Eva fue parida por Adán.

---

<sup>13</sup> Las ideas aquí vertidas son tomadas, en su mayoría, de Rodríguez (2000), discutidas y ampliadas también en otro trabajo (Salas, 2002).

Estos relatos, registrados en la historia y la mitología, cobran vida y se actualizan diariamente en nuestras relaciones interpersonales. Es llamativo el hecho de que, en múltiples ocasiones, las imágenes que se trasiegan en esos intercambios cotidianos conservan mucho de sus orígenes, incluyendo el mismo uso del lenguaje.<sup>14</sup> Se dan en los vínculos de todo tipo; no obstante, de manera particular nos interesan las de tipo primario, que se constituyen en terreno fértil para que por medio del chiste, la canción, los refranes, la historia oral y otras expresiones del conocimiento popular, aquellas imágenes primigenias se arraiguen y actúen en nuestras vidas.

No puede dejarse de lado la increíble y no siempre reconocida presencia de violencia contra las mujeres cuando están embarazadas. Se comparte la idea de que se trata de la vieja envidia masculina de no poseer la capacidad de dar vida, atribución asignada a la divinidad. Lo cierto es que la criatura todopoderosa de la creación, que nombra y domina a los demás seres, no puede crear o dar vida. Es, en forma evidente, una insostenible paradoja, que tiene que ser visualizada en los pliegues subjetivos de la historia de la humanidad, que se trasluce en la vida concreta y particular de cada persona.<sup>15</sup>

Hilando con las ideas anteriores, se puede decir que para los hombres, como género y como seres particulares, ya no es tan sólida la posición de pretender ocupar el lugar de la regeneración de la vida. Ya ha aceptado que, como macho de la especie, está fuera de su radio de acción esa capacidad final. Pero, ante ello, sí ha pretendido controlar la principal actividad asociada: la sexualidad.

---

<sup>14</sup> Ya sea en conversaciones informales o en grupos de reflexión de hombres, es común la imagen de la mujer como serpiente: la “víbora”, la “de la lengua viperina”, la “anabel” (mezcla de anaconda con cascabel) y así muchas más.

<sup>15</sup> Aunque sea temática para otro trabajo, la impresión es que esto mismo está detrás de la demanda a las mujeres de que tienen que ser madres para alcanzar el estadio de seres completos. Es como la otra cara de la moneda; de hecho, es una demanda que puede llegar a grados importantes de violencia. Demás está decir que aquí también se ponen en juego mecanismos inconscientes, transmitidos y recreados de generación en generación.

El control de la sexualidad femenina, por mediación de diversas instituciones sociales, ha sido una constante de la historia, con variantes de un grupo cultural a otro, pero conservando un elemento común de poder de ellos y sumisión de ellas. Esto forma parte de la explicación del por qué los hombres, por ser tales, en la vivencia cotidiana actual, saben de sexualidad y sexo, mientras que las mujeres no saben y deben ser instruidas en tales menesteres. Por esa razón, el no saber de sexo no es propio de los hombres; ante otros hombres y ante las mujeres “debe” mostrarse como sabedor y como quien debe enseñar a quienes son ignorantes. Es obvio que se está en presencia de un código de silencio ancestral y venerado: los seres humanos actúan “como si” unos fueran los sabios y otras las aprendices.

En una reciente investigación (Salas y Campos, 2004), tales ideas fueron nuevamente encontradas, esta vez abordando la relación entre masculinidad, sexualidad masculina y explotación sexual comercial, aunque con una importante variante: ellos les enseñan a las más jóvenes o a sus compañeras, después de haber sido instruidas por otras mujeres (mayores o bien prostitutas).

Podrían exponerse otras muestras más que ilustren lo anterior, si bien las incluidas son suficientes. Lo que interesa es dejar claro un elemento básico del patriarcado que consiste en la disminución social de las mujeres, en diferentes ámbitos y niveles. Parte de ello implica una suerte de exorcismo de lo femenino en la vida cotidiana, como artificio para conjurar el peligro que aquel representa.

Deberá entenderse que, obviamente, todo este intrincado juego subjetivo e intersubjetivo no puede verse fuera de un sistema que entiende y distribuye el poder de cierta manera. Es decir, no es lo subjetivo solo y porque sí lo que viene a explicar las relaciones establecidas entre hombres y mujeres y entre cada grupo a lo interno de su propia dinámica. Este complejo mecanismo deberá comprenderse en un contexto social y político, el cual, a su vez, tiene que ser ubicado históricamente. No está alejada de esta tesis,

la de interpretar que este juego de las subjetividades es una manera de vehicular el poder, en un principio femenino y que luego pasó a manos de los varones con la instauración del patriarcado.

### **La negación y el rechazo de lo femenino**

Como corolario de lo analizado en los apartados anteriores, se puede decir que la masculinidad se construye sobre la negación de la feminidad, como proceso y como estereotipo. La existencia masculina se asienta en el no ser femenino, no ser mujer; es decir, existe por negación, donde la vida o criterios propios juegan un papel secundario. Así, la masculinidad se debate en un constante combate de ser no siendo, en un perenne ritual que por atenderlo hace que los varones no puedan hacerse cargo de otros aspectos que bien podrían asumir y para los que tienen, como seres humanos, toda la potencialidad de vivir y desarrollar.

De este rechazo a lo femenino es, pues, sencillo actuar o justificar cualquier mecanismo que garantice tal separación. Pasar del enojo infantil, por ser asimilado a una mujer, a la violencia contra las mujeres en otras edades, es un asunto de grado en el orden cualitativo. Los niveles de rechazo y agresión están presentes en ambas situaciones. El caldo de cultivo para la misoginia se cuece desde la más tierna infancia, de una manera “inocente” y, por ello, brutal y despiadada.

Así, a los hombres les es difícil expresar ciertos afectos, sensibles a ciertas manifestaciones humanas, lo que les lleva, por ejemplo, a que eviten ofrecer o recibir ternura (Restrepo, 1994). Tales consideraciones son cosas de mujeres, lo que lleva a la imagen y vivencia inmediata de asociar lo afectivo con lo débil, en virtud de que así es la feminidad. Lo más lamentable de esto es que se asume como connatural del ser hombre y, por supuesto, su

contrario en el ser femenino. De esta forma, patear el vientre materno es cosa de hombres; ser inquieto y agresivo es cosa de hombres; manchar la cara de la madre en su embarazo es cosa de hombres; abandonar con facilidad a la familia es cosa de hombres. Pasar de aquí a ser violento, es cosa de hombres; mandato del que parece difícil sacudirse.

Evidentemente, idea que es imprescindible reiterar, para sostener muchas de esas imágenes los hombres requieren mentir; además de que necesitan creer sus mentiras para no entrar en disonancia cognitiva y en ambivalencia afectiva. Muchas de ellas son sostenidas y fomentadas por padres y madres, la escuela, los medios de comunicación y, al ser repartidas para unos y para otras, su cuestionamiento o modificación parece tarea harto compleja y dolorosa, ya que su campo de acción son las rendijas que se abren en la cotidianidad, invisible pero presente. Se miente tanto que se le cree.

Pasar de defenderse, ante el hecho de ser o parecerse a la mujer, a ser violento con ella para aplacar lo amenazante que es, lleva, por supuesto, a una mayor rigidez e intolerancia frente a ella o sus cosas. De ahí que sea factible plantearse la hipótesis de que entre mayor rigidez y temor en los hombres es más probable que se presente violencia, lo que, a su vez, lleva a la fórmula de que detrás de ésta subyace una insoportable inseguridad. Esa inseguridad debe ser conjurada a través de los medios que sean necesarios.

En relación con ello, es necesario estudiar más a fondo cómo actúan la misoginia, la intolerancia y la homofobia en el fenómeno de la violencia intrafamiliar, como expresión particular de la desplegada contra las mujeres, dentro del contexto de violencia global que atraviesa la vida cotidiana de hombres y mujeres en nuestro marco sociocultural. Solo así podría explicarse la existencia de episodios donde la saña y el odio parecen ser la única explicación de lo que está sucediendo, siendo aún más difícil de comprender donde hay referencia a una historia (pasada o actual) de

amor, de solidaridad y de compañía. Lo cierto es que, además, habiendo hijos/as, producto de la relación, quienes han sido objeto de cuidados, protección y ternura, muchos hombres pueden desechar todo ello al momento de establecer una ruptura o pseudo ruptura con su pareja. El abandono de hijos e hijas queridos, al romperse la relación de pareja, es algo complicado de entender, en tanto tal acción connota una alta dosis de violencia para las criaturas, para la compañera y para el hombre mismo. Sí está claro que, junto con lo anterior, actúa el mecanismo de la disociación afectiva, que impide a muchos hombres tolerar las pérdidas, las frustraciones y, sobre todo, el dolor consecuente. La creciente realidad de hombres que matan a sus compañeras y luego se suicidan, podría tener como base de explicación esta incapacidad de muchos varones para procesar separaciones y elaborar el duelo correspondiente. Es común escuchar en algunos de estos hombres la expresión de que “*¡Yo soy todo o nada!*” y con esa tesitura literalmente no dejan nada.

La dinámica de la violencia ejercida por los hombres debe entenderse en un contexto en el que aquella es desplegada contra otros más débiles o así considerados. Se hace énfasis en la que se ejercita contra las mujeres; no obstante, debe entenderse como un asunto que se proyecta a otros sujetos sociales (otros hombres, niños, ancianos e, incluso, la naturaleza<sup>16</sup>).

Sin entrar en contradicción con lo anterior, conviene acudir a la idea de que la mayor parte de las víctimas son mujeres y otros sujetos sociales colocados más bien en el lugar de infravalorados. No sabemos si débiles, porque en muchos casos, precisamente por percibirlos como fuertes o que se están fortaleciendo, es por lo que se les violenta. Es lo que ha sido descrito como el temor que ofrece a muchos hombres ver el empoderamiento que muchas

---

<sup>16</sup> La cual, si no se le asume como débil, sí se la enfrenta como enemiga a la que hay que dominar y poseer. Podrá observarse que, en muchas ocasiones, para explicar situaciones de desastre, a raíz de eventos naturales, se habla de la naturaleza como la “enemiga que ataca o se ensaña” con la humanidad.

mujeres logran para sí y otros cercanos. Si se hace una breve exploración de muchos de los casos que son reportados de violencia contra las mujeres, veremos que el inicio de una actividad laboral, el inicio o reinicio de estudios o la apropiación de actividades personales de bienestar o placer, son el detonante para que los respectivos compañeros sientan una enorme amenaza, la cual es convertida en miedo, este es transformado en enojo, de este se pasa a la ira y de esta a la violencia es solo un paso. Es la descripción de una ruta crítica de muchos hombres hacia la violencia contra sus compañeras, que es más frecuente de lo que pensamos. De ello nos enteramos por medio de la prensa o en la experiencia cotidiana que tenemos con cientos de hombres que consultan y asisten a los servicios que se les ofrece.<sup>17</sup>

Buena parte de la discusión teórica que se propone en este capítulo es en torno a la relación con las mujeres. Sin embargo, debe explicitarse que ella da también un marco adecuado para acceder a la que tiene que ver con las otras personas o instancias señaladas. Es dable pensar que, en estas condiciones, puede darse con facilidad el aprendizaje y el reforzamiento de lo violento como lo “masculino”.

Esos grados de violencia que se observan día con día en la prensa, en donde, por lo general, las principales víctimas son las mujeres, deben tener raíces muy profundas en cada persona, para que desde mandatos sociales sienta la necesidad de actuar de esa manera. Parece darse un feroz ataque a lo odiado, lo temido y lo querido. En relación con esto, ya fueron elaborados algunos comentarios en la discusión que se hizo acerca de la homofobia y el temor a las féminas.

En el texto ya mencionado, Kimmel (1994) postula a lo masculino como el escape o la fuga de lo femenino, acudiendo a un interesante acercamiento desde una postura psicoanalítica.

---

<sup>17</sup> Esta es la experiencia sostenida por varios años en el Instituto WEM.

Plantea este autor que, dentro de la resolución del Complejo de Edipo, al identificarse con su padre, el niño adquiere simultáneamente la condición de hombre (se “generiza”) y la de ser heterosexual. Así, la condición genérica está asociada directamente con la sexualidad. De ahí, que es muy probable que asimile una sexualidad como la diseñada para su padre, como éste la asuma o, al menos, como piensa que debería ser: es muy probable que estemos frente a una sexualidad masculina predatoria, posesiva y de control, rígida y mecanizada.

No obstante, en el niño persiste un temor: el de no haberse separado por completo de su madre, pues si ello es así sería un fraude como hombre, *un niño de mami*, un afeminado. Para este autor, esto explica la frecuencia con que los niños rechazan muchas veces los mimos maternos, de manera abierta y directa a partir de cierta edad en la que la mirada de los otros empieza a tener mayor peso. Estos mimos vendrían a representar una especie de humillación y el poder de la madre puede hacerlo dependiente o recordarle esa dependencia. El demostrar que ello no es así se convierte en una hazaña en la psique de ese niño.

Tal proceso tiene varias consecuencias para el hombre:

- Al apartar a la madre, elimina con ello los rasgos de nutriente afectiva, de la ternura y los aparta de sí.
- En consecuencia, esos rasgos deben ser reprimidos de sí mismo pues, de lo contrario, sería una muestra de una separación incompleta de la madre.
- Para lograr lo anterior, es necesario devaluar lo femenino.

Badinter (1993) y Kimmel (1997) postulan los llamados encargos básicos de la masculinidad, los que, en forma sintetizada, dicen que el hombre, desde muy niño, debe garantizar que no es hijo de mami, no es mujer y no es homosexual. Buena parte de la vida

de los hombres deberá dedicarse a cumplir con los alcances de tales mandatos.

Como comentario especial y desde la perspectiva anterior, se sus-  
tenta la tesis de que, con Freud y algunos desarrollos posteriores  
del psicoanálisis, se tienen algunos elementos que pueden ayudar  
a entender los orígenes del sexismo, entendido como la devaluación  
sistemática de las mujeres, proceso permanente en la  
socialización de los hombres.

*“¿Cuándo finaliza? Nunca. Admitir debilidad o flaqueza es  
ser visto como ‘un pájaro’, ‘un afeminado’, no un hombre  
verdadero”* (Kimmel, 1994, p.128).

Para tornar la cuestión aún más compleja, los mensajes que el  
niño recibe acerca de la imagen y de la relación que él debe  
establecer con las mujeres son contradictorios. Por un lado, “*¡A  
la mujer no se le debe tocar ni con el pétalo de una rosa!*”, pues  
hacerlo no es propio de ser hombre; mientras, por otro, se le  
debe rechazar y apartar pues son lo devaluado y lo inferior social-  
mente, además de lo temido. Cómo resuelve el niño este tipo de  
dilemas es probablemente parte de lo que explica la manera con-  
tradictoria, irracional y violenta con que muchos hombres se rela-  
cionan con las mujeres, incluyendo la violencia física directa (este  
punto será retomado en páginas posteriores). Es decir, el peso de  
los mensajes referidos al respeto y la protección de las mujeres es  
contrarrestado por el de la dominación y el control.

Como parte del esquema general, por lo menos en nuestra  
sociedad, cabe preguntarse: ¿Qué ha hecho que el ser social  
masculino esté asociado con las figuras de dominación, de dueño  
del poder, de violencia... mientras que al ser social femenino se  
le adscribe precisamente todo lo contrario? Parte de la respues-  
ta se ha intentado ensayar en las páginas anteriores.

Una explicación adicional a la que se recurre con frecuencia es aquella que, como ya se mostró, busca los factores de tipo biológico/genético. Así, la vieja noción de que la criatura por nacer “*Si pateea mucho, no deja dormir, es muy inquieto e incómoda mucho a la madre..., ¿de fijo será hombre!*”, es una transposición en el pensamiento popular de ese tipo de explicaciones. Es una naturalización de una construcción sociohistórica.

¿A qué se deben ese tipo de aproximaciones?

A que en ese esquema de pensamiento, los hombres son así: fogosos y violentos, en mucho mayor grado que las niñas, obedeciendo a codificaciones genéticas heredadas. Estas explicaciones, sin embargo, no son patrimonio del imaginario popular; pues son abundantes en el pensamiento científico, que colman muchos estantes en nuestras bibliotecas. Lo curioso es que ello se observa no solo para la temática que aquí se desarrolla sino también para otras: orígenes genéticos del alcoholismo, orígenes genéticos de la esquizofrenia, orígenes genéticos de la homosexualidad y una lista interminable de otros asuntos más. Otro de los argumentos basados en esa línea de pensamiento, de particular importancia para los efectos del tema de la violencia intrafamiliar, lo constituyen las explicaciones basadas en la mayor o menor presencia de testosterona en sangre. De esa forma, la cuestión de la violencia en los hombres se soluciona por la vía del control hormonal, lo cual, según se entiende, sería una sobresimplificación de una situación compleja y multicausal, sin entrar en el punto de que, así, el foco de atención es el sujeto individual, escamoteándose la pesquisa de lo que sucede con el todo social.

A este respecto conviene repasar la valiosa revisión crítica que Claire (2002) hace de las posturas biologists en materia de género y de la violencia masculina en forma particular. Su trabajo, sólidamente sustentado en experiencia clínica psiquiátrica en Irlanda y en el Reino Unido y en una vasta revisión de literatura especializada, que abarca los últimos 40 años, es contundente al

respecto. De manera breve, puede acotarse que este autor sostiene que achacar la violencia masculina a la mayor presencia de testosterona en sangre es simplificar procesos complejos y de múltiples explicaciones, que permiten hasta el escamoteo de los factores políticos e ideológicos en juego. No obstante lo anterior, afirma que la violencia es materia básicamente masculina. En sus propias palabras:

*“Pero si bien estos estudios están en boca de todos aquellos que creen que afianzan el argumento a favor de que la agresividad tiene una base biológica, los resultados son contradictorios y poco convincentes... Los resultados, publicados en multitud de artículos de destacadas revistas médicas y biológicas, fueron decepcionantes”* (pp. 28 y 29).

Y luego concluye, en una alusión más particular a la violencia sexual:

*“Lo que sí sabemos es que la gran mayoría de los hombres que agreden y acosan sexualmente a las mujeres y los niños no manifiestan anomalías, sistemáticas, fidedignas y significativas de los niveles y secreción de testosterona. Algo más están en juego además de la secreción de testosterona”* (p. 33).

No es de extrañar, pues, que aspectos tan lábiles y de amplias discusiones como la cuestión de los géneros haya sido presa fácil de ese tipo de concepciones, con las cuales las perspectivas se reducen, llegando la situación a una total inmovilidad. En este trabajo se comparte una posición diferente; se parte, noción ya planteada, de que ese ser social está asociado con expectativas y características que la misma conformación sociocultural ha determinado. De esta manera, hay una complementariedad social dada: el hombre, por ser hombre, puede (y debe!) agredir; la mujer, por ser mujer, debe recibir esa agresión (y para ello son preparadas). Esto último es declarado de manera dramática por

Batres (1999), cuando al referirse a la violencia contra las mujeres, discute la cuestión de la masculinidad y de los hombres que requiere de su complemento: las “*víctimas agradecidas*”.

Esta violencia masculina, para que pueda ser incorporada por hombres y por mujeres sin protestar, no necesariamente debe ser cotejada con matices negativos. De hecho, al ser considerada como una virtud necesaria de su ser, permea y moldea muchos de sus atributos y sus características. Debe ser el atrevido y el valiente... en todos los aspectos. Como ya se indicó, tal vez uno de los más representativos de todo esto es el sexual: él debe ser el conquistador, el de la iniciativa, “¡el que se las sabe de todas, todas!”, el que debe cumplir con el mandato de satisfacer a su compañera, para citar solo algunos de los mandatos. Se trata, según Moore y Gillette (1993), de una manifestación negativa del arquetipo del “amante”.

Y de sí mismo, ¿qué? ¿Qué pasa con toda esa parte que, como todo ser humano, requiere de cuidados y atención pero que por un terror a sentir (que no es de hombres) se priva de experimentar y gozar algo que es propio solo de las mujeres? A esta altura de la discusión es fácil comprender cómo y por qué la homofobia tiene sus escuelas diseminadas de manera muy amplia y diversa.

Además, como es el más fuerte, el más inteligente, el racional, “el hombre de la casa”, debe asumir como propias de su masculinidad una serie de tareas que lo hacen encarar obligaciones y funciones de manera aberrante (lo mismo que sucede en la mujer: como la lleva dentro por nueve meses, la parió y puede amamantarla, es la única capacitada y llamada al cuidado de la prole). Así, el hombre es el llamado al sostén y mantenimiento de la familia, a asumirse primordialmente como proveedor de las cuestiones materiales de la familia, obviando así la posibilidad de nutrir y de nutrirse con otros alimentos básicos de la convivencia humana, a no manifestar preocupaciones cuando la situación socioeconómica aprieta, a no manifestar afecto para no aparecer como el débil, como “¡El que no debe aflojar!”.

Por ello es que es tan fácil ubicar las características de los hombres como privilegiadamente violentas y, sobre todo, como consustanciales a su ser masculino.

Con todo lo anotado, no se trata, entonces, de negar la realidad histórica y social de la situación de opresión de la mujer. Todo lo contrario, se trata de asumirla en sus reales dimensiones. Porque esa situación descrita del hombre ha llevado a que el poder se manifieste en todos los órdenes de lo privado y de lo público. Tampoco se va a insistir aquí en lugares comunes, desarrollados de manera amplia y precisa por otros textos e investigaciones. En pocas palabras, lo que se ha dado es una posición de poder de dominio, de capacidad decisoria, de ventajas y privilegios en beneficio básicamente del hombre. La historia en esto no engaña.

## Masculinidad e identidad

Todo lo desarrollado hasta el momento, de uno otro modo, lleva al cuestionamiento acerca de la identidad, como categoría general y como la identidad masculina en particular, en tanto integra algunos de los componentes a los que hemos hecho referencia.

Respecto de esta temática ya algo ha sido señalado previamente, sobre todo cuando se discutían los aportes de Lagarde (1990) en torno a la preeminencia de la condición de género o de la posición en una clase social, para los efectos de la constitución de la persona, proceso en el cual ambas instancias son sobredeterminantes.

Esto, por cuanto, de manera breve, se debe señalar que la identidad alude a la pregunta de *quién soy, qué soy*. Por ello, está conformada por una serie de componentes, estrechamente entrelazados: etnia, edad, clase social, color de la piel, credo religioso, género, entre otros muchos que conforman una compleja red de significados personales e interpersonales. Psicológicamente da tranquilidad ante la cuestión de la mismidad, pese a los cambios vitales que la persona va experimentando, tanto en sus condiciones físicas como en las subjetivas e interpersonales. Es aquella característica de cada cual que le permite reconocerse como “yo”, sin negar los cambios.<sup>18</sup>

Retomando a Fuller (1997), se puede indicar que la identidad es aquel conjunto de representaciones por medio del cual el sujeto sabe que es él mismo; tiene que ver con la mismidad. Es un nivel que integra lo personal y lo colectivo. Se construye desde los discursos y las representaciones que el sujeto haga, inmerso en un contexto sociocultural determinado.

---

<sup>18</sup> Se trata aquí el nivel individual de la identidad; no se incursiona en otros niveles del proceso, tales como la identidad nacional o supranacional, los que más bien podrían entenderse como conformantes de aquella más personalizada.

Así, la identidad alude a una característica distintiva humana, pues implica la asunción de una conciencia de sí o de “yo”, como estructura subjetiva básica en la que ser persona es la culminación de un complejo proceso, por medio del cual un sujeto biológico, dadas ciertas condiciones sociales, puede emerger a esa calidad de persona (Berger y Luckmann, 1976). El viejo concepto de “emergencia de la persona”, propuesto por George Mead, desde principios del siglo anterior, sigue teniendo plena vigencia, por cuanto el tener conciencia de sí es la muestra más acabada de la conformación subjetiva que caracteriza a los seres humanos. Esta requiere de tener incorporado al otro en mí, lo cual vendría a ser la más clara expresión del desarrollo del pensamiento y de la afectividad. Es la esencia de lo humano.

Por lo tanto, ser o llegar a ser persona más que una cuestión que se dirime en el sujeto individual es un proceso gestado y definido en el colectivo. Ser “yo” requiere de un referente y éste tiene que ser necesariamente colectivo. Así es más fácil comprender que lo social está en el sujeto individual; en éste se condensa aquel, incluyendo todo el bagaje histórico que la humanidad ha venido acumulando desde hace miles de años.

De manera más específica, la identidad de género es el sentimiento de tener incorporado, de manera preponderante, el género femenino o el masculino: ¿cómo me siento, qué soy: hombre o mujer? Ésta, tal como se ha tratado de elaborar en varios apartados anteriores, obedece a todo el sistema de socialización que los diversos grupos humanos han diseñado para la incorporación de sus nuevos miembros. Valga reseñar que tal sentimiento se incorpora como aquel dominante, en tanto el uno o el otro no pueden ser visualizados como “químicamente” puros, aun en los casos en que la persona así lo conciba.

Por tal motivo, se sostiene el criterio de que quizá la discusión acerca de cuál es el componente más importante, si la clase social o el género, puede colocarse en un segundo plano, en tanto se

trata de dos condiciones altamente influyentes en la vida y en la psique de las personas. Sí debe acotarse que ambas no se viven por igual en todas las personas y en todos los sectores sociales; no es lo mismo ser un hombre perteneciente a sectores marginales del sistema productivo que ser un hombre empresario o profesional exitoso. En cualquier análisis social, son categorías que no pueden ser soslayadas.

No obstante, esto hay que diferenciarlo ya se trate de mujeres o de hombres. Lo anterior por cuanto en los hombres la identidad tiene una base fundamental en el género. La identidad de género es crucial. Ser y sentirse hombre, ser aceptado y visto como hombre es fundamental. De hecho, buena parte de su energía vital está destinada a marcar su condición de hombre, con las menores dudas que le sea posible. En las mujeres, el preguntarse acerca de la condición de mujer o de la firmeza de la feminidad no es una cuestión tan prioritaria y su presencia en la cotidianidad no posee las mismas características de perentoriedad. No es que no tenga su incidencia en la vida de las mujeres; las demandas y los encargos que las mujeres reciben de la feminidad dominante son también de mucho peso. Lo que se quiere señalar es que para los hombres “ser hombres y ser así percibidos por otros” es una tarea que les demanda gran parte de su energía vital y ante la cual ponen en juego una gran cantidad de recursos y mecanismos.

En ellos, ostentar o mantener su masculinidad, tanto en la dimensión pública como desde estructuras subjetivas, es una cuestión vital y hay muchas situaciones que deben controlarse para que no haya problemas. De esta forma, si algo pone en entredicho la masculinidad lo hace también a la persona como tal. Un ejemplo extremo lo constituye la disfunción eréctil o la sola insinuación de la posibilidad de que hay algo homosexual en él, con lo cual se puede entrever, a su vez, la importancia de la sexualidad en la estructuración de la masculinidad. También eso se puede observar en otros contextos, también extremos, en los cuales la condición de hombre como proveedor se pone en

entredicho. Para muchos es el acabo, pues la consecuencia no es que algo anda mal como amante o como proveedor sino directamente como hombre.<sup>19</sup>

Para cerrar este apartado, con el riesgo de hacerlo en forma tangencial, es oportuno diferenciar entre identidad de género y orientación sexual. Escapa a los alcances de este trabajo el profundizar la relación entre ambos componentes de la identidad que, en el caso de los varones, toma especial preponderancia. Ello es así de cara precisamente al eje homofóbico que atraviesa la socialización y la subjetividad masculina y de los hombres en concreto.

Solo se afirmará que no son lo mismo y que la definición genérica no tiene por qué estar condicionada por la orientación sexual. Lo cierto es que existen personas con una clara identidad de género y cuya preferencia sexual es por personas de su mismo sexo, sin ambigüedades o dificultades. En la experiencia de trabajos con diferentes tipos de grupos, es notorio que a los varones les es más difícil incorporar esa realidad, lo cual reafirma la necesidad de que, en el momento de realizar acciones con hombres, este aspecto particular sea debidamente aclarado.

En síntesis, debe decirse que el género forma parte de la identidad, como uno de sus componentes más importantes. Además, que este componente, en el caso de los hombres, tiene un peso y una determinación sumamente importantes. Por tales razones, la masculinidad o la identidad masculina puede ser visualizada o asumida como una estructura frágil y endeble que, ante ciertas condiciones o circunstancias, puede fracturarse: ya se han mencionado los ámbitos sexual y laboral como aquellos en los cuales se puede observar tal fragilidad de manera directa y sencilla.

---

<sup>19</sup> Este tema en particular será profundizado más adelante.

## **Consecuencias de la masculinidad así construída**

Sin entrar en contradicción con las tesis que se han venido desarrollando en los apartados anteriores, se parte de que las características, las condiciones y los privilegios asociados con la masculinidad, deben ser revisados desde otras dimensiones y consecuencias, posición que se constituye en parte nodal del presente trabajo. En términos de Rivera Medina (1991), autor puertorriqueño, esta condición no solo le ha acarreado al hombre privilegios y beneficios sino también penurias y altos costos. Ser dueño del poder de dominación, asunto de por sí ampliamente debatido, posicionarse en ciertos lugares y construir una identidad en esas condiciones, tiene sus consecuencias.

¿Qué tipo de costos?

Entre ellos, tal vez uno de los más importantes, es precisamente que al estereotiparse la masculinidad en una serie de características, conlleva que éstas, a su vez, determinen que el hombre solamente pueda ser hombre de cierta manera y no de otra. Obviamente que esto mismo da cuenta de la feminidad y de la condición de la mujer. Al darse esta escisión tajante y absoluta, se niega y cercena a los hombres y a las mujeres las posibilidades, que de hecho tienen, de desplegar muchas otras características o virtudes, simplemente porque no están prescritas para su género. Las consecuencias de tal decreto saltan a la vista.

Tal vez uno de los lugares privilegiados donde se observa esto es en la experiencia clínica, en el trabajo cotidiano con grupos de hombres adultos y, también, en las tareas de investigación. Quizá la posibilidad de mayor intimidad y confidencialidad que los mencionados espacios conceden, permita a los hombres reconocer, experimentar y vivir una serie de situaciones que nunca o en pocas ocasiones se han permitido. Para muchos de ellos, asumir en su totalidad las exigencias que el entorno social espera de ellos es en realidad una pesada carga.

En este sentido, no es casual, como ya se consignó, que “... *y aunque pueda resultar sorprendente, los problemas sexuales masculinos constituyen más del 70% de la consulta sexológica en los centros especializados en todo el mundo*” (Gindin, 1991, p. 19). Esto llama la atención pues tal apertura puede lograrse en tanto la experiencia terapéutica lo permite. Además, como dice este mismo autor, hasta la iniciativa, la preparación, la penetración y la satisfacción de ella están en manos de él. De ahí que una pequeña “falla” en este importante escenario de la sexualidad sea vivida como una verdadera catástrofe por muchos hombres. A pesar de ello, lo real es que consultan y exponen sus situaciones, en el doble sentido de mostrar y de “correr riesgo”.

Lo anterior en tanto tal “defecto” es asumido como cuestionamiento a la masculinidad como un todo; lo que se pone en juego es la condición de hombre en su totalidad, tal y como fue formulado en párrafos atrás. Fallar en el sexo, es fallar como hombre. En efecto, el peso es muy grande, sobre todo si a este espécimen humano se le ha enseñado a no enseñar sus “debilidades”; admitir tales desaciertos no es propio de su condición de macho.<sup>20</sup>

Debe agregarse que, además, el hombre debe asumir la tarea de hacerse responsable por una serie de aspectos asociados con el poder: velar y sostener por la familia, ser el más fuerte, el iniciador y proveedor en lo sexual, tener el control, tomar las decisiones, ser exitoso, demandas que lo llevan a olvidarse de sí o a recordarse a sí mismo sobre todo en aspectos que atentan contra la solidaridad y el bienestar suyo y del prójimo. En el Instituto WEM, son constantes las experiencias relatadas por los hombres que acuden al “*Grupo de los jueves*”, en las que la necesidad de dar respuesta satisfactoria a esas exigencias, en múltiples ocasiones, los hace lucir inadecuados, toscos o imprudentes. Situaciones que van desde la típica puesta en juego de mecanismos violentos para resolver situaciones hasta privarse de ver a

<sup>20</sup> En otro trabajo (Campos y Salas, 2002), se amplía con más detalles la situación de los hombres y su sexualidad.

seres queridos –hijos, por ejemplo- simplemente por “no dar el brazo a torcer” frente a ella. La cuestión es aparecer como el que está en control, ordena, dispone o bien no necesita de otros/as (aunque en reiteradas ocasiones, el proceso interno indica otra cosa).

Un ángulo muy relacionado con lo anterior, aunque escapa a los alcances de este trabajo, tiene que ver con la prescripción típica al hombre de asumirse como proveedor, más allá de si en ciertos casos lo asuman como tal o si el asunto se queda en el mero lugar del imaginario. Las actuales condiciones socioeconómicas que sacan y sacarán a muchos hombres de ese rol tradicional, se presentan como un oscuro presagio, entre otras secuelas, de que la violencia intrafamiliar y contra las mujeres aumentará de manera considerable, precisamente como una fuente de afianzamiento en un lugar que el mismo sistema social lo obliga a abandonar. Esto se postula sin perder de vista que también los hombres con una sólida condición socioeconómica son violentos; es un asunto de condiciones que propician más las cosas, no que las causen.

Como hipótesis de trabajo es arriesgada. No obstante, valdría la pena incursionar en un ámbito tan delicado y tan proclive a presentarse, sobre todo en países como el nuestro en que los contingentes de desocupados aumentan de manera alarmante, con lo que se despega a los hombres de muchos de sus roles y lugares más arraigados y conocidos.<sup>21</sup>

Por otro lado, se ha podido cotejar en la experiencia acumulada por varios años (Saénz y Salas, 2000; Salas, 2002), que los hombres, en otras situaciones de “crisis social”, tales como migraciones o condiciones pos desastre, también presentan problemáticas importantes en sus condiciones cotidianas de

---

<sup>21</sup> Merlinsky (2001) ofrece un interesante análisis relacionado con este tema, producto de su investigación en la ciudad de Rosario, Argentina, la cual tiene como característica importante el que la hiciera antes de la debacle socioeconómica y política que sufriera dicho país.

existencia y en sus subjetividades. Es frecuente la atención de hombres con síntomas de depresión, aumento de consumo de alcohol u otras drogas, ideas suicidas o suicidio franco y la mayor consumación de actos violentos en sus núcleos familiares. Lo que arrojan los resultados de tales evaluaciones es que los hombres no toleran o no pueden manejar en forma adecuada esa descolocación de sus posiciones tradicionales a que las situaciones extremas los conducen. Merlinsky (2001) considera que, por lo menos en hombres desocupados, el problema radica en que lo que ellos experimentan es un cuestionamiento de su identidad misma; en otros términos, se pone en entredicho la condición de ser hombre. Esta misma autora considera que en las mujeres, en condiciones socio-económicas similares, las consecuencias no son tan devastadoras. Ya acerca de esto nos referimos cuando hablamos de la cuestión de la identidad; tanto hombres como mujeres en situaciones de desempleo presentan síntomas típicos como la angustia y el estrés; pero en los hombres, además, lo que se juega es el ser hombres: se es algo más que un hombre desempleado, se es menos hombre.

Debe traerse a colación que aquello señalado como lo más típico del ser femenino, de acuerdo con los parámetros de nuestra normativa social, es precisamente lo más rechazado por sujetos pertenecientes a uno u otro género (Álvarez, 1992). Los estereotipos femeninos de debilidad, sumisión, ternura, entre otros, son los rasgos que menos gustan tanto a los niños como a las niñas. No hace falta mucho esfuerzo para imaginarse cómo eso, tan despreciado, sea tan rechazado y ubicado fuera de sí mismos por parte de los varones.

Esto lleva a uno de los lugares más comunes que aparece siempre en la temática: la idea de que en el hombre no hay expresión de afectos. Lo cierto es que esa idea es más un mito que cualquier otra cosa, pues los hombres pueden sentir y expresar una serie de afectos. El problema está en otro lado: son llevados a que expresen con más facilidad ciertos contenidos afectivos, mientras que

otros les son inhibidos. De esta forma, en el primer grupo sobresale la fácil expresión del enojo y otras emociones asociadas; del segundo grupo no se tienen las condiciones para poder expresarlas y, sobre todo, hacerlo sin que se ponga en duda su condición de hombre. En otro trabajo (Salas, 2003), hemos sugerido la imagen de los hombres como de expertos alquimistas afectivos: con mucha facilidad, casi cualquier afecto, lo convierten en enojo. Esto, de por sí, no es mayor problema; el problema está en que, también con facilidad, del enojo pasan a la ira y de esta a la acción violenta. Precisamente, una de las tareas más urgentes por desarrollar con los hombres es la de que puedan identificar esos afectos para estar en mejor posición de manejarlos y no permitir que los lleven a la actuación violenta.

Lo paradójico es que, precisamente, una de las principales quejas de las mujeres es que los hombres son poco expresivos: no hablan, no comunican lo que sienten o piensan y esperan ser entendidos en esas condiciones (características típicas de la masculinidad hegemónica que pueden ser encontradas, incluso, en hombres no violentos). El inconveniente es que, con los mecanismos de “aprendizaje de lo afectivo” descritos, es muy difícil que los hombres, ya de adultos o incluso de adolescentes, puedan expresar y vivir ciertos sentimientos y comportamientos con su compañera, cuando se le inculca el rechazo de estos y, a la vez, le son fomentados los incompatibles. ¡El aprendizaje no puede ser más efectivo!

Además de lo nocivo que es, este juego social produce también otro fenómeno igualmente perjudicial: los mecanismos que moldean al ser masculino, como parte de su efectividad, también le impiden al hombre ver por qué actúan, cómo actúan y qué resultados le acarrearán. Dígase en sencillo: el hombre no sabe por qué y cómo es hombre. Pero la cuestión no acaba ahí, pues los hombres no se cuestionan tal estado de cosas. De ahí que si, como lo afirma el VII Informe del Estado de la Nación (2001), en cuanto a logros en materia de género en la última década del siglo pasado, Costa Rica está “a mitad de río”, creemos que ello se aplica al

trabajo de un importante sector de las mujeres; los hombres, en su mayoría, no están siquiera viendo el río.

Esta oscuridad en la conformación de lo masculino, a su vez, como es lógico suponer, no podría tener otra consecuencia: la posición de no sentir necesidad de cambiar algo. De esta manera, se consume la crónica de una masculinidad anunciada. Parafraseando la idea, los hombres sufren las consecuencias de un síndrome peligroso e insidioso: “padecen de normalidad”. El hombre no introspecciona y mucho menos dialoga con otros (u otras) sobre su ser, sus intimidades y sus problemas. Como muy claramente lo plantea Leonelli (1987):

*“Por lo tanto los hombres parece que no ven con toda claridad los motivos de lo que les está sucediendo y, precisamente a causa del concepto de la virilidad no les resulta posible comparar con las de los otros hombres las dificultades con las que van tropezando... el hombre se siente cada vez más frágil y más solo, como un gigante de arcilla”* (p. 11).

En su interesante estudio, Chinchilla y Gutiérrez (1991) logran determinar cómo en adolescentes se dan diferencias muy sutiles entre sus representaciones sociales de la masculinidad y la paternidad (ambas íntimamente ligadas). En la primera encuentran elementos que la colocan sobre todo en un estatus superior. Para la paternidad, si bien comparte características de la masculinidad (enérgico, establece reglas, merece respeto, es el “duro”), la principal aureola es la de autoridad incuestionable. Lo más llamativo es que, junto con lo anterior:

*“Las familias estudiadas revelaron cómo a través de sus mitos refuerzan día con día la autoestima masculina. Pero al mismo tiempo, se la fragilizan al bloquearle al varón la posibilidad de desahogar conflictos en la canalización no violenta (verbalización, llanto). Acudir a la violencia,*

*parece pues el único camino posible para aferrarse a ese primer cintileo de conciencia de identidad masculina que le fue tan gratificante” (Chinchilla y Gutiérrez, 1991, p. 213).*

Con este oscuro panorama, las acciones de los hombres mismos para modificar sus condiciones y los soportes para mantenerlas, son muy difíciles. La dificultad es que los hombres no viven solos y esta ceguera sobre sus propios aspectos se extiende y enceguece también a aquellos otros que determinan sus relaciones con los demás.

Se está en posición de sustentar que parte del por qué los hombres no están incluidos en las acciones para resolver una serie de situaciones problemáticas derivadas de la vivencia de esa masculinidad, se puede extraer de lo discutido en los párrafos precedentes. No obstante, tal realidad no puede respaldar que con los hombres no hay nada que hacer o que ellos no tienen nada que hacer. Aun con las dificultades expuestas, se considera que es necesario incluir y escuchar al hombre en sus vicisitudes, entre las cuales toma prioridad la violencia intrafamiliar y la de género, en virtud de que ésta tiene que ver con la situación de los hombres y con la de las demás personas que lo rodean; de ahí el planteamiento central de este texto. Siguiendo a la autora citada párrafos atrás:

*“No se puede comprender el misterio masculino ni utilizar toda su potencia sin cambiar las imágenes internas que todos, hombres y mujeres, tenemos como fruto de nuestros modelos culturales, de nuestra historia, de nuestros valores, de la forma de comportarnos con nosotros mismos y con los demás y no se puede cambiar si no se reflexiona lo que hemos aprendido de nuestra infancia en adelante. Mientras los principios permanecen implícitos, cuando no los reconocemos como tales, controlan desde el interno nuestro conocimiento tenemos*

*muy pocas probabilidades para lograr la independencia”*  
(Leonelli, 1987, p. 14).

Se puede sostener la más firme convicción acerca de la necesidad de procurar espacios para que el hombre pueda tener una oportunidad, aunque mínima, de alumbrarse en su oscuridad. Si no, por lo menos, para que camine en cierta penumbra, donde a tientas pueda avanzar. Si esto es factible, su condición masculina puede ser modificada y junto con ella también la de las mujeres.<sup>22</sup>

Los psicólogos puertorriqueños, con mucha experiencia en este campo, lo afirman:

*“Estas primeras experiencias me hicieron comprender la necesidad que tenemos los hombres de tener un espacio donde podamos compartir íntimamente lo que somos... donde podamos revisar y reflexionar sobre nuestras experiencias... Es tan difícil para nosotros los hombres vivirnos como seres sensibles, vulnerables, capaces de llorar!”*  
(Cruz Díaz y otros, 1990, p. 5).

De todas maneras, al final de cuentas si la liberación no es de todos, no hay liberación. Un mayor bienestar de mujeres, niños, niñas, personas ancianas y también muchos hombres (principales receptores de la violencia, en todas sus manifestaciones), no es completo, si no pasa por la liberación que el hombre tiene que hacer de sus propias cadenas que, lamentablemente, son insensibles y no siempre hacen llaga o dejan cicatrices visibles.

Lo anterior no se produce en abstracto. Se da dentro de relaciones de poder y este es relacional: determina las condiciones en que el dominador y el dominado existen. En nuestro sistema, la matriz básica de las relaciones entre los seres humanos es de dominación: alguien debe estar encima de otro. Ya hemos

<sup>22</sup> La experiencia directa en los trabajos con grupos de hombres en el Instituto WEM, permite constatar directamente la certeza de dicha apreciación.

explicitado la posición al respecto: es propio no solo de la cuestión del género, también lo vemos en las relaciones generacionales, étnicas, políticas, económicas, religiosas. La relación entre hombres y mujeres, por definición no escapa a esa estructura básica general, en la que la posición de arriba es ocupada primordialmente, si no por todos, sí por hombres.

Así, el poder que el hombre ejerce y ha ejercido, de acuerdo con lo planteado, no otorga solo beneficios sino también perjuicios en su relación con las mujeres, de particular interés para efectos de la temática que venimos desarrollando. Este poder ejercido tiene características altamente dañinas y autodestructivas (Rivera Medina, 1991), en todos los planos (afectivo, físico, interrelacional, en la salud y el autocuidado). ¿Por qué son los juegos de los niños los que conllevan un mayor riesgo de su salud, a raíz de las características mismas que tales juegos tienen? Si el hombre es el valiente, el osado y el emprendedor, es el juego infantil un lugar indicado para fraguar tales dotes viriles. No es casual que en estos juegos predominen y se cultiven la fuerza física y la dominación y no se ponen en escena otro tipo de expresiones humanas.

Los datos son elocuentes (véase Salas y Campos, 2002b; VII Informe del Estado de la Nación, 2001; y otros): los hombres se están matando entre sí y se están matando a sí mismos. Las causas de muerte en hombres, ya sean por accidentes, violentas o por procesos patológicos en ciertas enfermedades, según se entiende, están directamente relacionadas con estas formas que ha asumido la masculinidad, traducidas en conductas concretas. Causar la muerte a otros (que incluye obviamente a mujeres) y a sí mismos es la consecuencia extrema de un modo de vida que se impone de manera incuestionable.

Es factible traer a colación la experiencia reiterada de cualquiera en la cual se manifiesta el rechazo a lo femenino, mencionado líneas atrás. No es poco común la consulta (en el consultorio o en

la fiesta) sobre si es conveniente “*Que Pedrito juegue con muñecas o que Carmencita ‘le pida al Niño’ un par de zapatos para jugar fútbol*”. A todas luces, es cruel esta implantación de modelos maniqueos y obtusos sobre la realidad. Muy fácil se olvida que antes que nada, se es ser humano, con características “masculinas y femeninas” y que se es más ser humano en la medida que se puedan manifestar y dejarse manifestar esos componentes. Es curioso que quienes sostienen posiciones más de tipo biólogo en esta discusión, lleguen a olvidar que, incluso en ese nivel, las diferencias endocrinas entre machos y hembras no son tan tajantes como es común creer.

Es necesario reiterar que los componentes de ser hombre o ser mujer no son connaturales a su condición de macho o hembra de la especie. Es decir, ser macho no implica necesariamente ser masculino; ser hembra no implica necesariamente ser femenina. Lo masculino y lo femenino son construcciones sociohistóricas que llevan a empotrar en seres humanos ciertas características que luego se naturalizan en su accionar.

Hasta aquí se podría transar en que relativamente no hay mayor problema. Este se presenta cuando esas características no solo se naturalizan a cada sexo, sino que además se exacerban y extreman como pertenecientes a uno u otro.

No obstante, la principal dificultad que se desprende de este ordenamiento social consiste en que, llevado a un punto extremo, tal sistema de diferencias no se queda solo en eso, sino que las diferencias son llevadas a, o transformadas en, desigualdades. El lío radica en confundir diferencia con desigualdad y, con ello, justificar un sistema injusto, sin equidad y con grandes brechas entre sus diversos sectores. Sobra decir que esta apreciación corre para órdenes o ámbitos diferentes de la vida social; no obstante, su aplicación al tópico de género tiene importantes peculiaridades.

Esto aún es más grave cuando de lo que se habla es de violencia. Saltar de aquí a la imagen -estereotipo- del hombre como “agresor u ofensor”, no requiere mucho esfuerzo. Por ello es que, junto con lo anterior, es imperativo revisar y redimensionar la categoría violencia, tarea de la que nos ocuparemos más adelante.

Además de lo dolorosa que es en sí esta situación, para los efectos del presente trabajo, se considera que hay otra dimensión extremadamente lamentable y peligrosa y es aquella, como ya fue señalado, de que el hombre no se percata, no se ha dado cuenta de la factura que está pagando, con altísimos intereses, por mantener la situación tal y como está (alta tasa de homicidios y suicidios, abuso de drogas y alcohol, desaliento y desespero por la pérdida del empleo, estrés, entre otros). Es curioso, según afirma Rivera Medina (1991) que aquellos lugares usualmente ocupados por ellos donde la mujer ha logrado mayor paridad con el hombre, también empieza a pagar algunos de estos costos. En Costa Rica, el aumento del consumo de tabaco y alcohol, por parte de mujeres profesionales, ocupando ámbitos de tradicional dominio del hombre, nos muestra de manera palpable el panorama indicado (Bejarano, 2003).

Es decir, en lo tocante directamente con el hombre, hay una serie de implicaciones que se derivan de la forma como se ha constituido su masculinidad. Un ámbito en que ello se puede observar también es en el cuidado de su salud. Acudir con el preinfarto o el infarto ya consumado, alardear de no requerir al médico (u otro profesional), realizar sobreesfuerzos de tipo laboral, ingerir alcohol y comidas no adecuadas en forma desmedida, son ejemplos de ese ser masculino claramente asignado y asumido. Ello deberá entenderse, necesariamente, como un problema de autoagresión, en donde la máxima expresión sería el suicidio. Como ya se anotó y así será retomado más adelante, la violencia también la dirige contra sí mismo.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Conviene repasar los datos aportados en otros textos (Campos y Salas, 2002; Salas, 2002).

## Capítulo II

# Violencia intrafamiliar y de género

En las siguientes páginas se intenta aclarar cómo se maneja la relación entre masculinidad y violencia dentro del engranaje del poder de dominación y control.

¿Qué pasa con la relación entre el poder y la violencia intrafamiliar? Debe tenerse claro que, si bien se parte de la noción de que no todo poder es ejercido o sostenido por medio de la violencia, ello sí sucede en buena medida. En muchas ocasiones, para mantener posiciones de poder y dominación se recurre a la violencia<sup>24</sup>. Uno de los escenarios en que ella se manifiesta es en el ámbito intrafamiliar o de relaciones cercanas, de una manera clara, dramática y evidente en la actualidad.

Aparte de su característica de ser relacional, el poder tiene componentes muy importantes. Permea y atraviesa la realidad social, fraguando en buena medida a los sujetos y a los grupos que la componen y, como ya se ha señalado, de una manera oculta y silenciosa muchas veces. “Naturalizar” las relaciones de poder viene como anillo al dedo para, de una manera muy efectiva, ocultar su accionar.

El poder no puede entenderse como un absoluto, en tanto sus manifestaciones se dan en situaciones concretas. Relacionando

---

<sup>24</sup> Además, de que no todo poder debe ser asumido con características negativas o en el que medie la violencia.

ese concepto con el de la violencia, se puede decir que víctima y victimario no son universales en su concreción. Todo depende de las circunstancias propias en que se den las situaciones, aunque definitivamente no puede obviarse el hecho de que se está en un sistema sociocultural que define ese poder de cierta manera y bajo ciertas reglas para su ostentación y distribución.

La violencia y el poder tienen y deben ser comprendidas dentro de estructuras y situaciones muy complejas y, sobre todo, móviles, en las que no todos ni siempre entienden lo mismo. Sin embargo, paradójicamente, las coordenadas implicadas, si bien complejas y entreveradas, están próximas a las personas; su concreción se gesta y desarrolla en la vida cotidiana, en situaciones cercanas y simples. La paradoja cubre el hecho de que son tan cercanas y tan simples que cuesta mucho tomar conciencia de su proximidad; cuesta mucho “verlas”. Por ello, en muchas ocasiones, las relaciones intrafamiliares o cercanas se ven teñidas de violencia, pero al no ser percibidas como tales, pasan a automatizarse, mecanizarse o naturalizarse con pasmosa facilidad. Los servicios especializados en la atención de mujeres violentadas lo tienen muy claro cuando advierten que, en una alta proporción de casos, antes de una denuncia por violencia intrafamiliar, muchas mujeres, niños, niñas, adolescentes y hombres, en menor cantidad, han pasado por procesos hasta de años para actuar en su propia defensa. Para las personas que reciben violencia es dificultoso evaluarlo así y, luego, es también harto difícil denunciarlo.

Siguiendo a Martín-Baró (1985), se pueden visualizar, aunque en forma breve, algunos componentes importantes de la violencia. En primer lugar, propone los llamados “presupuestos”, los cuales indican que aquella:

- a) Es multiforme.
- b) Tiene un carácter histórico.

- c) En un momento determinado puede entrar en una autogeneración en espiral, donde sus elementos pueden alcanzar autonomía que los mueve y multiplica.

Además, desarrolla los llamados “constitutivos” de la violencia, estrechamente entrelazados:

- a) Tiene una estructura formal: se le “ve” en actos concretos que permiten identificarla, en este caso, como de tipo intrafamiliar y de género, en alguna de sus variantes o tipos.
- b) Incluye la llamada “ecuación personal”: combina elementos macro con los micro o propios de la persona que ejerce la violencia.<sup>25</sup>
- c) Requiere de un contexto posibilitador: cualquier acción violenta necesita de condiciones inmediatas que lo faciliten o promuevan.
- d) El fondo ideológico: el contexto anterior requiere de un marco general de ideas y acciones que legitimen y justifiquen la violencia.

Si bien una mayor discusión acerca de la violencia ya fue propuesta en otro lugar (Rodríguez y Salas, 1991), en este momento interesa detenerse y enfatizar en un punto, si bien común, muchas veces olvidado: la violencia no es lo mismo que agresión. Esta es una discusión en la que no existe consenso, debido a las diferentes acepciones y connotaciones que adquiere, incluso con posiciones contrapuestas (Martín-Baró, 1985; Solano, 1999).

Aunque tal punto es importante, para efectos de lo que interesa en este trabajo, se concibe como más importante otra distinción: la violencia no es solo la física, que es la más reconocida y señalada.

---

<sup>25</sup> Se considera que esto puede aplicarse también a la persona que recibe tal violencia. Entre ambas partes debe visualizarse una relación dinámica y compleja.

Se parte de entender que la violencia es cualquier intención de dañar la integridad y los derechos humanos de los demás, en forma directa o indirecta; se busca causar daño o perjuicio. Por tal motivo se ha reiterado la opción de enfocar el asunto con la categoría de hombres con problemas de poder y control, en tanto ello podría acarrear la utilización de diversos mecanismos violentos, los cuales no son siempre de naturaleza física. Tal concepción permite ir más allá de esa manifestación concreta, lo que de suyo es así estipulado en el cuerpo legal de la materia. Por ende, existen muchos actos o conductas violentas que “no se ven” y que se pueden manifestar de otras formas más sutiles e invisibles. Tradicionalmente, algunas de ellas han sido denominadas violencia psicológica. Incluso, es factible encontrar hombres que presentan pocas evidencias de manejos violentos (de diversa naturaleza), pero que sí muestran importantes montos de control sobre sus parejas; control que, en no pocas ocasiones, es sutil, suave y puede hasta pasar desapercibido. Podría hablarse en estos casos, de una masculinidad no violenta pero sí hegemónica.

Sin perjuicio de lo anterior, en diferentes momentos se utilizará la acepción de hombres violentos con una connotación más tradicional y que puede servir para efectos expositivos. En ese mismo sentido, cuando se haga referencia a hombres “agresores”, será en concordancia con lo que en otros lugares (literatura especializada, leyes) es lugar común.

Si dicha distinción es clave para comprender la violencia como globalidad, lo es mucho más en una de sus manifestaciones: la ejecutada en el ámbito intrafamiliar o de relaciones cercanas. Resultaría un ejercicio curioso (aterrorizante!) buscar múltiples hechos cotidianos en diferentes momentos de la vida que son altamente violentos, sin mediar contacto físico alguno. Lo peor del caso es que hombres y mujeres los ejercen y reciben, muchas veces sin percatarse de ello. Lo anterior sin ánimo de dejar de lado la violencia física franca, con sus evidencias claras y palpables.

Para el caso específico de la violencia doméstica o intrafamiliar, se seguirá la concepción que ofrece Claramunt (1997), que amplía los alcances de aquella más allá del estricto grupo familiar, en tanto la entiende como:

*“Todo acto u omisión que resulte en un daño a la integridad física, sexual, emocional o social de un ser humano, en donde medie un vínculo familiar o íntimo entre las personas involucradas”* (p. 7).<sup>26</sup>

Una derivación importante de esta definición y que se asume como crucial de tener en cuenta, es que la relación que se produce entre las personas ejecutoras y receptoras de la violencia intrafamiliar o de género toma ribetes muy diferentes a los que se observan en otros ámbitos o escenarios. Así, por ejemplo, el vínculo entre una mujer y su compañero violento será muy diferente al de una mujer con un asaltante. En ambos casos, desde el punto de vista formal, puede recibir violencia y daño un tanto similares; no obstante, el sustrato afectivo y la dinámica que se da en uno y otro caso difieren notablemente entre sí. Las implicaciones afectivas y sociales que emanan de esos “lazos” son disímiles, con compromisos y arreglos sociales de naturaleza diferente. El por qué perduran, en ocasiones por muchos años, ciertas relaciones familiares o de pareja cargadas de violencia puede responderse, en buena medida, desde la óptica descrita.

Además, en estrecha relación con la idea antedicha, la violencia intrafamiliar no es solo aquella que se produce al interior del núcleo familiar, sino que involucra otras relaciones o grupos que provean a sus miembros una serie de necesidades, en el orden de la protección y el cuidado. Es decir, se trata de relaciones vinculares donde prevalece la cercanía, el afecto y la intimidad. Es una ampliación del concepto familia y que nos conduce a otros escenarios de relaciones primarias, óptica que, por cierto, se convierte

<sup>26</sup> Otras definiciones y reflexiones acerca de este concepto pueden encontrarse en Corsi (1994), Corsi y otros (1995), Batres (1999), Abaúnza (2002) y Reyes (2002).

en un importante aporte de la autora. Por ello, se ha afirmado que los compromisos afectivos en este tipo de violencia tienen sus particularidades. De pronto, se asoma la realidad de que quien está violentando es la misma persona de la cual se espera cuidado, cariño y protección. El choque subjetivo que genera una contradicción de tal envergadura es del todo conocido.

Por ello, se ha insistido en la diferencia que tiene la violencia intrafamiliar y la dirigida contra las mujeres con otros tipos de violencia, en virtud de que la primera se da en contextos en donde es esperable una relación primaria de cariño, protección y apoyo. Esto toma aún más sentido si se traen a colación las diversas formas que adquiere: física, sexual, psicológica y, más recientemente así tipificada, la patrimonial, tal y como está concebida incluso en la Ley contra la Violencia Doméstica.

De todos modos, con independencia del ámbito específico en que se produzca, este tipo de violencia tiene el factor común de generarse en situaciones o estructuras donde el poder tiene una distribución desigual. Es decir, hay aquí una manifestación de lo que con Martín-Baró (1985) se vio como el “fondo ideológico”. La violencia intrafamiliar es, pues, la manifestación en ámbitos específicos de una relación social que propicia y hasta fomenta la subordinación y el dominio de unos y otros. En otras palabras, tiene que darse necesariamente una legitimación de ese poder, su distribución y las formas que se organicen para su ostentación.

Por ello, siguiendo a la misma autora, el sistema social para legitimarse y legitimar esa violencia, prácticamente hace que sus manifestaciones en el ámbito intrafamiliar se asuman como violencia institucionalizada. Históricamente, es factible identificar el papel que han desempeñado diversas instituciones sociales como defensoras del estado de cosas (la iglesia, el Estado, la escuela, la familia misma). No cuestionar, invisibilizar, distorsionar o mistificar esta violencia es, a la postre, una defensa a ultranza de una de las instituciones que más defiende, reproduce y afianza el

sistema patriarcal: la familia y la pareja conyugal también, junto con otros espacios de relaciones humanas.

De manera particular y dada la raigambre social, económica, política e ideológica de la estructura familiar, es esperable la dificultad que se puede tener para el cuestionamiento y develamiento de las múltiples relaciones que en ellas se generan; entre ellas, la violencia intrafamiliar y la de género ocupan un lugar especial de invisibilización que históricamente ha teñido las relaciones entre miembros de este grupo primario.

De ahí que alrededor de ella y de otras instancias de la vida del ser humano, se han tejido los más diversos mitos y estereotipos acerca de cómo deben conducirse las personas, tanto en sus relaciones primarias como en otras de carácter más general. Asumir que en su interior se cuecen a diario las más espeluznantes escenas de terror y violencia es algo que atenta contra su estabilidad y con ello la de una serie de sagrados principios del patriarcado: el poder, la subordinación, el control.

Por ello, se torna necesario insistir en que la violencia intrafamiliar y la de género no es un asunto que define y explica la biología. Debe ser entendida como una estrategia social que procura perpetuarse y con ello también a una serie de ideas y acciones en pro del sostenimiento de unos pocos en posiciones de poder y control.

¿Qué implica lo anterior?

Que si, unida a algunas de las ideas explicadas previamente, se sitúa la violencia que se produce al interior de la esfera intrafamiliar u otras de relaciones próximas en una connotación tradicional (en su expresión física), posiblemente el hombre sea ubicado como el principal agente. Situación que, de todas maneras, se reitera y destaca, día con día, en las coberturas periodísticas.

Ahora bien, ¿qué sucede con otras formas de violencia en esos ámbitos? ¿Serán mayoritariamente los hombres quienes la ejercen? ¿Sufren estos los embates de otro tipo de violencia cuyas huellas no se pueden buscar en la piel? Estas son interrogantes que nos parecen de primera importancia; no obstante, su tratamiento desborda los alcances del presente trabajo, sin que por tal motivo se minimicen sus alcances y manifestaciones.

### **Poder y violencia intrafamiliar y de género. La cuestión de la masculinidad o las masculinidades.**

No se pretende entrar aquí en defensas malentendidas acerca de la actuación de los hombres en la violencia intrafamiliar. Es claro que en la connotación tradicional es el hombre quien lleva la parte más activa en el asunto, sobre la base de que es quien ostenta el poder. Si bien esta ostentación o realidad de poder es cuestionada por diversos autores (véase Rivera- Medina, 1991; Naifeh y White, 1991; Kimmel, 1994), incluyendo el hecho que muchos hombres se preguntan “cuál poder y sobre qué”, es necesario reenfocar la situación específica de quiénes y cómo ejercen ese poder de dominación. Además, de que no son todos los hombres quienes se ven envueltos en actuaciones violentas, tal y como las estamos entendiendo en esta oportunidad.

Desde esa perspectiva, cabe retomar los planteamientos que hace Kimmel (1994) en torno a cómo asumir y entender el poder masculino:

*“Esta es la definición que llamaremos ‘masculinidad hegemónica’, la imagen de masculinidad de aquellos hombres que poseen poder, la que ha venido a ser la norma en las evaluaciones psicológicas, investigación sociológica y autoayuda y literatura sugerida para enseñar a los*

*hombres jóvenes como llegar a ser ‘hombres reales’ (Connell, 1987). La definición hegemónica del ser masculino es un hombre en poder, un hombre con poder y un hombre de poder. Igualamos ser masculino con fuerza, éxito, seguro, capaz, en control. Las muchas definiciones del ser masculino que hemos desarrollado en nuestra cultura mantienen el poder que **algunos hombres** tienen sobre otros hombres y que los hombres tienen sobre las mujeres” (p.125) (la negrita no es del original).*

Es decir, si bien la violencia intrafamiliar y de género debe ser entendida necesariamente en un contexto donde el poder se distribuye de manera desigual, para el caso específico de los hombres no es por igual para todos ellos. Así, la masculinidad hegemónica es una vara con la que son medidos los varones, siendo menos hombres los que no se acerquen al estándar que aquella estipula. Por ello, es imperativo hablar de **masculinidades** más que de masculinidad. Lo que define a ese ser masculino no corre por igual en todos los varones. Tal concepción puede aclararse con el simple ejercicio de ubicar la situación concreta de los hombres, en función de su condición socioeconómica, nivel educativo, edad, etnia, geografía, historia particular y grupal, entre otros factores.

Si bien esto ya fue discutido en páginas precedentes, no sobra realizar un ejercicio bastante sencillo de contrastar la situación de la masculinidad –el “ser hombre”- de un hombre ciudadano, de clase media, con empleo, casado, con la de otro hombre en la costa, con empleo ocasional y con baja escolaridad. Posiblemente sea hallada una base común muy sólida de la masculinidad, pero sus concreciones e implicaciones de su vivencia son diversas. Incluso, para ambos casos, la definición de lo masculino se dirime con criterios, rituales y exigencias diferentes<sup>27</sup>. En otros términos, tomar como marco básico a la masculinidad hegemónica no

---

<sup>27</sup> Acerca de este particular, véase el interesante trabajo de Contreras y Mora (2003), quienes llevaron a cabo un estudio con hombres de una zona semi rural en la zona de Guanacaste, en el norte del país.

implica que todos los hombres la porten o sean colocados en ella de la misma manera; si todos los hombres son socializados en el contexto de la masculinidad hegemónica, no todos la pueden esgrimir en los mismos términos.

A lo anterior agrega el mismo autor:

*“Los sentimientos de los hombres no son los sentimientos del poderoso, excepto de aquellos que se ven a ellos mismos como poderosos. Estos son los sentimientos que vienen inevitablemente de la discontinuidad entre lo social y lo psicológico, entre el análisis conjunto que revela cómo los hombres están en poder como grupo y el hecho psicológico que no se sienten poderosos como individuos. Esos son los sentimientos de hombres que fueron criados para creerse ellos mismos como autorizados para sentir ese poder, pero no lo sienten. No sorprende que muchos hombres estén frustrados y furiosos”* (Kimmel, 1994; p.136).

Si el mandato para el hombre es tener que sentirse así, aunque no se sienta así, es muy probable que tal contradicción deba ser resuelta por los medios que sean necesarios. Uno de ellos es hacer algo que les brinde la sensación o la “seguridad” de estar siendo consecuentes con lo debido: mostrar que sí se es poderoso y con lo cual tiene el control en sus manos, por medio de ejercer violencia. Tal opción es fácil de engarzar en uno de los ámbitos donde se supone que el hombre domina y manda, como lo es el intrafamiliar u otros donde los nexos son cercanos (apreciación que, no obstante, puede extenderse a muchos otros ámbitos de actuación masculina). Así, la violencia intrafamiliar y de género es una manera de autoafirmarse en posiciones que real o fantasmáticamente no se tienen. Es obvio que este esquema funciona si se desenvuelve en un contexto que lo propicie, tolere y fomente, donde las voluntades individuales y colectivas están en función de ese tipo de concepciones.

Antes de continuar, es preciso introducir una idea, apenas esbozada en párrafos anteriores.

Se prefiere la expresión “*hombres con problemas de poder y control en sus relaciones de pareja*” a la tradicional de “hombres agresores u ofensores”.<sup>28</sup> La necesidad de mantenerse en esas posiciones es la de tener a mano el poder de dominio y el control; en muchas ocasiones, para cumplir con ello, se recurre a la violencia en sus diferentes manifestaciones. Por tal razón, podemos tener hombres no violentos, pero sí controladores. De esta última condición a la de “ofensores o agresores” puede haber poca distancia, pero, estrictamente, son condiciones diferentes. En otros términos, para sustentar posiciones de poder y control, es posible que algunos hombres recurran a mecanismos violentos, en tanto ello les permite mantenerse en lugares que les son demandados. Por implicación, si se detectan en forma temprana muestras de problemas de poder y control, es posible que se esté en mayor capacidad de prevenir la violencia intrafamiliar.

Recientemente conocemos de que en algunos trabajos brasileños se ha optado por la expresión “*hombres autores de violencia*” (Nascimento, 2005), lo cual requerirá de una pronta mayor atención, en tanto en ella se condensa una de las premisas fundamentales que debe sostener al trabajo con estos hombres: en todo caso, la responsabilidad de los actos violentos les compete, en forma exclusiva, a ellos. Sus actos son factibles de explicar y comprender, pero ellos son sus autores y, por lo tanto, son de su entera responsabilidad.

La situación descrita es tal que se la puede apreciar de manera franca, incluso, en relaciones de noviazgo: llamadas telefónicas permanentes y reiteradas; control de amistades, de vestimenta, de actividades. Así, estos son eventos o escenarios para nada diferentes de lo observado en otro tipo de parejas, no necesariamente

<sup>28</sup> En este punto específico, se acoge lo desarrollado por Abaúnza (2002), Reyes (2002), Campos y Salas (2002b) y Campos y González (2002).

mediadas por el vínculo matrimonial o conformadas por personas adultas.

El problema es de poder y control, propio de nuestros arreglos sociales, al que se le superpone el de la violencia, no exclusiva de ámbitos de relaciones primarias o cercanas, pero es en estos en los cuales adquiere connotaciones particulares, tal y como se ha discutido previamente.

Cuestiones como éstas y muchas más, son las que permiten plantear la necesidad de redimensionar a la violencia, tratando de asumirla de manera más amplia a como se la ha visto tradicionalmente. Esto requiere ser profundizado y abordado desde muchas perspectivas. Una de ellas es la situación particular del hombre, en términos de la concepción y vivencia concretas que tenga de la masculinidad. De ahí la propuesta aquí planteada.

De manera explícita debe decirse, entonces, que la violencia intrafamiliar en una acepción amplia, llevaría a aquella no emitida por hombres. La presente propuesta trabaja directamente con la ejercida por estos, pero no ignora que otros sujetos sociales (hombres y mujeres) también recurren a la violencia como mecanismo de control. Estas otras manifestaciones requieren de una mayor profundización y trabajo, tanto de investigación como de intervención directa. Tal imagen debe entenderse como telón de fondo en este trabajo particular.

En adición a lo anterior, aspecto que también requeriría un mayor grado de atención, es el hecho de que dentro del proceso de socialización descrito, básico en la incorporación de lo masculino, la violencia contra mujeres y contra niños y niñas no está especificada necesariamente como un punto legitimador o definidor del ser masculino. En su lugar, los mensajes que se dan apuntan a lo contrario: precisamente en su rol de más fuerte, no cabe que esa fuerza se desplace hacia los suyos o hacia los más “débiles”. “¡A la mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa!”, reza la ya

citada frase popular que, en muchos ámbitos, toma el carácter de imperativo. En ese contexto, no se es más hombre por ejercer violencia contra mujeres, niños y niñas o personas ancianas.

No obstante, tal y como ya fue discutido, la violencia que se da contra las mujeres proviene de personas que supuestamente deben, por el contrario, protegerlas y suplirlas en su indefensión. Es decir, una manera de resolver esa contradicción en los mensajes que reciben los hombres también podría ser mediante el uso de la violencia. Ante mensajes contradictorios, que llevan al sujeto a estadios de disonancia cognitiva y de no racionalidad, la respuesta lograda parece tener también el mismo carácter. Resolver esta contradicción de otro modo es parte de la tarea pendiente.

Además, como opción factible de plantear, se tendría que los encargos de poder, control y dominio son lo suficientemente más poderosos que los de protección, respeto y cuidado, como para llevar a ciertos sujetos a recurrir a la violencia como medio de sostén. Cabe reiterarlo, la contradicción debe resolverse; o bien, ante lo frustrante de no lograrlo, el afecto se torna en enojo e ira y la conducta en violencia.

Según lo elaborado previamente, es en muchos ámbitos donde se ve el despliegue y manifestación de la masculinidad, con todos sus atributos negativos y positivos. La violencia intrafamiliar y contra las mujeres no se da solo en los contornos de relaciones cercanas, sino que está presente en otros de la vida social, aunque el presente trabajo se ocupa más de aquellos. Es tal vez en estos donde esa masculinidad se pone en juego de una manera mucho más clara: en el ejercicio de la paternidad, en el ejercicio de su función como compañero, en el asumir la “llamada jefatura del hogar” (aun cuando, como frecuentes reportes de investigaciones lo revelan, en muchos casos esa función en la actualidad, en forma creciente, está a cargo de mujeres), entre otras llamadas importantes “funciones sociales”.

Interesa señalar, como ámbito específico de abordaje en esta discusión, que, para una mayoría de costarricenses, “la familia” es considerada como uno de los principales valores, dentro de una amplia gama. Incluso, en situaciones de crisis se convierte en una de las fuentes supuestas de tranquilidad y confianza para las personas. Es lo que se ha denominado “el familismo”. No obstante, ese mismo núcleo se convierte en uno de los ámbitos de conflicto y de mayor peligro (en particular para mujeres y niños y niñas), sobre todo alrededor de la violencia intrafamiliar (III Informe del Estado de la Nación, 1997; VII Informe del Estado de la Nación, 2001). De esta forma, aquel lugar que se supone es fuente de seguridad y tranquilidad se convierte en un sitio altamente peligroso, sobre todo para ciertas personas.

Para efectos del presente trabajo, entonces, interesa este problema de la violencia intrafamiliar y de género, que si bien ha estado presente desde mucho tiempo atrás, actualmente ha tomado una vigencia impresionante, a tal punto que puede ser asumido como una verdadera emergencia dentro de la salud pública. Los datos y las consideraciones de Herrera, Rojas, Chacón y Villalobos (1990) son altamente elocuentes y ubican para ese momento de una manera seria, sistemática y actualizada las dimensiones de esta violencia en nuestro país, consideraciones ya retomadas en otro momento (Rodríguez y Salas, 1991).

Otros datos acerca de esta situación ya fueron aportados en la Introducción, por lo que aquí solo se pretende reafirmar la idea de que se trata de un problema de dimensiones alarmantes que exigen de respuestas pertinentes por parte de diversos sectores nacionales e internacionales.

Huelga aclarar que las cifras aportadas dan cuenta de aquellos casos que son reportados o detectados; es decir, se trata de los datos oficiales. Es sabido que en la detección y estudio de muchos fenómenos sociales, como el aquí tratado, están presentes las llamadas “cifras negras” o subregistros, por lo que mucho de la

realidad de la situación queda fuera de foco. También se sabe que, por muchos motivos, en múltiples casos la violencia intrafamiliar y de género no se denuncia. Usualmente, se plantea que por cada caso denunciado hay otros nueve no denunciados (Batres, Comunicación personal, 2002). Es probable que la vieja idea distorsionada -o ideologización- de que ello es un asunto “privado” aún actúe e inhiba diversas acciones. En la experiencia registrada, todavía en la actualidad sigue presente sin dejar de reconocer que es cada vez menos.

Sería necesario agregar a los datos mostrados una apreciación más de corte cualitativo, en la que no solo se incluyan cifras sino el tipo y la cualidad de los hechos. Así habría que dar cuenta de mujer asesinada con arpón, mujeres quemadas, mujeres macheteadas, niñas y niños asesinados, pérdida de bienes patrimoniales, insultos y amenazas, para solo citar algunos pocos ejemplos, la mayoría anteceditos por historias de sufrimiento y terror. Este panorama, si bien ubica más en la “violencia franca”, no puede hacer ignorar otras manifestaciones de la violencia intrafamiliar en las cuales la violencia física no es la nota predominante. A manera de ejemplo, la llamada violencia patrimonial ha sido poco estudiada hasta el momento.

Además, Dobles y Ruiz (1996) hacen una muy interesante indagación acerca de la percepción que se tiene de la violencia intrafamiliar, en la que se encuentra una serie de indicios de que aquella se ubica más en el plano de la ideologización de los hechos. Así, por ejemplo, obligar a la mujer a tener relaciones sexuales es considerado de máxima violencia; no obstante, el nalguear a los niños y a las niñas como forma de castigo no tiene connotación de alta violencia.

Como ya se anotó, en este tipo de violencia el hombre ha sido ubicado como su principal agente. Esto es importante ya que es aquí donde se encuentra la articulación entre el denominado ejercicio del poder y su manifestación en un ámbito concreto

como lo es la vida cotidiana, al interior de las esferas de relaciones más próximas.

Repasando lo expuesto hasta este punto, es factible postular la tesis de que, lamentablemente, en efecto, la violencia intrafamiliar y de género tiene mucho enraizamiento en la forma como está construida y diseñada la masculinidad en el sistema social. Tal y como está definida esta segunda, es muy fácil pasar a la primera. Cuando en las familias se escucha una expresión como “*¡Mujer al volante, peligro constante!*”, pronunciada por cualquier infante preescolar y que son seguidas por un estallido de risas y aplausos por parte de los adultos, se está a la vista de los rudimentos, en el sujeto particular, de las concepciones que sostiene y perpetúa el sujeto colectivo.

La diferencia entre ese comentario y el acto directo de violencia contra una mujer es una cuestión de grado. Ambas manifestaciones guardan el mismo ingrediente: la desvalorización de lo femenino y, por consecuencia, la necesidad de reparar la deficiencia. Al hombre le es atribuida la potestad de llevar a cabo esa reparación, la que sella de manera especial su constitución y la forma como se relaciona con las mujeres u otros sujetos sociales.

El asunto se torna más complicado aún, ya que, por un lado, hasta hace poco la violencia intrafamiliar y de género era un hecho silenciado en nuestra vida social y, por otro, lo era todavía más la intervención de la forma cómo se construye la masculinidad y su participación en todo ello. Ambas dimensiones deben integrarse en un modelo general de análisis e intervención que den cuenta de una serie de relaciones, intrincadas y profundas.

Se ha visto, con Rivera Medina (1991) que es necesario para adentrarse en la masculinidad, el considerar las diferencias de actuación o manifestación de los hombres, ya se encuentren en lo público o en lo privado. Según este autor, por las condiciones de cambio que se están dando, en el hombre es más sentida la

pérdida del poder en el ámbito de lo privado. Esa pérdida en el ámbito de lo público es más que evidente; sin embargo, habría que preguntarse: ¿poder y dominio de los hombres, sobre qué?

En una investigación previa (Rodríguez y Salas, 1991), se determinó como esto se traduce, incluso, en la agresión que se sufre por parte de organismos financieros internacionales, cuyas medidas afectan en lo global la vida de las personas, sobre todo en regiones como las tercermundistas. Es decir, no hay una sensación de control de las condiciones y determinaciones que rigen la vida, por parte de los sujetos. Se está a merced de las medidas de entes macroestructurales. Al ser los hombres los llamados a manejar lo público, estas vicisitudes tienen un mayor impacto en ellos.<sup>29</sup>

Rivera-Medina (1991) considera que los altos índices de violencia en el ámbito doméstico, que se observan cotidianamente en hombres trabajadores del Tercer Mundo, son como una especie de “cultura de resistencia”, ante el poder hegemónico institucional masculino, el que camuflado por las circunstancias mismas no se ve. Los más favorecidos económicamente aparentan ser menos sexistas, aun cuando sus acciones llevan el poder que nutre la opresión de las mujeres, en espacios más institucionalizados (el laboral, por ejemplo). Es impresionante observar cómo en aquellos sectores donde, desde lo público, el hombre es violentado y como esto lo traduce o lo retransmite al interior de “lo privado”, la vida familiar, con esos niveles desorbitados y brutales de violencia. Es importante esto en la medida que, aun cuando se plantea que la violencia intrafamiliar tiene presencia en todas las clases sociales, se parte que dicha presencia no se da con las mismas cuotas en todos lados. De ahí que se torne necesario investigar de manera diferencial, por condición socioeconómica y cultural, las manifestaciones de la violencia doméstica.<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> Conviene retomar los aportes de Merlinsky (2001).

<sup>30</sup> Por lo menos así lo indica la experiencia (véase Salas, 1998).

Se parte de entender a la violencia intrafamiliar y de género como una situación presente, angustiosa y que requiere acciones rápidas y efectivas desde muchos ángulos. También se considera que, por lo menos en el país, mucho de lo que al respecto se hace gira en torno a las víctimas, es decir, las mujeres, los niños y las niñas, principalmente. No es que esto sea inconveniente o errado, lo que se considera es que ello es una parte de las estrategias de enfrentamiento del problema. Para los alcances que se pretenden en este trabajo, el acceder a la condición masculina es básica; se supone de vital importancia el trabajar con los hombres: ¿qué piensan, qué sienten, qué viven con toda esta situación, qué se puede hacer ante ella?

Se juzga que tal postura debe obedecer a una posición de mínima responsabilidad y solidaridad. Por un lado, los hombres deben asumir la cuota que les corresponde en cuanto al enfrentamiento del problema de la violencia intrafamiliar y de género; no pueden seguir inertes en una situación en la cual tienen un papel activo fundamental. Por otro, como consecuencia de lo anterior, es necesario que se asuman como parte fundamental de la solución del problema. Ser parte de esto último es reconocer esa responsabilidad y la capacidad que se tiene de ser proactivos en la cuestión. Es conveniente que a los hombres se les pueda situar más en la posición de responsables que de culpables, en tanto esta última paraliza, mientras que la primera permite acciones de reparación frente a otras personas y frente al colectivo social.

Además, mucho del trabajo realizado es con hombres ubicados como “agresores” y privados de libertad, con su propia dinámica y situaciones particulares, lo que requiere de un aparato teórico y metodológico también particular. En esta propuesta interesa el hombre común y corriente, de la población general; es decir, aquel hombre no catalogado como “agresor” o con importantes problemas de poder y control.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> Para lo que tiene que ver con los siguientes párrafos, se acoge la tradicional expresión de “hombre agresor”, sin perjuicio de lo que al respecto ya ha sido definido.

Ahora bien, se parte de que el hombre es el principal agente de la violencia, situación que hombres entrevistados no niegan (Salas, 1998). Tampoco niegan que existen otras instancias violentas, incluyéndolo a él como receptor, tanto dentro del hogar como fuera de éste.

Sin negar ese triste papel principal del hombre, por lo menos al interior de relaciones familiares, de pareja u otras inmediatas, se plantea que es él, junto con otras figuras investidas de autoridad, las que ejercen esa violencia. La ubicación es clara: en primer lugar, al padre o a la madre, luego al padre (solo), vienen después los hombres y los hermanos mayores y, luego, en respuestas menos frecuentes, se ubican las mujeres (Rodríguez y Salas, 1991). Las mujeres no tienen autoridad, pero las madres sí; de ahí su pertenencia al clan de los que mandan. Obsérvese aquí la relación que se establece entre lo que se ha desarrollado en torno al poder y la violencia; el ejercicio de ésta se traza dentro de relaciones de poder, el que se instala de manera estereotipada en el hombre.

Con lo anterior lo que se pretende es entender que el problema de la violencia intrafamiliar, aun y con todo lo planteado, si se enfoca solo desde la óptica del hombre como emisor, es parcial. Interesa para efectos de este documento manejar esta visión como marco general para intentar conocer qué pasa con el hombre alrededor de la violencia y cómo actuar en consecuencia.

En esta perspectiva de análisis es pertinente traer a colación un elemento encontrado en indagaciones previas (Salas, 1996; Salas, 1998). Cuando se les pregunta a los hombres acerca de la violencia emitida por los hombres, de frente a la emitida por las mujeres, salta una diferencia importante y notable. Los hombres son violentos “porque son así”, mientras si lo hacen las mujeres es “porque algo les pasó en su infancia”.

Para efectos de análisis, no interesa entrar en consideraciones comparativas en torno a la violencia por parte de hombres y de mujeres, aspecto que excede los límites de este trabajo. Lo que se quiere es subrayar el hecho de que para explicar la violencia intrafamiliar y de género en los hombres, estos recurren a la tesis “naturalista”, fija, ahistórica: “¡son así!”. No hay proceso social ni personal en el asunto. De hecho, los hombres llamados “agresores” son duramente calificados por los sujetos de las investigaciones reseñadas.

Por el contrario, en las mujeres “agresoras”, sí hay idea de proceso, recurriendo a nociones de la historia personal y familiar de cada una de ellas que da sustento a sus reacciones actuales.

Además, lo interesante es que lo “natural” también está presente en las mujeres, solo que a su favor. “Por naturaleza” y “el instinto maternal” son factores que impiden que ellas sean violentas y si lo son es porque algo sucedió. De hecho, la sola idea de pensar en tal situación es objeto de mucho rechazo por parte de estos hombres, lo que les produce una especie de fractura de esquemas, donde estos no calzan con lo que están discutiendo y descubriendo. El actuar en forma violenta no está asociado con las imágenes y los mandatos de la feminidad y del ser mujer; de hecho, incluso a ellas se les inhiben los sentimientos asociados con el enojo.<sup>32</sup>

Otro de los datos interesantes de la misma investigación es la que se refiere a las “Posibles soluciones a la violencia doméstica” que reportaron estos hombres. Hubo respuestas “típicas” de “encarcelar a los agresores” y que “los agredidos se defiendan”, en porcentajes relativamente bajos. Por el contrario, opciones como “ayuda psicológica a los agresores” y “cambios en el sistema educativo” obtuvieron respuestas más significativas.

---

<sup>32</sup> En experiencias con grupos, compuestos solo por mujeres o mixtos, es frecuente la alusión a las experiencias de las mujeres, pasadas o actuales, acerca de los mensajes recibidos en torno a que “cuando se enojan, se ven feas”. No es propio de la mujer enojarse y, mucho menos, conducirse en forma violenta (sin entrar en el detalle de que se podría tratar de conductas asertivas o de autoafirmación).

Más allá de lo respondido por estos hombres, es pertinente preguntarse por lo que podrían estar concibiendo como lo psicológico. Cabe la hipótesis de que esto se haga como un enfoque de lo individual, noción que por cierto es muy frecuente, tanto en el saber popular como en el de la ciencia psicológica misma. Por ende, esa ayuda psicológica sería para cada uno de los hombres violentos. Si ello fuera así, la concepción de violencia que se maneja es de orden estrictamente individual, un problema de cada quien en su génesis y en su enfrentamiento.

Al trabajar este tópico en grupo de reflexión con hombres de la misma investigación, se puntualizó la posibilidad de que la violencia doméstica fuera objeto de intervención por parte del Estado o de la iglesia. Ello apunta a una suerte de contradicción: es un asunto de tratamiento colectivo -Estado, iglesia-; sin embargo, al final, el problema y su eventual abordaje es individual.

De esta manera, el panorama es preocupante: los hombres son violentos porque “son así” y el asunto es de índole individual. La percepción general es que no hay construcción social ni histórica de esa violencia. A esta noción del problema la cobija un grueso manto de ideología, cuya principal consecuencia es la inmovilización para actuar.

Esta apreciación parece de singular importancia, sobre todo de cara a la posibilidad de estructurar programas de tipo preventivo con la población masculina en general. De este modo, partir de que ellos conciben la cuestión de manera rígida y no procesal es un punto de arranque que no puede ser obviado en este tipo de acciones, sobre todo si se recuerda que esta investigación se llevó a cabo con hombres de esa población. El panorama se torna, así, un poco más complicado de lo que parece. No sobra recordar que buena parte de la estructuración de la masculinidad estriba en no cuestionar asuntos fundamentales de la vida social, personal y colectiva; es esperable que ello irradie también a lo relacionado con la violencia intrafamiliar.

En esta línea de pensamiento se instala la presente propuesta, la que busca abordar la construcción de la masculinidad en hombres de la población general y su relación con la violencia intrafamiliar y de género. Esta relación es concebida no solo en términos de las vicisitudes individuales de los hombres, sino, sobre todo, en sus componentes y alcances colectivos, que es el escenario desde el cual se debe abordar el problema.

No obstante, es preciso retomar lo postulado por Martín-Baró (1985) en el sentido de que la acción concreta desplegada por los seres humanos no se da solo como meras respuestas al medio social (otros individuos, grupos, instituciones, la comunidad). Esta operación está mediatizada por la captación subjetiva de la situación que tenga el individuo. En otras palabras, se debe actuar no solo de acuerdo con las demandas de la situación objetiva que se dé, sino, también, en función de esa captación subjetiva mediatizadora.

Los seres humanos, entonces, no actúan solo en calidad de entidades respondientes. La diferencia de evaluación que de las situaciones se haga, está determinada por la percepción que entra a jugar en el proceso del sujeto la cual, a su vez, no puede ser entendida fuera de un contexto histórico social concreto.

En términos de Martín-Baró (1985):

*“...Así mi acción tendrá unos condicionantes subjetivos, en buena medida determinados por mi percepción de los hechos y de las personas...resulta difícil explicar adecuadamente esa acción sin tomar en cuenta la percepción que de la situación tiene el individuo” (p.188).*

Estas consideraciones deben ser el común denominador de toda labor preventiva que se lleve a cabo o se pretenda realizar. Es muy importante no olvidar que la violencia intrafamiliar y la masculinidad son fenómenos sociales que exigen abordaje con todas las

poblaciones, todas las edades y de maneras diversas. Así, conocer lo que concibe cada quien es un punto de arranque que se impone en estos menesteres; es actuar con visión de proceso, de corto, mediano y largo plazo.

Huelga aclarar que, con este autor, se acoge la categoría “percepción interpersonal” como proceso social e intersubjetivo y no solo a la función perceptiva como tradicionalmente se le ha entendido, por un lado en la fisiología y, por otro, en la misma psicología, enfoque heredado de la vieja escuela estructuralista alemana. En otros términos, los mecanismos bioquímicos de la percepción no tienen mayor razón de ser sin una entidad mayor que les dé coherencia y tengan sentido para el sujeto social que las porta y utiliza. Esta entidad debe ser entendida en el plano social.

En concreto, interesa promover la reflexión acerca de la vivencia, los esquemas de pensamiento y acción y el sustrato afectivo que los hombres tienen de la violencia intrafamiliar y de género, así como de sus implicaciones. Proponer esto para alentar acciones con la población masculina general se presenta como necesidad de primer orden en el quehacer de aquellas entidades y personas que están comprometidas con enfrentar la problemática desde los más diversos y complementarios ámbitos; en este caso, desde la situación concreta de los hombres y su masculinidad.

Desde esta línea de pensamiento, como ya ha sido expuesto, si el hombre poco se cuestiona en torno a su ser masculino, si, en general, el hombre tiene muchas dificultades para hablar de sí mismo, para centrarse en sí mismo, para intimar consigo mismo, mucho más difícil es esperar que lo haga alrededor de una situación tan particular como lo es la violencia intrafamiliar y de género en la que su papel para prevenirla y enfrentarla es fundamental.

En el capítulo correspondiente a la propuesta de acciones concretas con los hombres, se enfocarán algunos detalles importantes.

Aquí vale indicar que la acción que se propone realizar con los hombres tendrá como punto de partida la percepción y la vivencia que ellos tengan del fenómeno en cuestión. En el trabajo con hombres, este es un aspecto fundamental.

Algunas experiencias puertorriqueñas y argentinas reseñadas en páginas atrás, lo mismo que la propia en el país (Rodríguez y Salas, 1991), resaltan la importancia y pertinencia de dar esa oportunidad para que el hombre pueda expresarse y trabajar en sí mismo, asunto que le es particularmente muy desconocido o lejano.

Interesa en este trabajo abrir esa oportunidad para que tenga voz y acción sobre un punto en el que tal vez no tenga mayor noción acerca de las implicaciones de la forma como ha sido conformado como hombre y las implicaciones de ello en su vida y en la de los demás, en especial la de las mujeres.

¿Por qué esto? Ya se ha señalado: el hombre parte de saberlo todo y, por lo tanto, no tiene nada que aprender ni que compartir; esto es inherente a su identidad como hombre. De ahí que la posibilidad de realizar un trabajo con hombres se asuma como de gran importancia y pertinencia.

Así, el espacio grupal, no necesariamente terapéutico, sino el llamado espacio de reflexión o formativo, ha sido una instancia sumamente enriquecedora, en donde los hombres han iniciado una toma de conciencia no solamente de su situación como potencial ser violento, cuando para esos efectos se han creado esas posibilidades, sino como una oportunidad para preguntarse en torno a su ser masculino, en sus dimensiones más globales.<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> No se discutirá aquí acerca de la característica básica de lo que es un espacio terapéutico. Lo cierto es que los llamados grupos de reflexión son altamente terapéuticos; la distinción que se hace obedece a criterios más bien tradicionales, en términos de que esos grupos no tienen la estructura ni la dinámica típicas de grupos clínicos convencionales o con una clara pretensión psicoterapéutica. Este aspecto será profundizado en el capítulo destinado a la propuesta que se hace al respecto.

Por ello, se pretende con este trabajo propiciar espacios para continuar en la posibilidad de escuchar la voz masculina, específicamente por medio de los grupos de trabajo, en la modalidad de taller, como instancia adecuada y preferible. Se ha procurado una experiencia grupal que, en forma cualitativa y profunda, permita un espacio-tiempo de reflexión en torno a toda esta problemática, lo cual se describirá con más detalle en páginas siguientes.



### Capítulo III

## Una propuesta de abordaje

Desde donde se le mire, la propuesta pretende “abrir brecha” en lo teórico y en lo metodológico, así como insinuar y mostrar posibles vías de acceso al abordaje de la violencia intrafamiliar en Costa Rica, mediante una intervención preventiva con hombres de la población general. Construir teórica y metodológicamente acerca de la relación entre masculinidad y esta manifestación de la violencia, por lo menos en el país, es una tarea de poca tradición por lo que se espera poder señalar algunas vías de acceso para avanzar en el enfrentamiento del problema.

Se cuenta con otras experiencias valiosas en las cuales la masculinidad es el elemento nuclear. Si bien en ellas la relación entre violencia intrafamiliar y masculinidad es abordada, no todas lo hacen desde la perspectiva del trabajo con hombres de la población general. Los trabajos conocidos, comentados en páginas anteriores, se llevan a cabo tanto en Costa Rica y Centroamérica (Batres y otras, 1995; Batres y otras, 1997; Batres, 1999), en Nicaragua (Abaúnza, 2002; Reyes, 2002), en Argentina (Corsi, 1994; Corsi y otros, 1995), y en los Estados Unidos, la labor de Ramírez es de particular importancia por el abordaje que hace con hombres latinos (Barboza y Veitch, 2002). De la experiencia nicaragüense, se resalta la labor que se lleva a cabo en la organización de hombres de la población general; del trabajo argentino, lo interesante de su propuesta es el llamado enfoque ecológico; de la centroamericana, si bien se realiza con hombres “ofensores”,

tiene una serie de elementos teóricos y metodológicos que se pueden adaptar a los objetivos y a la línea de trabajo de esta propuesta. En nuestro país, destaca el valioso aporte de Campos y González (2002) en el cual se hace una propuesta, basada en experiencias propias, de trabajo con hombres ofensores físicos de mediano y bajo perfil.

Vale acotar que, dentro de una tradición de fondo constructivista, la iniciativa se basa en la búsqueda de la participación activa de las personas involucradas en los talleres en donde cada quien aporta desde su propio saber y sentir y donde es imposible la no participación. Se parte de que, por la temática y por la propuesta metodológica, no cabe posibilidad de soslayar cuestionamientos y propuestas. Además, la participación en este tipo de experiencias deberá asumirse como voluntaria. El mismo dispositivo técnico de la metodología ofrecida tiene como supuesto básico el partir de la experiencia de cada quien para construir en colectivo.

De frente a los propósitos generales del libro, este capítulo consta de dos grandes apartados, estrechamente enlazados entre sí. El primero establece algunas bases generales de lo que se ha llamado “la lógica del trabajo con hombres” y el segundo lo constituye, de manera directa, una metodología particular para abordar el tema y la población de interés.

Esta segunda parte se concreta en la elaboración de un taller que se sugiere para trabajar con hombres de la población general. El diseño del taller se hizo de forma tal que pueda tener los ajustes y las adaptaciones necesarios para atender las demandas de grupos específicos.

Es oportuno hacer algunas acotaciones respecto del encuadre que la experiencia deba tener, tanto para facilitadores como para los hombres participantes. Consecuente con el encuadre, se procurará un proceso de análisis y reflexión al interior del grupo, no en una perspectiva terapéutica en su acepción tradicional. No se

busca entrar en asuntos de mayor elaboración o interpretación del grupo o de sujetos individuales. De esta forma, se recurrirá a todas aquellas técnicas y recursos que dinamicen y catalicen la producción grupal, tales como hacer señalamientos, reflejos, confrontaciones, aclaraciones.

La pretensión básica es lograr que los participantes puedan establecer contacto, cognoscitivo y afectivo, con aquellas cualidades propias del ser hombre y que se relacionan, por un lado, con la constitución general de la masculinidad y, por otro, con aquellas que los pueden conducir a la violencia al interior de sus núcleos familiares, de pareja y en otros próximos.

De ahí que la labor que deba tener la persona a cargo del taller será básicamente la de facilitar el proceso grupal, tratando de fomentar la participación de todos los miembros del grupo, en primera instancia. Esta vivencia debe ser llevada a procesos de reflexión y, de preferencia, a la toma de conciencia de procesos vitales propios que están en la base de sus pensamientos, afectos y comportamientos. De esta forma, la producción del grupo adquiere sentido en un marco mayor de comprensión, individual y colectivo.

Además, dependiendo de las necesidades del proceso general y, en particular, de cada sesión de trabajo, se dispondrá de una serie de recursos de acción, adaptados a la circunstancia del momento. Si bien se atenderán los principios básicos del trabajo en grupo focal, se introducirán aquellos ajustes que potencien y faciliten la dinámica grupal.

Así, se recurrirá a vídeos cortos o editados (de películas, reportajes, noticias), análisis de canciones populares, análisis de diversos textos (literarios, periodísticos), dramatizaciones, entre otros recursos de acción. En particular, se insistirá en una permanente lectura de la cotidianidad (de cada quien y de procesos grupales y nacionales), además de la reflexión crítica del material que ha sido recabado en otras experiencias.

Si bien se prestará atención a la producción verbal del grupo, otras manifestaciones de ella no serán obviadas y, por el contrario, se incorporarán como parte de la producción general que se obtenga.

Se desprende de estos detalles metodológicos y técnicos que el facilitador del proceso del grupo deberá tener un atenta lectura de por dónde y para dónde va el grupo. Con base en esta lectura deberá redefinir aquellos aspectos que le permitan al grupo continuar con su trabajo de la mejor manera posible.

Al final de las sesiones se intentará realizar una devolución/cierre del trabajo realizado, con el propósito de rescatar los aspectos que se considera sintetizan el pensar y sentir del grupo. Ello sin perjuicio de devoluciones más sistematizadas, ya sean de proceso o final.

La experiencia debe ser recogida, sistematizada y devuelta al grupo en forma permanente. Además, la persona facilitadora podrá contar con la información que formalmente acopie en cada una de las actividades, así como aquella que proporcionen los mismos materiales que el grupo va creando en el trabajo. Todo material generado en los módulos del taller es información por procesar, sistematizar y analizar.

Con base en el enfoque teórico conceptual adoptado y tomando las lecciones aprendidas del trabajo que se realiza con grupos de hombres, en diferentes temáticas, se propone el siguiente marco de trabajo. Es una propuesta general, resultado de la concreción en una metodología asumida como idónea para abordar la temática en cuestión, que deberá ajustarse a las condiciones y a las necesidades particulares de cada grupo. Como ya se indicó, consta de dos grandes partes, determinantes entre sí:

- Lógica del trabajo con hombres: una reflexión teórica y metodológica acerca de las particularidades de este trabajo, así como las implicaciones que tiene.

- Modelo de trabajo propuesto: se ofrece una propuesta de taller para el abordaje del tema con grupos de hombres.

### **Del trabajo con hombres: Su lógica y formas particulares.**

Es oportuno partir de una breve discusión epistemológica y metodológica acerca de las peculiaridades del trabajo con hombres y del lugar que debe ocupar en las acciones concretas necesarias para la construcción de un mejor sistema de vida para todas las personas.

¿Por qué y para qué llevar acciones con hombres?

Responder a esa interrogante implica la toma de una posición teórica, metodológica, política y ética en relación con la cuestión de los géneros y la violencia intrafamiliar, para el caso de esta propuesta. En sí mismo, el tender a la reconstrucción de relaciones genéricas, conlleva la acción política, en tanto entendemos tal tarea como aquella que busca un sistema social diferente, equitativo, justo y democrático. Desde esa perspectiva, involucrar a los hombres en acciones de prevención de la violencia intrafamiliar lleva, necesariamente, al cuestionamiento de cómo enlazarlos con las tareas llevadas a cabo por organizaciones de mujeres, tanto para metas de tipo general como para las más específicas de enfrentamiento de la violencia en sus núcleos familiares o relaciones próximas.

Es decir, con la reflexión que se logre con los hombres, es posible aspirar a una mejora sustancial en sus propias vidas y en las de personas cercanas. Esto puede visualizarse de manera más clara si se trata de la violencia intrafamiliar y de género. Por lo anotado, cabe una rápida ojeada al cómo pueden darse esas relaciones.<sup>34</sup>

---

<sup>34</sup> Las ideas aquí reseñadas, fueron elaboradas con más detalle en Salas (2002b).

A esas relaciones las hemos denominado “**posibles rutas por seguir**” y están sujetas a ser discutidas y acordadas. Se proponen cuatro, que no se excluyen entre sí, sino que más bien se traslapan y entrecruzan. Como se indicó, están concebidas para el trabajo de equidad de los géneros, en lo global, y para el que corresponde a la masculinidad y a los hombres, en lo particular. Las labores en una implican las que se puedan desarrollar en las otras, dado el traslape de los procesos involucrados.

La primera ruta apunta a aquello de lo que **las mujeres se están haciendo cargo solas**, en muchos aspectos, ¡cómo lo ha sido hasta ahora! Algunos pocos ejemplos se pueden mencionar en este escenario: la pobreza, que golpea mucho más a las mujeres; la crianza de hijos e hijas; a los bajos salarios y a las condiciones laborales adversas y a la violencia intrafamiliar con sus efectos perniciosos, entre muchos otros.

La segunda ruta tiene que ver con **las acciones que se puedan llevar a cabo con los varones, en apoyo al que vienen realizando las mujeres**, en la búsqueda del bienestar de éstas y otros grupos poblacionales. No sobra reiterar que se alude más a una cuestión de justicia que de capacidad de trabajo por parte de ellas. Repasando el corto listado del párrafo anterior, conviene que nos preguntemos si es justo que la mayoría de –y en muchos casos, todas- las acciones sean impulsadas y ejecutadas por las mujeres, cuando en realidad es un asunto que compete a ellas y también a ellos.

En relación con lo anterior, enlazadas de manera directa con la presente propuesta, de acuerdo con las modificaciones en los códigos penales, se abren las opciones de las penas alternativas, en casos de violencia intrafamiliar. Este panorama nos pone de frente a la necesidad de trabajar con los varones involucrados y, sobre todo, con aquellos de la población general que con dificultad vislumbran la posibilidad de estar inmersos en este tipo de situaciones.

Es un asunto de toma de decisiones, pues si se aspira a la prevención y la erradicación de la violencia intrafamiliar y la atención de las víctimas, no hay otra opción que adoptar medidas inmediatas de trabajo con los hombres, de todas las edades y condiciones sociales.<sup>35</sup> Los hombres pueden y deben ser asumidos no solo como el problema sino, también, como un eslabón fundamental en su solución. Si bien la experiencia acumulada con grupos de reflexión con hombres no está elaborada para atender directamente este tipo de violencia, se ha podido constatar que acciones en ese sentido son posibles y cuyos resultados, evaluables a mediano y largo plazo, se pueden ver también en forma más inmediata, aunque obviamente no en todos los casos.

Se tiene la firme convicción de que el panorama de varias de las situaciones reseñadas podría cambiar de manera más clara si se contemplan labores de base con los varones, tanto desde el sistema educativo formal como desde otros puntos o ámbitos sociales.

La tercer ruta es advertida en el **trabajo con los hombres, por ellos mismos como población particular**. En cualquier caso, esta ruta debe considerarse más bien como una fase imprescindible: los varones necesitan, entre ellos mismos, revisar una variada y compleja serie de asuntos que son de su propia competencia. Hay mucho camino por recorrer, sin abandonar el necesario trabajo conjunto con las mujeres, en una fase posterior o, al menos, paralela. La clave aquí es que los hombres puedan asumir lo que les corresponde y se hagan cargo de tareas en las que no pueden ser sustituidos. Una primera gran tarea exige el enfrentamiento de mandatos, encargos y estructuras, por parte solo de los hombres, como género, que les permita desentrañar las raíces y las condiciones favorables para que la masculinidad que portan sea así incorporada.

---

<sup>35</sup> Nuevamente aquí se parte del supuesto de asumir a los hombres como el grupo que mayoritariamente ejerce violencia en sus relaciones familiares y cercanas; de todos modos, recuérdese que la propuesta se dirige a combatir la situación de hombres con problemas de poder y control en sus relaciones de pareja, familiares y otras cercanas.

Como se planteó en los capítulos anteriores, tal configuración de lo masculino requerirá de una contraparte que lo sostenga y hasta reproduzca. Por tal razón, la masculinidad dominante demandará de una feminidad dominante. Ambas constituirán una sólida estructura, la de género, que atravesará y determinará muchos aspectos de la vida de las personas.

Es imposible imaginar un sistema patriarcal como el nuestro sin que cree y distribuya la masculinidad y la feminidad, de manera tal que se determinen mutuamente. A hombres formados de cierta manera corresponderán mujeres formadas, también, de cierta manera, para que acoplen con las estructuras psicosociales e identidad de aquellos.

Tanto es así que, en el patriarcado, la crianza de los varones está más a cargo de mujeres que de hombres. Aun así, su masculinidad se elabora y aprende de acuerdo con los cánones dominantes. No se quiere caer en la visión simplista, pero extendida, de que, siendo así el asunto, las mujeres son las responsables del patriarcado y del machismo. Lo que se cree es que el lugar que se les ha asignado implica necesariamente la transmisión y defensa de la masculinidad hegemónica<sup>36</sup>.

Como elementos de peso para sostener acciones en esta ruta, es conveniente repasar brevemente el hecho de que una serie de causas de muerte o de incidentes graves en hombres está asociada con la forma como se asume esta masculinidad. En páginas anteriores se hizo una referencia al respecto; sin embargo, valga de nuevo mencionar que una inmensa mayoría de accidentes –de todo tipo–, de homicidios, de suicidios y de enfermedades cardiovasculares y tumores malignos, la determinación básica se relaciona directamente con patrones de crianza, estilos de vida y

---

<sup>36</sup> En ejercicios que se realizan con mujeres en talleres acerca de la construcción de la masculinidad, es muy interesante la forma en que muchas de ellas se identifican o prefieren algunos de los cuatro arquetipos de la masculinidad propuestos por Moore y Gillette (1993).

comportamientos típicos de los varones, exponentes de la más arraigada masculinidad hegemónica<sup>37</sup>.

Con lo revisado, no en forma exhaustiva, se trasluce el panorama y la realidad de que los hombres se están matando entre sí y están matando! Ante esto no queda otra opción que se den por enterados y tomen las acciones que correspondan.

Lo que se ha podido observar con una consistencia muy alta es que, sino todos, por lo menos algunos de los arquetipos de la masculinidad (Moore y Gillette, 1993) se debilitan en las circunstancias descritas. No es necesario ahondar más: es urgente que con lo hombres se enfrente toda esta situación, siendo ellos los protagonistas principales.

En otras palabras, tesis que requeriría de una mayor elaboración, cabe postular la idea de que, en un panorama estrictamente teórico, si se eliminara la violencia de género por parte de los hombres, subsistiría toda la otra violencia que tiene que ver con la dirigida hacia otros hombres, otras personas, la naturaleza y contra sí mismos. El problema de la violencia en los hombres no es solo la esgrimida contra las mujeres y otras relaciones cercanas; se trata de una situación más amplia, que tiene diversas formas de presentación. No obstante, debe aclararse que lo afirmado no implica tener que solucionar todo para enfrentar algunas partes; lo cierto es que la violencia de género e intrafamiliar son asuntos que, por sí solos, requieren de acciones de diferentes niveles y alcances.

La cuarta ruta sugerida es **la del trabajo conjunto**, la cual puede implicar el desarrollo de una serie de tareas en conjunto, en forma integrada o bien separadas, aunque complementarias. La especificidad de esas expresiones concretas deberá verse para cada situación particular, considerando las necesidades diferenciadas de hombres y de mujeres, que no siempre son consideradas en el

---

<sup>37</sup> Véanse los datos que con mayor detalle se analizan en Campos y Salas (2002b).

diseño de las políticas públicas y en los planes concretos de acción en todos sus ámbitos.

Por tal razón, paradójicamente, tales diferencias requieren de esfuerzos mancomunados, de acuerdo con necesidades particulares que, sin embargo, forman parte de un todo integrado y complejo. De hecho, en la mayoría de las situaciones, se trata de una misma necesidad con matices diferentes. Aun con el riesgo de caer en reiteraciones, recuérdese que la masculinidad y la feminidad son complementarias. Para desarticular una debe hacerse lo mismo con la otra. De no proceder así, la sensación es la de cortar cabezas a la medusa, pues rebrotan por racimos.

La amplia gama de interrogantes que se ha venido entrelazando en este trabajo demanda de múltiples respuestas que incorporen una visión de género, para trabajar con hombres y mujeres, de forma integrada, ya sea conjunta o paralela, dependiendo de las circunstancias.

Este rápido recuento puede continuar con muchos más, tales como la vida en familia y la crianza de los hijos y las hijas. De inmediato surge la pregunta: ¿serán mejores o más llevaderas estas tareas si se logran articular esfuerzos de las mujeres con hombres comprometidos con tales menesteres? ¿Es posible que estos últimos puedan asumirlos de manera no vergonzante? ¿Pueden establecer con ellas vínculos más amistosos y menos cargados de control?

Demás está decir que todo lo indicado necesitará de abordar la masculinidad y la feminidad presente en hombres y mujeres. Esto lleva a un proceso de larga data, del trabajo macro y micro social, con acciones en múltiples frentes. Nunca está de más recordar que no todo es cognitivo en esto y que los procesos afectivos y subjetivos son tan o más determinantes que aquellos. Precisamente por su fuerte base afectiva, las estructuras fundamentales de la masculinidad y de la feminidad son tan difíciles de abordar y modificar.

De este modo, el logro de mayores niveles de equidad de género demanda trabajar con hombres y con mujeres, acerca de cómo concebimos, vivimos y reproducimos la masculinidad y el ser hombres, además de lo que ya se ha recorrido en torno a la feminidad. Para hablar de una sociedad con tal equidad se precisa de hombres problematizados y que se atrevan a cuestionar los cimientos de su conformación subjetiva y social como tales. Es altamente probable que hombres problematizados acerca de su condición masculina, en el marco de reflexión que estamos proponiendo, recurran cada vez menos a la violencia como “vía rápida” (Corsi, 1995) para solucionar los problemas.

Esta pretensión, se reitera, demanda de mucho trabajo con toda la población, para distribuir responsabilidades y erigir así una vida más armoniosa. La equidad se logrará de mejor manera si se trabaja con hombres y mujeres, y no necesariamente juntos en un primer momento. Los hombres requieren mucho trabajo y reflexión al interior de sus propias vivencias, como ya lo hemos indicado.

La propuesta que se brinda, si bien puede ubicarse en la segunda de las rutas trazadas, puede ser también incluida en las dos siguientes. Abordar la violencia intrafamiliar es una tarea compleja y de dimensiones muy amplias. Por lo examinado acerca de la masculinidad y la feminidad, ambas deben ser desmontadas. Para efectos de este trabajo, se enfatiza en la primera.

Enfrentar y resolver la violencia intrafamiliar no llevaría bienestar solo a las mujeres, a miembros de la familia y a otros prójimos. Implicaría, también, una oportunidad para los hombres para pensar y construir una masculinidad diferente, que les sea de mayor beneficio en sus condiciones de hombre y de ser humano. Es menester llevar esto a un escenario que permita que los hombres puedan contemplarse beneficiados y no solo perjudicados, como de manera mal intencionada y errada se ha planteado. El patriarcado ha llevado las cosas a un punto en el cual los hombres ganando pierden.

Semejante tarea no es fácil, pues los hombres están poco acostumbrados a reflexionar acerca de sí mismos, menos acerca de violencia intrafamiliar y mucho menos aún acerca de la relación de esa violencia con la forma como han sido formados como hombres. De hecho, una convocatoria a hombres planteada así haría que no la consideren o le huyan, aspecto de detalle estratégico pero de suma importancia discutido en el apartado correspondiente.

Aun así, la experiencia indica que si se brinda la oportunidad, el proceso puede darse y avanzar en forma inesperada. En algunos casos, hombres con problemas de poder y control, no solo dejan de golpear sino que revisan su masculinidad como asunto de fondo. Se ha hecho énfasis en el interés por enfrentar y resolver la violencia intrafamiliar y de género como prioridad; también interesa que los hombres aprendan una nueva forma de ser hombres en un sentido más general.

En este punto, conviene reafirmar la posición de alentar primero acciones de los hombres entre sí, consigo mismos. Esto está basado en, al menos, dos pilares. El primero por una postura ética, por una posición ante a la vida y frente a la violencia intrafamiliar. Es una cuestión de humanidad el preocuparse y enfrentar una situación que menoscaba la calidad de vida de las personas; tan necesario es que los seres humanos resolvamos el inminente colapso ecológico como el de la violencia en nuestros grupos familiares y cercanos y la dirigida contra las mujeres. El segundo, por una disposición estratégica: los hombres deben hacerse cargo de la buena parte de la tarea que les corresponda. La experiencia ha mostrado que si en un primer momento se inician acciones de manera conjunta, precisamente por los mandatos de la socialización, ellas tenderán a hacerse cargo del proceso y ellos a no asumir. Es común observar procesos de maternalización a los varones por parte de mujeres que, bien intencionadas, asumen que a ellas les corresponde “componerlos”. La experiencia clínica o de reflexión con hombres, individual o colectiva, en muchas ocasiones está precedida por la ruta que alguna mujer les marcó:

*“Mi esposa me dijo que viniera”, “Mi mamá oyó de esta actividad y llamó”, “Si no hubiera sido porque la doña me amenazó de que si no iniciaba un tratamiento...”*

Para lo anterior, es preciso no perder de vista un punto de primordial importancia: atender la necesidad de acceder desde y con un código masculino; el trabajar con hombres requiere de un lenguaje masculino y de una escucha masculina. Dada la amplia experiencia y bagaje que se ha acopiado en el trabajo con mujeres y en la feminidad, es necesario recurrir a mucho de ese camino recorrido. Pero ello deber hacerse con el cuidado de no aplicar o caminar de la misma manera con los varones. Con ellos deberán marcarse nuevas rutas, acordes con sus propias características. Por ejemplo, en acciones con mujeres, en virtud de las condiciones que brinda la socialización femenina, es casi directo el encuentro de ellas con sus contenidos afectivos más íntimos; esto es esperable, incluso, en los primeros momentos de la labor que se lleve a cabo. Pretender esto, con el mismo ritmo y una dinámica similar, en lo varones es poco menos que imposible, en tanto ello no encaja en la manera masculina de hacer las cosas.

Lo anotado no niega lo sostenido acerca del contacto con lo afectivo que es necesario lograr, en los varones, cuando se reflexiona acerca de su masculinidad y de la violencia intrafamiliar. Esa seguirá siendo una meta, que casi alcanza el estatus de criterio de éxito. El trabajo con hombres no puede apuntalarse, al principio, en el afecto; pero lograrlo es fundamental. Esto no niega, en lo más mínimo, que, en ocasiones, algunos logran ese contacto con sus afectos en forma más fácil y directa, pero esa no es la norma ni el propósito.

Otra dimensión más puntual, lo es, por ejemplo, el manejo del humor o la broma en grupos de hombres que, en ciertos momentos, es altamente chocante por lo agresivo y lo misógino que se torna. Intentar modificar esto como requisito de entrada es un error de estrategia básica, pues más bien tales contenidos son

asumidos e incorporados en el proceso que el grupo desarrolle. Esto no significa alentar la misoginia; se trata de no ahuyentar innecesariamente.

Reflejada en el manejo directo del tema con los hombres, la denominada escucha masculina pasa por partir del lenguaje cotidiano, sin mayores restricciones al inicio, aun cuando en reiteradas ocasiones lo que se puede experimentar es muy violento, ya sea por la recurrencia a chistes, anécdotas o relatos genuinos de situaciones vividas. Tiene que darse una sólida apropiación del proceso por parte de ellos, lo cual se podría inhibir si, de entrada, se les restringe el uso coloquial de sus códigos de comunicación. La mayor parte de las veces, además, este ejercicio de escucha brinda elementos muy valiosos de tipo diagnóstico acerca de la situación de cada uno de los individuos y de los grupos en su conjunto.

No obstante, es necesario manifestar que, por lo general, conforme los procesos grupales avanzan, son los mismos integrantes del grupo quienes van induciendo nuevos códigos y lenguaje, como reflejo del manejo que se genera en torno a sus vivencias como hombres y, sobre todo, a la relación con sus compañeras.

Por tales motivos, desde el punto de vista estrictamente metodológico, la presencia de mujeres, aun en condición de facilitadoras expertas, la dinámica es otra y puede tomar rumbos no deseados. O bien, hay inhibición total, o bien, se produce una especie de seducción a ellas, en la que se muestra la cara de los hombres “más conscientes del mundo”. No debía esperarse que en estas dinámicas esté ausente la socialización recibida. Más adelante, se harán algunas consideraciones acerca de las condiciones idóneas para que se dé el aporte de mujeres, como facilitadoras, en estos procesos.

Tampoco podemos caer en el extremo de asumir que la sola presencia de hombres como facilitadores de procesos garantice una buena orientación. Como lo analizaremos más adelante, esta escucha particular requiere de formación, autoevaluación y experiencia.

En cierto sentido, lo que estamos formulando es la posibilidad de poner en funcionamiento las partes más positivas de los arquetipos jungianos planteados por Moore y Gillette (1993). En el caso del Guerrero, fomentar la protección y el cuidado como tareas fundamentales; en lo tocante al Rey, ejercer el poder y la autoridad de manera más democrática; en cuanto al Mago, que pueda utilizar todas sus habilidades en pro del bienestar de los demás; del Amante, podríamos esperar el cariño y el amor, en lugar de la conquista como apoderamiento de cuerpos y territorios.

### **Propuesta de taller: Consideraciones generales preliminares**

La sugerencia de hacer una tarea grupal no es antojadiza, acomodaticia o arbitraria. Se parte de la convicción de que el grupo es el dispositivo ideal y, quizá, más poderoso para emprender las acciones correspondientes con una reconceptuación de la masculinidad y sus implicaciones. La sustentación para ello es bastante simple y compleja a la vez: la socialización y la vida se aprenden, se construyen y se reproducen en grupo.

Según el marco conceptual y metodológico asumidos, la conformación de lo humano se lleva a cabo en grupos. Así, la familia, la escuela, la “barra” de amigos, la iglesia, los medios de comunicación, entre otros, se constituyen en escenarios con las características ideales para que el sujeto, en primera instancia biológico, después, paulatinamente, devenga en persona o ser humano; la posibilidad de pensar al otro, ponerse en su lugar, anticipar sus reacciones a mi acción, son las manifestaciones más acabadas de esa característica definidora de lo humano. Cuando un individuo piensa, siente o actúa no lo hace solo; siempre lo hará en referencia a un grupo mayor y a un marco de significación que le dan un sentido más amplio a esa actuación individual.

De manera más específica, por ende, la subjetividad siempre alude a contextos colectivos. El más íntimo pensamiento, el más reprimido contenido afectivo, la más oculta producción de signos y significados –como los sueños- o la más solitaria conducta de la persona, en todos los casos, estarán referidos a otros, con quienes se dialoga y se comparte.

Como ya ha sido reiterado, quizá una de las manifestaciones más complejas de esa subjetividad humana es la que tiene como base la conformación de ser hombre o ser mujer. La masculinidad, ser hombre, está atravesada por tales procesos, en donde los afectos y los significados toman el lugar principal. Es preciso aclarar que no se niega el nivel cognitivo o racional; lo que se afirma es que los ingredientes principales están en lo subjetivo, en lo no controlado, en lo “que no sé de dónde vino”. Está en la certeza de que muchas cosas que pensamos, analizamos y las actuamos, no tienen una explicación clara.

En última instancia, lo que se pretende es la deconstrucción y la reconstrucción de la forma y de los contenidos del ser hombre. Si lo incorporado fue por medio del grupo, es este ámbito en el cual los cambios se pueden gestar. Además, si tales permutas se pueden producir, son necesarias ciertas circunstancias que potencien, validen y fortalezcan lo logrado. Se ha afirmado que la masculinidad se construye de frente a la mirada de los otros, que evalúan y emiten escrutinio acerca de lo adecuado o lo inadecuado. Se sustenta con certeza que esta ruta es la apropiada para el proceso de revisión y modificación. La lógica masculina es esa; sería erróneo ignorarla.

Sin menoscabo de lo expuesto, es oportuno indicar que deben tomarse precauciones para no caer en posiciones ilusas de creer que la fortaleza de los dispositivos grupales van a ser la llave para resolver todo. Es decir, que en este espacio están todas las claves del cambio. Por ello, es necesario visualizar tal acción en una estrategia más general, en la que obligadamente deben intervenir

otras instituciones y espacios sociales ya mencionados: escuela, medios de comunicación, iglesia, grupos comunitarios e institucionales. La presencia, fuerza, efectividad y potencia de la acción de esas instancias no pueden ser ignoradas. Hacerlo tiene el doble riesgo de psicologizar la vida social y, con ello, ideologizar las acciones que se lleven a cabo. Lo concerniente a la construcción de género, de la masculinidad y de las relaciones violentas en los ámbitos familiar y otros próximos requieren de un ángulo de visión amplio, en el cual el abanico de posibilidades es vasto y siempre en expansión.

No obstante y sin perjuicio de lo indicado, retomando la argumentación precedente, creemos que, en grupo, las personas aumentan las opciones de producir más, de acuerdo con la tarea que se haya definido (Bleger, 1971; Bauleo, 1975). El intercambio de opiniones, puntos de vista y alternativas crece exponencialmente, conforme las personas integrantes logran ir edificando un nuevo sistema de convivencia y comunicación. Además del intercambio, la confrontación es más sostenida y puede lograr efectos en una suerte de reacción en cadena: unos elementos llevan a otros en espiral dialéctica, creando en cada momento nuevas posibilidades, por lo general, en momentos superiores de integración. Se gestiona, además, la conformación de un nuevo sistema de significados que el grupo puede lograr en torno a la tarea que se proponga.

Por ese motivo, en el trabajo grupal se debe estar atento no solo al discurso explícito sino también, y en forma subrayada, a lo no dicho y al lenguaje no verbal. Este aspecto tiene una peculiar importancia, en virtud de la dificultad que los hombres poseen para reflexionar acerca de sí mismos y de contactarse con sus afectos o sus contenidos más íntimos; o bien, lo hacen mediante la táctica de saturar la escena con discurso racionalista y separado de sí mismo.

En grupo, la memoria es más efectiva y puede rastrear vestigios que han estado ocultos, negados o simplemente no traídos a

colación de manera consciente. Nuevamente, debemos decir que la reconstrucción de la historia individual se ve facilitada con el aporte de cada integrante del grupo, lo que al final soslaya la necesidad de identificar quién recordó qué, en tanto el recuperar recuerdos y escenas es un acto de sujetos sociales colectivos. De esta forma, la memoria colectiva será más llevadera para cada cual y, con ello, los procesos individuales, dialécticamente, se verán enriquecidos.

En estas condiciones, la reflexión y el contacto con sus componentes afectivos, momento imprescindible del proceso, son menos amenazantes, lo cual, si bien no pueden esperarse para un primer momento, sí se constituyen en un primer paso. En el grupo, se soporta más aún aquellos contenidos más difíciles.

La propuesta de trabajo grupal indicada toma forma operativa mediante la modalidad de taller, en su condición de espacio de integración de técnicas y procedimientos, basándonos sobre todo en la psicología de los grupos con base kleiniana, grupos operativos, metodología participativa y la educación popular<sup>38</sup>. Quizá huelgue hacerlo, pero conviene aclarar que la propuesta no es estrictamente de dinámica de grupos, con base psicoanalítica, en la cual el grupo va marcando el rumbo en respuesta a los contenidos de los integrantes, sobre todo de procedencia inconsciente. El taller sugerido puede recurrir a ese expediente, pero como un componente más del trabajo. Sin menoscabo de su pertinencia, un taller como el que se presenta, recurre, sin entrar en contradicciones, a técnicas y recursos más tradicionales de los grupos o la pedagogía popular.

Dados los referentes teóricos y metodológicos de la propuesta, la lógica que subyace a la tarea en grupo implica partir de las vivencias de las personas participantes, incorporarlas en un proceso de

---

<sup>38</sup> Aunque aplicada a otra temática, la base epistemológica y técnica que sustenta la propuesta metodológica aquí desarrollada, de manera amplia, puede encontrarse en Campos y Salas (2002e).

reflexión, para luego reincorporarlas en su vida cotidiana, en un nuevo código y sistema de representaciones. La idea básica es no partir de preconcepciones, sobre todo de quienes fungen como facilitadores del proceso, acerca de las temáticas que se abordarán, sino hacerlo de las vivencias directas de quienes participan, para incorporarlas en un nuevo esquema de pensamiento, sentimiento y acción. Si no es así, en particular con los hombres, es mucho más difícil involucrarlos y tornarlos parte primordial del asunto. De esta forma, verbigracia, una técnica expositiva tomará sentido si parte de los contenidos que los mismos participantes han elaborado previamente; actuar de otra manera, roza con el riesgo de imponer formas de ver el mundo. La lógica es partir de la vivencia, para reflexionar en torno a ella y tornar a la experiencia en un nuevo nivel de integración.

Con lo anterior, toma más sentido lo que se ha venido sosteniendo acerca de que el proceso no es solo cognitivo, sino que integra el nivel de los afectos llamados “suaves”<sup>39</sup>, algo no muy familiar en la experiencia masculina. Uno de los riesgos que se corren al no considerar este punto es la utilización del viejo recurso del aprendizaje estereotipado de los discursos. Con increíble habilidad, muchos hombres se sorprenden diciendo lo que consideran que se les quiere escuchar. Este aspecto es de particular importancia en la temática que nos ocupa, en tanto el peso de los discursos aprendidos ha marcado la vida de muchos de ellos en sus relaciones afectivas más íntimas. El recurso está tan incorporado que llega a formar parte de la estructura personal de muchos de ellos; es parte de “su forma de ser”. Este artificio dificulta el contacto con ciertos contenidos, o bien, niega la existencia de otros; en violencia intrafamiliar y de género esto es común.

---

<sup>39</sup> Como ya se anotó (Salas, 2002), se ha observado que, por lo general, en los hombres se da una suerte de alquimia afectiva, pues los más diversos sentimientos con facilidad se tornan en enojo e ira. Con ello, además, se satisface la necesidad de no mostrarse *suave* o *débil*.

Considerando tales componentes, la participación en grupo es inevitable; la no participación es imposible. De esta forma, se integra lo individual con lo colectivo, en donde este le da un marco de mayor sentido al primero.

Con lo anotado hasta aquí, se está en posición de brindar algunas indicaciones generales en torno a **aspectos básicos del encuadre** que requiere un trabajo grupal de este tipo. Se alude a algunas de ellas, quizá las básicas:

1. La tarea fundamental a la que el grupo se abocará es a reflexionar en torno a la masculinidad y sus nexos con la violencia intrafamiliar y de género. La razón por la que se está en el grupo no es de orden psicoterapéutico, aunque no se niega el efecto altamente terapéutico que la experiencia pueda tener para la mayoría de los participantes. Lo que se quiere decir es que no se ofrece la alternativa de una intervención grupal clínica convencional.
2. Un principio básico será el respeto de las ideas de los otros. Será una regla de oro el dejar hablar y escuchar. Es importante acotar que se debe procurar una dinámica grupal en la que el regaño no se dé, sobre todo por parte del equipo facilitador. No se trata de promover acciones o frases, pero por lo menos para un primer momento cada quien podrá expresarse como lo desee, teniendo como límite el respeto de los demás integrantes. Tampoco se trata de evitar la confrontación, a la cual se recurrirá pero no en la lógica del regaño.
3. Nadie, sin embargo, está obligado a hablar. Este será un derecho básico, aun cuando se procurará siempre la participación verbal de todos los integrantes.
4. Confidencialidad. Si bien el espacio no es de tipo clínico, el manejo confidencial de lo que se conozca, vea o escucha deberán ser garantizados, sin restricción alguna. Para ello,

entre otras cosas, se requiere de un espacio con condiciones mínimas de privacidad. Aunque en el grupo no se esperan casos francos de “hombres agresores” en proceso, la confidencialidad será obviada si hay peligro para terceras personas.

5. Por el tipo de dinámica que se genera en estos grupos, por la atenta lectura que se hace del proceso grupal, por la atención que se brinda a intervenciones individuales, por las características de las técnicas que se emplean y por lo complejo que en sí es la temática tratada, se sugiere que los grupos no estén constituidos por más de 25 integrantes.
6. Se sugiere heterogeneidad en la composición del grupo, en cuanto a aspectos tales como: nivel educativo, extracción socio-económica, condiciones de empleo, estado civil, etnia.
7. Sin menoscabo de lo indicado en el punto anterior, la composición del grupo, en cuanto a si son de hombres adultos u hombres adolescentes, deberá atenerse a los criterios convencionales para uno u otro. Por tal motivo, se sugiere que para grupos de adolescentes no hayan hombres mayores de 22 años.
8. Toda producción que se logre en el grupo (visual, audiovisual, escrita, dramatizada) estará expuesta y a la vista durante toda la experiencia del taller. Este material será de mucha utilidad, no solo como punto de apoyo para la reflexión que se vaya logrando, sino también como estímulo para los participantes mismos.
9. La idea es que en el grupo no se aborden solo los contenidos racionales o cognitivos. En consonancia con la perspectiva teórico conceptual adoptada, tejer opciones en género, masculinidad y violencia intrafamiliar, requiere que los participantes sean atravesados por sus propios contenidos emotivos para lograr un contacto más completo con la temática.

10. Evaluación. Quizá este es uno de los aspectos más complicados en esta clase de experiencias, en virtud de que los objetivos trazados son tanto de corto como de largo alcance. El propósito de lo que se propone es para vislumbrar a largo plazo, con secuelas personales y colectivas. No obstante, en algunos casos, hay logros inmediatos más tangibles. Dada esta característica, sugerimos que la evaluación se haga en diferentes momentos o cortes del proceso. Por un lado, pueden hacerse evaluaciones en el momento, contando con el criterio y opinión inmediatos de los participantes, lo cual, a su vez, permite la rectificación de diversos detalles. Puede hacerse por etapas o bien al final de la experiencia. Es decir, cabe hacerla en proceso, mediante cortes transversales o bien en perspectiva longitudinal. El hacerlo por temas, objetivos, técnicas o como experiencia global, dependerá de la necesidad, del momento y de las características del grupo.
  
11. Conviene advertir que los temas incluidos se traslapan y su secuencia no es rígida; su presentación y abordaje pueden y deben ajustarse según las demandas del grupo. Los temas generales y específicos están directamente entrelazados, unos llevan a otros, por lo que su tratamiento se divide por cuestiones mínimas de planificación; no obstante, deberá tenerse la suficiente flexibilidad y tolerancia para realizar los ajustes necesarios sobre la marcha.

Como eslabón enlazado con el encuadre, es preciso reiterar que la convocatoria a la actividad deberá hacerse en términos de una invitación a la discusión en torno a cuestiones de la masculinidad y la violencia intrafamiliar y de género, por parte de un grupo de hombres. Si, en determinadas circunstancias, hacer la convocatoria de esta manera podría ser contraproducente, es preferible hacerlo en términos menos amenazantes para los potenciales participantes. Por esta última y otro tipo de razones, dadas las características del taller, la convocatoria puede hacerse con la mediación de instituciones de diverso tipo (educativas, de servicios, del Estado, privadas, organismos no gubernamentales),

grupos comunitarios, grupos religiosos de base, entre otros. Con una base institucional de apoyo, es esperable que haya condiciones más óptimas para dar seguimiento a esta modalidad de trabajo con los hombres. La meta deberá ser aproximarse a ámbitos masculinos, con la idea de trabajar con los hombres en las temáticas de interés, con independencia de si ello responde a acciones planificadas o a pedidos espontáneos por parte de ellos.

El modelo de taller que se ofrece comprende una serie de módulos, cuyos contenidos están estrechamente enlazados. La sumatoria total del tiempo dedicado a toda la experiencia podrá oscilar entre 25 y 30 horas; en todo caso, se sugiere no realizarlo en menos de 24 horas, para lo cual debe planificarse la ejecución de varias sesiones. Esta variable temporal, como otros componentes del taller deberán ser adecuados a las características y a las condiciones concretas de cada grupo en particular, la cual formará parte del encuadre general. Sin perjuicio de la planificación que este tipo de metodologías exige, una dosis de flexibilidad y sentido común siempre deberá tenerse en cuenta. Uno de los momentos más importantes del taller implica la elaboración de una intervención comunitaria o institucional, en la línea de lo planteado por Corsi (1994), Corsi y otros (1995), que permita la ampliación al ámbito extra grupal y la multiplicación del proceso. La lógica que sustenta tal ampliación es la de que los hombres se sientan en posibilidad de trascender los límites de lo individual y lo grupal logrado en el taller, mediante la asunción del rol de multiplicadores. La idea de hacer red es parte de la respuesta que puede ir construyéndose en aras de modificar las estructuras de género imperantes. Esto permite señalar, y así hay que hacerlo con los participantes, que la tarea tendrá que ser obligadamente colectiva.

Lo que se ofrece es un modelo de trabajo, tal cual, incluyendo una serie de pasos y tareas concretas; esto motiva que aquellas personas que quieran replicarlo deberán tomar las medidas pertinentes para adaptarlo en detalles varios, de acuerdo con las condiciones del grupo particular. Así, por ejemplo, ciertos ejercicios

exigirán utilizar otras canciones, películas, temas, y hasta el vocabulario, que sean parte de las vivencias cotidianas de los participantes. La propuesta es una especie de molde flexible y cada persona facilitadora deberá hacer los ajustes del caso. Lo anterior no invalida que la estructura básica ofrecida puede desarrollarse con grupos diversos, debido a la lógica de base que la sustenta, la cual tolera ajustes.

En ese mismo sentido, cabe advertir que, como medida general, no importa el estrato socioeconómico y educativo al que pertenezcan los participantes, aunque deberán hacerse las adaptaciones del caso. No obstante, en la visión de trabajo grupal que sustenta la propuesta, es preferible trabajar con grupos heterogéneos, como premisa básica, en tanto ello permitirá capitalizar las diferencias. Lo que interesa es acceder a la condición de ser hombre, por lo que compartir diversas situaciones vitales puede enriquecer el proceso de todos los participantes: es probable que un escenario así provea más la mirada de la coexistencia de masculinidades, aún en espacios reducidos como lo puede ser nuestro país y su variabilidad cultural.

Sin perjuicio de ello, no se debe olvidar que, por lo menos así lo dicta la experiencia, se torna necesario en el abordaje de este tipo de temáticas considerar la diferenciación que, por diversos factores, pueden presentar los hombres, partiendo precisamente del supuesto teórico de las diferentes masculinidades que deben ser consideradas. Partir de un solo rasero puede inducir a serios errores de apreciación y de posterior abordaje del tema en cuestión. Asumir que “todos los hombres son iguales” tiene implicaciones en la vida cotidiana de hombres y mujeres y mucho más las tiene en el ámbito de la intervención que se intente desde las ciencias sociales. Las diferencias no impiden el trabajo conjunto, pero hay que considerarlas para evitar falsas generalizaciones.

Conviene hacer una breve referencia en cuanto a las personas facilitadoras, tópico que requiere de más tratamiento. Éstas

deberán poseer una serie de características básicas para orientar de mejor manera el proceso:

- Debida capacitación en el manejo general de grupos.
- Con sensibilidad de género y con clara asunción del propio.
- Que posean experiencia en el trabajo con hombres, conceptual y metodológica, y con formación suficiente en la temática de la masculinidad.
- Será imprescindible una mínima claridad acerca de sus ideas, prejuicios y concepciones en torno al tema, sobre todo las relacionadas con la violencia intrafamiliar y de género.
- Mejor si ha tenido experiencia previa de trabajo con mujeres, de preferencia en el abordaje de este tipo de violencia.

Respecto de la facilitación por parte de mujeres, cabe indicar que ello no se formula como contraindicado; sí se sugiere que, en los primeros momentos, no lo hagan o bien hacerlo en pareja con un facilitador. La presencia de mujeres “sin previo aviso” en los grupos de hombres puede alterar la dinámica que se desea lograr, sobre todo que, en muchas ocasiones, los hombres no “se sueltan” del todo ante la presencia femenina. La escucha a los hombres se torna por momentos en algo difícil de tolerar, incluso hasta por experiencia de vida. De todos modos, la experiencia ha indicado que las parejas de facilitación, hombre y mujer, funcionan en forma muy adecuada, incluso, por el efecto de modelaje que ello tiene en los hombres del grupo. Este es un aspecto que debe evaluarse con detenimiento antes del inicio de la experiencia y, si así es necesario, hacer las variantes del caso sobre la marcha misma.

Finalmente, es necesario advertir que sería erróneo y peligroso suponer que el asunto es más bien un activismo de “hacer tallercitos”, sin un eje conductor que les de sentido en un accionar social de largo alcance. Por eso se ha insistido en ver esta propuesta como un momento o una etapa de un trabajo mayor, con trascen-

dencia de largo alcance y con la intervención de múltiples actores e instancias sociales. Por tal motivo, se ha subrayado en páginas atrás que de preferencia este trabajo se realice inserto en un abordaje institucional de mayor cobertura y sostenibilidad.

## **El trabajo con módulos.**

### **Contenidos. Metodología. Cronograma.**

#### **Objetivos**

Los propósitos generales que guían las tareas del taller son los siguientes:

- Propiciar un espacio-tiempo para que un grupo de hombres tenga la posibilidad de reflexionar en torno a la masculinidad y su relación con la violencia intrafamiliar y de género.
- Lograr que los participantes identifiquen los principales componentes en la conformación de su identidad de género.
- Procurar que los participantes puedan crear y apropiarse de herramientas psicosociales básicas para un adecuado manejo de pensamientos, afectos y conductas en sus relaciones afectivas, sobre todo las de pareja y otras íntimas.
- Aportar elementos que coadyuven en una construcción alternativa de la masculinidad hegemónica.

Es oportuno indicar que el modelo que se presenta está diseñado teniendo como referente población adulta, lo cual se hace así por motivos de exposición. Como se ha sugerido, su aplicación a población adolescente necesitará de los ajustes correspondientes,

sobre todo en el escogimiento y la utilización de ciertos materiales y técnicas. La experiencia indica que la estructura básica de este tipo de talleres tiene cabida en ambos grupos.

## **Módulos**

El taller está compuesto por varios módulos, cuya secuencia y contenidos, como ya se advirtió, estarán sujetos a las modificaciones que en el momento se requieran. Es muy probable que, en forma simultánea, se estén abordando varios de ellos, en tanto los contenidos de uno se traslapan con facilidad; será inevitable y, en muchas ocasiones, necesario. Los módulos son los siguientes:

- El sistema sexo-género. Socialización de género.
- Construcción social del género. Historia del concepto.
- Patriarcado y machismo.
- Socialización y sus mecanismos.
- Masculinidad y feminidad.
- Sexualidad y masculinidad.
- Poder y control. La violencia intrafamiliar y de género.

*ENCUADRE GENERAL. Presentación de los participantes*

**Tiempo estimado:** de 30 a 45 minutos.

Puede utilizarse un primer ejercicio previo que les permita observarse y reconocerse por grupos específicos, a criterio de quien facilite el proceso: por procedencia geográfica o lugar de residencia, por edad, color de la ropa, estado civil, entre otros . Esto puede lograr también que los integrantes del grupo “entren en calor” de manera directa.

Se recurrirá a varias técnicas, entre las que se sugieren: la usual presentación propia de cada quien, presentación mutua en parejas o tríos (puede recurrirse también a otros ejercicios, como el de “La telaraña”, por ejemplo). La experiencia ha mostrado que desde aquí se marca el estilo propio de los varones cuando se enfrasan en este tipo de tareas, de manera tal que la presentación debe ser “como lo hacen los hombres”. De todas maneras, al menos, se pretende que en este primer acercamiento puedan explorar sus expectativas, objetivos, inquietudes y fantasías respecto de lo que se vaya a realizar. Se sugiere que, en las primeras sesiones de trabajo, puedan portar un gafete con el nombre de cada cual.

### *MÓDULO I.*

#### *El sistema sexo-género. Socialización de género.*

**Tiempo estimado:** 2 horas 15 minutos.

#### **Objetivos terminales**

Al final de este módulo, los participantes podrán:

1. Identificar el concepto de género y su relación con otras categorías conexas.
2. Contar con nociones básicas acerca de las implicaciones de la socialización de género.

#### **Contenidos**

- El género y el sexo. Sus vínculos.
- Género, identidad y orientación sexual.
- Proceso y pautas de crianza. Impactos o consecuencias en la subjetividad por la socialización sexual y genérica vivida. Costos de la socialización por género.

- Instancias socializadoras.
- La diferencia entre “diferencia y desigualdad” . Sexismo.

**Procedimiento**

En consecuencia con la óptica metodológica del taller, en esta primera parte interesa conocer y procurar que el grupo se vaya apropiando de sus propias vivencias como materia prima básica de todo lo que se realizará a partir de ese momento. Interesa conocer cómo han sido las vivencias directas de cada uno de los participantes, narradas en sus propios términos y códigos, donde el recuerdo se enlace de inmediato con el ligamen afectivo que lo acompaña.

Que el punto de arranque sea lo vivencial, individual y colectivo, obedece a que se espera que esto brinde mejores condiciones para entrar luego en el análisis y en la problematización del tema. Deberá procurarse la emergencia de la anécdota, la escena, la frase y el contexto en el cual se fueron inscribiendo mensajes de diversa índole, en muchas ocasiones no claramente registrados.

La recomendación básica es que cualquier acercamiento al tema de la masculinidad, género o violencia intrafamiliar se inicie con este esquema. La experiencia indica que el discurso o la charla prefabricada no logra el efecto de apropiación que se desea. Además, el ver la similitud o la diferencia de experiencias en otras personas, ayuda a una mayor identificación entre sí. En forma tangencial, además, esta manera de hacerlo propicia un clima afectivo más ameno y lúdico, lo cual puede marcar con un sello distintivo a la experiencia que recién inicia.

**Técnicas y actividades**

<b>Actividades</b>	<b>Materiales</b>	<b>Tiempo estimad.</b>
Ejercicio de socialización de género.	Hoja con instrucciones del ejercicio (véase anexo No. 1).	45 minutos
Presentación de producción con base en el ejercicio.	Papelógrafo, marcadores.	30 minutos
Charla dialogada.	Pizarra, proyector (vídeo bim).	60 minutos

Para cada actividad se sugiere lo siguiente:

- Divida al grupo en subgrupos no mayores de 5 integrantes cada uno.
- Distribuya, para cada participante, un hoja con las instrucciones del ejercicio.
- Fomente la presentación al grupo de la producción lograda en cada subgrupo, mediante las técnicas indicadas en las instrucciones.
- Anote en la pizarra las principales ideas que se desprenden de cada presentación, utilizando términos o frases textuales.
- Desarrolle una charla dialogada que, retomando los materiales aportados por cada grupo, vaya enlazando y amarrando los conceptos principales de este Módulo. Se sugiere registrar participaciones “no formales” (frases sueltas, chistes, bromas) e incorporarlas en el desarrollo del taller. Si es necesario, fomente que las inquietudes grupales o individuales sean evacuadas, preferiblemente con el aporte de todos. Esta parte podrá servir también de indicador de las necesidades que el grupo pueda tener en forma no explícita.

*MÓDULO II. Construcción social del género.  
Historia del concepto.*

**Tiempo estimado:** 2 horas 30 minutos.

**Objetivos terminales**

Al final de este módulo, los participantes podrán:

1. Identificar las raíces históricas del concepto.
2. Conocer la multiplicidad de acepciones que el concepto tiene en el pensamiento popular y en el pensamiento científico.
3. Reconocer las principales características del sistema de género.
4. Examinar la posible existencia de mitos y estereotipos acerca de esta categoría.

**Contenidos**

- El género como construcción sociohistórica y política.
- Raíces populares y científicas del concepto.
- Aportes del feminismo y de las teorías de la masculinidad.
- Características básicas del sistema de género.

**Procedimiento**

Al igual que en el Módulo anterior, en éste es importante partir de lo que tiene cada uno. Cuál y cómo ha sido el acercamiento de los hombres a este concepto es fundamental, en virtud del peso que tiene para efectos del propósito básico del taller. Para el caso de los hombres, el contacto con el género tiene que ser desde la raíz: no es un asunto solo de noción, el género es una realidad de la vida de los hombres, cosa que les es difícil incorporar en sus esquemas. Logrado esto, el terreno se allana un poco más.

Con cierta frecuencia, se encuentra en los grupos –no solo de hombres- la confusión entre el género y el sexo, igual que la confusión con orientación sexual. Siendo estas tres categorías fundamentales para el taller, conviene tomar todo el tiempo que sea necesario para aclararlas. Desde el inicio, es conveniente dejar la impronta del enfoque de proceso que se quiere imprimir a los diversos ángulos que abarca la propuesta.

### **Técnicas y actividades**

<b>Actividades</b>	<b>Materiales</b>	<b>Tiempo estimad.</b>
Ejercicio de identificación del género como idea y como vivencia.	Fichas, lápiz o lapicero.	45 minutos
Recolecta de la producción individual, en grupo.	Papelógrafo, marcadores, pizarra.	45 minutos
Charla dialogada.	Pizarra, proyector (vídeo bim).	60 minutos

Para cada actividad se sugiere lo siguiente:

- Solicite al grupo, en pleno, que escriba en la ficha lo que entiende por género y por sexo, en dos columnas. Para ello, dé un tiempo prudencial.
- Solicite a cada uno de los participantes que exponga lo que entiende, sabe o cree que es el género; proceda luego igual con la categoría sexo. Trate que expongan lo que fue escrito previamente.
- En la pizarra o papelógrafo, escriba lo que vayan exponiendo, en dos columnas: “género” y “sexo”.

- ❑ Indague con el grupo acerca de las reacciones afectivas que les ha causado y les causa el término; directamente explore cómo se sienten hablando y escuchando acerca de género.
- ❑ Desarrolle una charla que, retomando los materiales aportados por cada grupo, vaya enlazando y amarrando los conceptos principales de este Módulo. Se sugiere registrar participaciones “no formales” (frases sueltas, chistes, bromas) e incorporarlas en el desarrollo del taller. Si es necesario, fomente que las inquietudes grupales o individuales sean evacuadas, preferiblemente con el aporte de todos. Procure enlazar las ideas principales de este Módulo con las desarrolladas en el anterior, pues unas llevan a las otras en forma nítida.

### *MÓDULO III. Patriarcado y machismo.*

**Tiempo estimado:** 3 horas 15 minutos.

#### **Objetivos terminales**

Al final de este módulo, los participantes podrán:

1. Identificar las bases sociohistóricas de la conformación del patriarcado como estructura psicosocial y política.
2. Identificar sus manifestaciones y su relación con el machismo.

#### **Contenidos**

- Historia del patriarcado.
- Sus características y manifestaciones; su presentación actual.
- Machismo.

**Procedimiento**

La concepción de género, de masculinidad y de violencia intrafamiliar no podrán ser comprendidas a cabalidad sino se las inserta en un escenario mayor que les dé sentido y concreción con mayor amplitud. Interesa que aquellas sean incorporadas en las estructuras políticas, económicas y psicosociales del patriarcado. De esta forma, el por qué ese tipo de violencia y su diferencia con otras manifestaciones de ella podrán visualizarse con mayor facilidad en ese contexto.

Por eso, en este Módulo el acercamiento histórico al sistema patriarcal, en términos de sus raíces, desarrollo y vigencia, es de esencial importancia. Se deberá dar particular atención a los mecanismos que el sistema emplea para su mantenimiento.

**Técnicas y actividades**

<b>Actividades</b>	<b>Materiales</b>	<b>Tiempo estimad.</b>
Ejercicio de identificación de las nociones de patriarcado y machismo.	Fichas, lápiz o lapicero.	15 minutos
Recolecta de la producción individual, en grupo.	Papelógrafo, marcadores, pizarra.	20 minutos
Dramatización de aspectos puntuales expuestos por cada subgrupo.		60 minutos
Revisión de textos (científicos o literarios), de cortos editados de material audiovisual con referencia al patriarcado.	Fotocopia de material o elaboración de éste.	40 minutos
Charla dialogada.	Pizarra, proyector (vídeo bim).	60 minutos

Para cada actividad se sugiere lo siguiente:

- ❑ Solicite al grupo, en pleno, que escriba en la ficha lo que entiende por patriarcado y por machismo, en dos columnas. Para ello, dé un tiempo prudencial.
- ❑ Solicite a cada uno de los participantes que exponga lo que entiende, sabe o cree que es el patriarcado; proceda luego igual con la categoría machismo. Facilite que recurran a imágenes o escenas cotidianas. Incite a que lo hagan de manera espontánea: lo que creen, se les ocurre o saben. En la pizarra o papelógrafo, escriba lo que vayan exponiendo, en dos columnas: “patriarcado” y “machismo”.
- ❑ Posteriormente, invite a que los integrantes formen subgrupos de 5 miembros máximo. Cada uno de ellos escogerá una temática o aspecto particular que les llamó la atención y organizarán una dramatización ante el grupo completo.
- ❑ Mediante lectura dirigida, revise uno o dos textos elegidos e indague acerca de las concepciones presentes en las lecturas. Si lo desea, puede elaborar una sencilla guía de lectura y análisis.
- ❑ Opcionalmente, puede desarrollar aquí algún ejercicio sociodramático que les permita un mayor contacto con el tema. Por ejemplo, puede solicitar que en parejas conversen acerca de lo que les llamó la atención de estos conceptos, luego que formen cuartetos y comenten lo que reflexionaron en parejas. Finalmente, se les solicita que elaboren una frase o pregunta que sintetice lo que fue recabado en los cuartetos. Esta última deberá ser escrita en un cartel grande y presentada a todo el grupo.
- ❑ Desarrolle una charla que, retomando los materiales aportados por cada grupo, vaya enlazando y amarrando los conceptos principales de este Módulo. Se sugiere registrar participaciones “no formales” (frases sueltas, chistes, bromas) e incorporarlas en el desarrollo del taller. Si es necesario, fomente que las inquietudes grupales o individuales sean evacuadas, de

preferencia con el aporte de todos. Así como en los otros Módulos, es importante que enlace los contenidos surgidos con la cotidianidad. Procure integrar algunos de los principales elementos de este Módulo con los desarrollados en el anterior, dada su íntima relación.

#### *MÓDULO IV. Socialización y sus mecanismos.*

**Tiempo estimado:** 3 horas

#### **Objetivos terminales**

Al final de este módulo, los participantes podrán:

1. Reconocer que la socialización es un proceso permanente.
2. Identificar los mandatos más importantes que constituyen la masculinidad.
3. Reconocer el papel y la importancia del componente afectivo en la constitución de la masculinidad.
4. Registrar los mecanismos emotivos que juegan un papel fundamental en la conformación del género.

#### **Contenidos**

- Mecanismos psicosociales.
- Mandatos, encargos y demandas.
- Lo subjetivo.

### Procedimiento

Si bien, como eje que atraviesa todos los Módulos y sus respectivas actividades, se enfatiza en los aspectos subjetivos y afectivos, en este Módulo el acercamiento a él es de manera explícita. Lo afectivo es el objeto de estudio. Sería contradictorio no hacerlo como se ha propuesto el esquema general: contactar con los afectos desde la experiencia personal y grupal.

Esto permitirá que luego se pueda visualizar y analizar cómo es que ese nivel de la experiencia humana juega en la conformación genérica, como dimensión específica.

### Técnicas y actividades

Actividades	Materiales	Tiempo estimad.
Ejercicio de análisis de canciones u otros materiales, sobre todo de la vida cotidiana o populares.	Reproductor de música, hojas con letras de canciones (véase Anexo No. 2) u otros materiales. Fichas u hojas para escribir, lápiz o lapicero.	90 minutos
Ejercicio de reconocimiento de lo afectivo en la socialización.	Fichas, lápiz o lapicero	30 minutos
Charla dialogada.	Pizarra, proyector (vídeo bim).	60 minutos

Para cada actividad se sugiere lo siguiente:

- Realice con el grupo una experiencia breve y sencilla de relajación. Procure que los participantes entren en contacto consigo mismos y lleve al grupo a un corto período de silencio.

Solicite que con los ojos cerrados escuchen dos canciones, posiblemente conocidas para la mayoría de ellos (se incluyen las letras de dos; esto puede ser adaptado de acuerdo con las características y necesidades del grupo). En algunas ocasiones, hay personas que han querido bailar con las canciones, eventualidad que puede ayudar aún más a los propósitos del ejercicio.

Numere las canciones como 1 y 2; una vez escuchadas, pida que escriban lo que sintieron al escucharlas y que las identifiquen por número. Dé un tiempo prudencial para esto.

Posteriormente, entregue a los participantes una hoja con las letras de las canciones y solicite que las escuchen de nuevo, esta vez leyendo las letras. Finalizada esta segunda escucha, solicite que escriban lo que piensan de las canciones, con la misma secuencia de numeración empleada antes.

Ahora, invite a que lean lo que escribieron acerca de lo sentido. Insista en que sean fieles a lo que escribieron en aquel momento. Luego, que lean lo anotado respecto de lo que piensan de las canciones. Garantice que todos escuchen con atención lo que cada cual lee.

Una vez agotada esa fase, lleve al grupo a reflexionar en torno al contraste de lo que se siente y lo que se piensa. Pregunte qué piensan o qué opinan respecto del asunto. Invite a una participación amplia.

- ❑ Aun sin cerrar la discusión generada con el ejercicio anterior, solicite a cuatro o cinco participantes que escriban en una ficha el por qué son aficionados a determinado equipo de fútbol. Luego, se les pide que lean lo escrito en voz alta. En forma inmediata, señale que las respuestas son, por lo general, de orden emocional o irracional, lo cual es una clara muestra de cómo nos identificamos con algo sin darnos cuenta exacta de la razón. Explícite que así es el mecanismo básico de la socialización y que, de hecho, así sucede con las canciones y el cómo las incorporamos.
- ❑ Con el material expuesto haga el contraste de lo sentido y lo pensado y del cómo en muchas ocasiones se disfruta de una

canción aun cuando sus mensajes no los compartamos. Las podemos cantar, bailar o disfrutar sin clara conciencia de los mensajes que transmite. Explícite que, en forma similar, así se introyecta el género: sutilmente, por el afecto (el ritmo de la canción), sin darnos cuenta. Procure que las dudas que se generen se resuelven lo mejor posible. Aquí puede también señalar que lo mismo sucede con refranes, chistes, frases que, inundando la vida cotidiana, van dejando sentadas imágenes y formas de actuar.

- Desarrolle una charla que, retomando la producción de los ejercicios, vaya enlazando y amarrando los conceptos principales de este Módulo. Se sugiere registrar participaciones “no formales” (frases sueltas, chistes, bromas) e incorporarlas en el desarrollo del taller. Si es necesario, fomente que las inquietudes grupales o individuales sean evacuadas, de preferencia con el aporte de todos. Así como en los otros Módulos, es importante que enlace los contenidos surgidos con la cotidianidad. Procure integrar algunos de los principales elementos de este Módulo con los desarrollados en el anterior, dada su íntima relación.

Este Módulo, en particular, se presta para una permanente referencia a los niveles afectivos de las personas y los procesos examinados. Cuando lo aborde conceptualmente, garantícese el hacer alusión a muestras de lo expuesto en los ejercicios.

## *MÓDULO V. Masculinidad y feminidad.*

**Tiempo estimado:** 5 horas.

### **Objetivos terminales**

Al final de este módulo, los participantes podrán:

1. Aplicar la dimensión género al sistema vigente, de manera más específica.
2. Reconocer características de ambos, entendidos como arreglos sociales determinados y las consecuencias para las personas, en particular para los hombres.
3. Registrar la coexistencia de masculinidades de acuerdo con condiciones particulares de las personas y los grupos.
4. Identificar las principales demandas que se hace a la masculinidad.

### **Contenidos**

- Demandas, mandatos y encargos de la masculinidad y la feminidad.
- Costos de la socialización de género.
- Arquetipos de la masculinidad.
- Caracterización general de la masculinidad. Sus consecuencias y manifestaciones.
- Masculinidad hegemónica.
- Masculinidades.

### **Procedimiento**

Tiene particular importancia que los hombres no solo identifiquen la presencia del género, en forma global, sino que,

también, puedan ver cómo se ha estructurado y se manifiesta de manera concreta en hombres y mujeres. También, será necesario que logren visualizar al género como condición y como proceso. Aunque es inevitable referirse a la masculinidad sin hacerlo a la feminidad, el Módulo deberá enfatizar en la primera. Es oportuno recordar que el asumirse como género, en los hombres, es una cuestión común; muchos piensan que ello es preocupación de las mujeres. En algunas ocasiones, incluso, para algunos de ellos es irrelevante preguntarse en torno a esto, en tanto los hombres “son así”.

De esta manera, se deberá explicitar que es preferible la noción de masculinidades, en virtud de la esencia conflictiva intra e interpersonal de tal condición en hombres particulares. Las demandas a la masculinidad no siempre serán reconocidas tal cuales en hombres particulares.

### Técnicas y actividades

Actividades	Materiales	Tiempo esti.
Ejercicio de análisis de canciones u otros materiales, sobre todo de la vida cotidiana o de cultura popular.	Reproductor de música, hojas con letras de canciones (véase Anexo No. 3) u otros materiales. Fichas u hojas para escribir, lápiz o lapicero.	60 minutos
Ejercicio “Cómo es un hombre en esta sociedad?”	Hojas con instrucciones del ejercicio (véase Anexo No. 4). Revista y periódicos de desecho, cartulinas, goma, marcadores, cinta adhesiva.	60 minutos
Ejercicio de oraciones incompletas, adaptado al tema	Hoja con instrucciones del ejercicio (véase Anexo No. 5). Fichas, lápiz o lapicero.	45 minutos
Ejercicio “Consecuencias de la socialización de género”.	Pizarra o papelógrafo.	60 minutos

Charla dialogada. Ejercicio con arquetipos de la masculinidad.	Pizarra, proyector (vídeo bim). Afiches con imágenes que representen los arquetipos.	75 minutos
---	---	------------

Para cada actividad se sugiere lo siguiente:

- ❑ Elija dos canciones (en el anexo No. 3, se incluyen las letras de dos canciones sugeridas). Si lo considera necesario, puede incluir otras que aludan más a la feminidad. Distribuya las hojas con las respectivas letras. De manera directa, pida a los participantes que las escuchen, al tiempo que revisan las letras. Opcionalmente, puede utilizar cortos editados de películas con personajes representativos, tales como James Bond, “El dorado” (con John Wayne), o algunas “rancheras mexicanas”.
- ❑ Inicie un momento de análisis e invite a expresar sus opiniones en torno a las canciones, preguntando qué es lo en ellas se dice de la masculinidad. Anote en la pizarra o papelógrafo las respuestas en forma literal. Si le parece pertinente, puede retomar alguna referencia a los sentimientos y los pensamientos que suscitan las canciones.
- ❑ Enlazando con la discusión generada con el ejercicio anterior, forme subgrupos de cuatro o cinco participantes; entregue una hoja con las instrucciones del ejercicio “¿Cómo es un hombre en esta sociedad?”. Solicite que compartan sus impresiones acerca del tema y que luego elaboren un monigote o un “collage”, de forma que sintetice el punto de vista de todos. Es muy importante que registre la dinámica espontánea que se genera mientras se desarrolla el trabajo en cada subgrupo; si es del caso, retómela en la charla dialogada.
- ❑ Posteriormente, cada subgrupo expone su producción ante el grupo completo y agregará los comentarios que consideren pertinentes.

- ❑ Luego del ejercicio anterior, se inicia uno nuevo, complementario. Distribuya a cada integrante una hoja con las instrucciones del “Ejercicio de oraciones incompletas”. Solicite que formen parejas y que, con criterios compartidos, completen las frases en las hojas.
- ❑ Con el grupo completo, solicite que cada pareja lea lo que anotó en cada uno de los ítemes del ejercicio. Para lograr una mayor atención, vaya leyendo esos ítemes uno por uno y en ese orden va anotando las frases. Anote en la pizarra o en el papelógrafo las frases que vayan diciendo; si algunas se repiten, hágalo ver.
- ❑ Solicite a los participantes que anoten en sus fichas todo aquello que consideren describe las principales consecuencias que la socialización genérica ha deparado a hombres y a mujeres. Anote en la pizarra o papelógrafo lo que cada quien va exponiendo en voz alta. Inicie con este material una discusión acerca de tal impacto. En este momento puede introducir algunos datos, acerca de problemas de los hombres de Costa Rica, en su salud, accidentes de todo tipo, adicciones, homicidios y suicidios, y otros más que se consideren convenientes o pertinentes.
- ❑ De manera optativa, puede incluir la lectura y análisis de párrafos de obras clásicas de autores como Platón, Erasmo de Rotterdam (su concepción de feminidad en “Elogio de la locura”), Amin Maalouf (“León el Africano”), o bien de literatura costarricense (por ejemplo, el relato “Cuatro filazos”, en “Concherías” de Aquileo J. Echeverría o algunos cuentos de Carlos Salazar Herrera). También puede hacer uso de material audiovisual alusivo (cine clásico mexicano: “películas de charros”).
- ❑ Desarrolle una charla que, retomando la producción de los ejercicios, vaya enlazando y amarrando los conceptos principales de este Módulo. Si es necesario, fomente que las inquietudes grupales o individuales sean evacuadas, ojalá con el

aporte de todos. Así como en los otros Módulos, es importante que enlace los contenidos surgidos con la cotidianidad. Procure integrar algunos de los principales elementos de este Módulo con los desarrollados en el anterior, dada su íntima relación.

- ❑ Para cerrar esta parte expositiva, coloque en distintos puntos del lugar, los carteles alusivos a los cuatro arquetipos de la masculinidad. Solicite a los participantes que se coloquen junto al cartel del arquetipo que consideran es el más cercano a ellos, por motivos diferentes (les atrae, lo rechazan, le es importante). Luego, pídale que compartan con el grupo las razones que les hizo escoger ese arquetipo. Invite a una reflexión final del ejercicio y del Módulo.

En este Módulo, es importante señalar y dejar establecidos los encargos que se hacen a la masculinidad, en relación con los propios de la femineidad que se complementan con aquellos. Aproveche para enfatizar en la coexistencia de distintas presentaciones de la masculinidad, de acuerdo con la determinación de variados factores.

### *MÓDULO VI. Sexualidad y masculinidad.*

**Tiempo estimado:** 4 horas 5 minutos.

#### **Objetivos terminales**

Al final de este módulo, los participantes podrán:

1. Manejar un concepto de sexualidad más amplio.
2. Identificar las demandas que, en materia de sexualidad, la masculinidad hace a los hombres.

3. Examinar el temor que, históricamente, se ha tenido de la feminidad y de las mujeres.
4. Reconocer el papel de la homofobia en la vivencia de la masculinidad.

### **Contenidos**

- Sexualidad integral.
- Lo erótico.
- El temor a lo femenino.
- La homofobia en la construcción de la masculinidad y sus implicaciones.

### **Procedimiento**

Siendo la sexualidad uno de los componentes fundamentales en la constitución de la masculinidad, conviene revisar y reparar en cómo lo hace en los sujetos particulares. Por ello, se requieren abordar las demandas y las consecuencias de una sexualidad masculina diseñada desde la óptica patriarcal.

Ello permitirá incursionar en la homofobia, análisis que deberá ampliarse a otras áreas en la vida de los hombres, por cuanto aquella se manifiesta no solo en la experiencia focalizada de la sexualidad, sobre todo la restringida a la genitalidad. Deberá recordarse que homofobia se entiende en una acepción laxa, que incluye el miedo y el rechazo a lo homosexual y a lo que le sea cercano; de ahí que la homofobia arrastra consigo el rechazo a lo femenino y a las mujeres. Así, el temor unido con el rechazo, justifica aún más el alejarse de aquello que ha sido y es desvalorizado socialmente.

**Técnicas y actividades**

<b>Actividades</b>	<b>Materiales</b>	<b>Tiempo esti.</b>
Ejercicio de análisis de casos.	Hojas con instrucciones (véase Anexo No. 6). Fichas u hojas para escribir, lápiz o lapicero.	75 minutos
Revisión de textos (científicos o literarios), de cortos editados de material audiovisual con referencia al tema.	Ejemplares de materiales elegidos.	50 minutos
Ejercicio de análisis de chistes y refranes.		60 minutos
Charla dialogada.	Pizarra, proyector (vídeo bim).	60 minutos

Para cada actividad se sugiere lo siguiente:

- ❑ Forme subgrupos, compuestos por un máximo de 5 integrantes. Distribuya a cada persona una hoja con las instrucciones del ejercicio “Análisis de casos”. Posteriormente, cada subgrupo montará una corta dramatización que permita exponer el caso asignado a cada uno de ellos.
- ❑ Una vez finalizada la exposición de todos los subgrupos, se les solicita que comenten sus impresiones acerca de lo que observaron. Anote en la pizarra o papelógrafo una síntesis de las principales ideas que se vayan elaborando en el grupo, procurando su enlace con las categorías por revisar en este Módulo. Adelantando algunos tópicos del desarrollo conceptual posterior, resalte la noción de que en estos casos se trasluce una misma visión de la sexualidad masculina y que en ellos se denotan las particularidades que asume en diferentes situaciones.

Así, en el caso del niño subyace la misma demanda que en los casos de adolescentes y aun del mismo ejemplo del joven sentenciado.

- ❑ Enlazando con la discusión lograda en el ejercicio anterior, solicite la lectura de textos cortos, sobre todo de literatura universal, que permitan entresacar la imagen de sexualidad que en ellas se desarrolla. Puede diseñar previamente una sencilla guía de lectura y discusión. Solicite que compartan sus impresiones acerca del tema y que identifiquen cuáles son las demandas que se hace a la sexualidad masculina y cuáles o cómo se refleja el temor a lo femenino. Aclare que estas últimas se arrastran ancestralmente y que, en muchas ocasiones, actúan en forma inconsciente, por lo puede ser difícil identificarlas. En todo momento, recurra a ejemplos de la vida cotidiana, preferiblemente de los aportados por los mismos participantes.

- ❑ Pida a las personas que cada una escoja libremente tres chistes en torno a la temática de la sexualidad. Solicite que formen tríos y que compartan los chistes escogidos. Cada grupo escogerá tres de los chistes escuchados, los cuales serán relatados al grupo en plenario. Solicíteles que, libremente, comenten sus impresiones al respecto.

Destaque aquellos aspectos que de este material se desprende, tanto en lo conceptual como en aquellos sentimientos que puedan suscitar. En particular, refiérase a las demandas y los arquetipos de la masculinidad y la sexualidad masculina que están presentes.

- ❑ Desarrolle una charla que, retomando la producción de los ejercicios, vaya enlazando y amarrando los conceptos principales de este Módulo. Si es necesario, fomente que las inquietudes grupales o individuales sean evacuadas, de preferencia con el aporte de todos. Así como en los otros Módulos, es importante que enlace los contenidos surgidos con la cotidianidad. Procure integrar algunos de los principales elementos de este Módulo con los desarrollados en el anterior, dada su íntima relación.

En esta charla se puede introducir como un elemento ilustrativo y también de análisis las canciones populares “2ª. del garrote” (Huracanado) y “La celosa” (Carlos Vives), las cuales se podrán escuchar al tiempo que se leen sus letras (incluidas en el Anexo No. 7). Estas son muestras de la cultura popular que reflejan de manera clara las concepciones dominantes y las demandas más apremiantes a la sexualidad masculina.

Es este el momento oportuno para introducir y desplegar la concepción de sexualidad integral, en el sentido de que ésta va más allá de la mera genitalidad y la reproducción y que involucra a la persona en su totalidad: pensamientos, sentimientos, sensaciones, valores, ética, entre otras. Esto es crucial, pues debe recordarse que una de las características de la sexualidad masculina es la de ser reducida o estrecha. Las implicaciones de ello para la masculinidad y los temores que se tejen a su alrededor deben ser expuestos y razonados en detalle.

### *MÓDULO VII. Poder y control.*

#### *La violencia intrafamiliar y de género.*

**Tiempo estimado:** 5 horas 15 minutos.

#### **Objetivos terminales**

Al final de este módulo, los participantes podrán:

1. Reconocer el papel que tienen el poder de dominio y el control en la construcción de la masculinidad y de ahí su relación con la violencia intrafamiliar y de género.
2. Conocer las características psicosociales básicas de la violencia intrafamiliar.
3. Registrar los sentimientos básicos que pueden convertirse en enojo y, eventualmente, en violencia.

4. Identificar los fundamentos legales en Costa Rica en materia de violencia intrafamiliar.
5. Colocarse en el lugar de proponer posibles opciones de solución a la problemática de la violencia intrafamiliar en nuestro país.

### **Contenidos**

- ¿Qué son el poder y el control? Sus manifestaciones y su papel en la masculinidad.
- Aspectos psicosociales de la violencia intrafamiliar.
- Aspectos legales de la violencia intrafamiliar.
- Manejo de sentimientos en los hombres.
- El enojo y la ira.

### **Procedimiento**

Con este Módulo se cierra la experiencia del taller, por lo que a esta altura del trabajo se deberá estar en posición de enlazar, en forma nítida, las bases personales y sociales para eventualmente desplegar la violencia intrafamiliar. La determinación que en ello juegan el poder y el control son cardinales. Es muy probable que tal propósito pueda ser extrapolado a otros ámbitos en los que los hombres se desenvuelven; es decir, que los logros se apliquen en otros contextos en los cuales la violencia también se puede desplegar.

Será básico legitimar que los sentimientos de enojo o molestia no son solo justificados sino también consustanciales de ser persona. El problema no es experimentarlos, sino que se deriven en ira y violencia, situación factible en los hombres, ante lo cual deberán tomarse medidas de prevención general. Además, es probable que identificando todo esto estén en posibilidad de incursionar en otros aspectos de sus vidas, no necesariamente de violencia intrafamiliar.

También deberá informarse acerca de qué se entiende por violencia intrafamiliar y de género, desde los argumentos psicosociales y desde el cuerpo legal del país. No es infrecuente que hombres manifiesten desconocer que lo que están haciendo es penado por la ley o bien es una acción teñida de violencia.

Con estos insumos, se pretende incitar al grupo a ubicarse en una postura propositiva de repensar en acciones concretas para transitar hacia la búsqueda de mejores condiciones de vida para todas las personas.

### Técnicas y actividades

Actividades	Materiales	Tiempo esti.
Ejercicio de reconocimiento de sentimientos, usualmente asociados con la violencia intrafamiliar.	Pizarra, papelógrafo, marcadores, hojas o fichas, lápiz o lapicero.	45 minutos
Ejercicio “¿Qué es para usted la violencia intrafamiliar y de género?”	Pizarra, papelógrafo, marcadores, hojas o fichas, lápiz o lapicero.	45 minutos
Revisión de textos de tipo legal.	Ejemplares de la Ley de Violencia Doméstica y otras conexas.	75 minutos
Ejercicio de propuesta de trabajo comunal o institucional.	Hojas o fichas, hojas para carteles o papelógrafo.	90 minutos
Charla dialogada.	Pizarra, proyector (vídeo bim).	60 minutos

Para cada actividad se sugiere lo siguiente:

- ❑ Con todo el grupo, procure hacer un reconocimiento de los principales afectos que experimentan los hombres en su vida cotidiana. Puede traer a colación el material que ya ha sido producido en Módulos anteriores. Solicite que sean listados y compartidos con el resto. Liste en la pizarra o papelógrafo la exposición de cada participante. Aunque parezca básico, conviene distinguir entre pensamientos o ideas y los afectos; con frecuencia cuando se les pregunta qué piensan acerca de algo, muchos hombres contestan “¡Bueno, yo pienso que ...!”. De ahí que el señalamiento de que está pensando y no sintiendo será una constante en este tipo de talleres.
- ❑ Una vez finalizada la exposición de todos los participantes, se les solicita que comenten sus impresiones acerca de lo que se ha producido. Anote en la pizarra o papelógrafo una síntesis de las principales ideas que se vayan elaborando en el grupo y procure su enlace con las categorías por revisar en este Módulo. Haga notar que en estas nociones está presente mucho de lo demandado a los varones, lo cual es difícil de evitar. Es conveniente relacionar este material con aquellas circunstancias que pueden propiciar la violencia.
- ❑ Al grupo en pleno, pregunte acerca de qué entienden o conciben como violencia intrafamiliar. Anote en la pizarra o papelógrafo las respuestas de cada uno; si puede, trate de clasificarlas de acuerdo con los tipos en que aquella se divide. Sobre la marcha misma, vaya aclarando o ampliando los conceptos y los criterios que definen esos tipos. Trate que los participantes, por sí solos, hagan la labor de reconocimiento de la presencia de intercambios violentos en la vida cotidiana, muchas veces no percibidos de esa manera.
- ❑ Enlazando con la discusión lograda en el ejercicio anterior, solicite la lectura de algunos de los principales contenidos de

los cuerpos legales en esta materia. Si bien el contenido es de tipo normativo o jurídico, no deje de sustentar la discusión en los sustratos psicosociales. No está demás indicar que la ley es necesaria, pero no suficiente para combatir y, sobre todo, prevenir la violencia intrafamiliar.

- ❑ Finalizado el ejercicio precedente, solicite la conformación de subgrupos no mayores de 3 integrantes. Cada grupo diseñará un proyecto que pretenda abordar la violencia intrafamiliar y de género, incorporando hombres, en los ámbitos comunales o institucionales. La propuesta deberá incluir los objetivos, la metodología, una breve reflexión del tema e integrar los conceptos revisados hasta el momento en los diferentes Módulos. Cada grupo lo escribirá en hojas o fichas y hará un resumen en carteles para ser expuestos al grupo mayor.
- ❑ A la presentación de cada proyecto le seguirá la retroalimentación que todos quieran dar al subgrupo correspondiente. Si con el grupo, eventualmente, se dará algún tipo de seguimiento, estos proyectos serán parte fundamental de tal trabajo. De no ser así, proporcionarán elementos evaluativos del taller, en su conjunto. Este ejercicio tiene el doble propósito de realizar una evaluación de lo asimilado hasta el momento y de fomentar las acciones de prevención y enfrentamiento de la violencia doméstica.
- ❑ Desarrolle una charla de acuerdo con el mismo procedimiento indicado para los módulos anteriores. En este será oportuno señalar en forma directa, cómo actúan los sentimientos en la violencia y cómo los hombres los manejan. Este aspecto es también fundamental, pues deben recordarse las dificultades que los hombres presentan al respecto. Las implicaciones de ello para la masculinidad y los temores que se tejen en torno a ella deben ser expuestos y razonados en detalle. Con esta actividad se inicia el cierre del taller, por lo que deberá tener como fundamento no solo lo abordado en este Módulo

sino, también, lo logrado en todos los anteriores. Su función básica será la de “amarrar”, enlazar e integrar, los diversos componentes implicados: las vivencias suscitadas, los contenidos conceptuales revisados, las reflexiones logradas, los puntos no resueltos, la dinámica grupal generada, entre otros aspectos fundamentales.

## **Evaluación del taller**

**Tiempo estimado:** de 45 minutos a 60 minutos.

Es conveniente señalar que esta evaluación final no inhibe que también se vaya haciendo con cada uno de los Módulos, lo cual será un insumo fundamental para ajustar lo que sea pertinente. La evaluación en proceso es inherente a propuestas como la de este taller, por lo que la persona que facilite deberá estar muy atenta a las manifestaciones, indicaciones o señalamientos que, en forma explícita o implícita, hagan los participantes.

La sugerida para el cierre del taller se puede realizar por medio de las formas convencionales conocidas, utilizando instrumentos estructurados, sencillos y de fácil aplicación, así como por las manifestaciones verbales de los participantes. A ellos, sugerimos agregar un ejercicio sencillo que permite una apreciación más cualitativa, mediante la construcción de un texto colectivo grupal que sintetice el hacer, lo aprendido y lo vivido por el grupo, cuya consigna básica es: “¿Qué hemos aprendido en el taller, desde la condición de la masculinidad y su relación con la violencia intrafamiliar?”. Proceda de la siguiente manera:

Solicite que, en forma individual, cada participante responda a la pregunta y redacte un pequeño texto (un párrafo), en el cual pueda sintetizar su apreciación personal. Solicite que, voluntariamente, alguno inicie la lectura de su escrito; luego, quien considere que su texto enlaza con el recién leído, que proceda a leer el suyo. Proceda de la misma manera con todos los participantes, cuya exposición se inicia identificando el número que da secuencia a las diversas lecturas. Si le parece, haga algún comentario en torno a lo que se expuso.

Con el texto completo que resulte, haga un solo documento y luego garantícese que le será entregado a todos ellos.

## Capítulo IV

# Algunas reflexiones finales

Al llegar hasta este punto, cabe la posibilidad de esbozar algunas reflexiones acerca de ideas generales que reflejen o sinteticen la discusión lograda y sugerir algunos caminos que se pueden recorrer. Las tareas por realizar en la temática de la violencia intrafamiliar son arduas y de largo plazo, que requieren de esfuerzos sostenidos, con una sólida base conceptual, una clara posición política, una comprometida opción ética y una pertinente base metodológica. Esto es así porque, quiérase o no, al tratar tal tema es inevitable hacerlo con otros con los que se entreteje, ya más generales ya más específicos.

Una perspectiva de esa naturaleza es válida trazarla para muchas luchas que deben librarse en aras de una manera mejor para vivir, por lo que, de cara a la violencia intrafamiliar y de género, la apreciación toma mayor validez. Al punto de enfrentar y pretender erradicar este tipo de violencia es muy probable que se esté en posición de un mayor cuestionamiento del sistema patriarcal que atraviesa y determina la vida de los seres humanos. Es evidente que ello no es nada fácil y que lo que sea necesario hacer deberá entenderse en términos de la acción por desplegar por parte de muchas generaciones. Las principales bases del modo de vida actual no pueden ser justipreciadas sino en el lento, pero insidioso, proceso de miles de años que ha favorecido su implantación en los pueblos y en las personas. Actuar buscando su modificación tendrá que verse también en términos de un trabajo de larga data.

Ante una afirmación semejante no falta quienes, con algo de razón, se planteen el asunto como extremadamente difícil, por lo que es mejor optar por dedicar esfuerzos y recursos a otras causas con mejor pronóstico y evidencias de éxito más inmediatas. Lidar con problemáticas como las aquí tratadas demandan tanto de claridad como de persistencia y un alto nivel de tolerancia a la frustración.

Esto es así por cuanto es muy probable que, primero, una mayoría de las personas necesiten de mayor tiempo para asumir la necesidad de adelantar cambios en la forma como los seres humanos se están relacionando. Está claro que una de las principales formas como el sistema mismo se protege es invisibilizando o minimizando aquellos aspectos que, de ser concienciados por las personas, pondrían en serios aprietos a toda la estructura.

Se sostiene la tesis de que, quizá, tal aseveración sea aplicada con mayor certeza a los hombres, en muchos ámbitos de su existencia. Para lo que atañe a la violencia intrafamiliar y a otras problemáticas que reclaman solución pronta, la mayoría de los hombres no ha tomado la debida conciencia de que ello es así y de cuál podría ser su vital aporte en esa solución. Hasta ahora ha imperado la lógica del “qué pierdo”, siendo muy difícil asumir como más conveniente la inversa: “qué gano”.

Desprendida de lo antedicho, en primer lugar, es válido plantear la disyuntiva de si se está frente a una crisis de la masculinidad, como lo sostienen diversos autores, o no. Esta es una discusión que pasa por asumir posiciones teóricas, estratégicas y metodológicas. En ese sentido, conviene distinguir entre la masculinidad, como categoría o condición general que da cuenta del ser del hombre, y la situación particular o manifestación específica que aquella toma en cada uno de los hombres. Lo cierto es que, si bien estrechamente articuladas, son condiciones diferentes. La masculinidad apunta al hombre; las masculinidades a los hombres.

Desde esa óptica, se considera que se está frente a la crisis de muchos hombres que ven alteradas las coordenadas que marcan la posición y la posesión de su masculinidad, la cual es el esquema que ha determinado sus vidas y las de otras personas. Para ellos, en sus condiciones concretas de existencia, lo definido para la masculinidad se ha debilitado, confundido y opacado, en tanto hay otras y nuevas exigencias, algunas no típicas para lo que tradicionalmente se ha concebido como ser hombre. Algunas de esas nuevas demandas pueden localizarse en el plano económico, en el área de la sexualidad, en la vivencia de la paternidad, en el acceso de las mujeres a ciertos lugares considerados como “de hombres”, en las expectativas que se tienen acerca de sus manifestaciones afectivas, en el hecho de que ya no basta con ser el proveedor tradicional o que, incluso, en muchos casos, éste ya no es posible sostenerlo más. El ser hombre se ha tornado complicado para los hombres y de hecho no es fácil serlo en estas condiciones.

Cómo resolver eso es parte de la crisis que muchos hombres están enfrentando en diferentes escenarios de sus vidas cotidianas; es evidente que el problema no solo lo tienen en el ámbito familiar u otros caracterizados por las relaciones próximas con otras personas, aun cuando es en este donde adquiere ribetes especiales. Esto puede ser comprendido como una fractura que ellos están experimentando en las raíces de la masculinidad aprendida e introyectada y que se les manifiesta en su vivencia particular, cotidiana, inmediata. No obstante, la masculinidad, la hegemónica, sigue muy fuerte, muy arraigada, transmitida y defendida, por lo que no es aventurado afirmar que está lejos de una crisis. La masculinidad hegemónica está cuestionada, pero no en crisis, en tanto sus bases siguen muy firmes. Precisamente por ello los hombres son quienes están en crisis: la realidad que están viviendo como que no está del todo acorde con los mandatos recibidos, además de que muchos de estos son contradictorios. Justo en la vida íntima y en la manifestación de la violencia intrafamiliar tales contradicciones están a la orden del día. Se sabe, se siente y puede ser que se quiera entrar en la esfera del cambio; el

problema es cómo. Se ha manifestado en diferentes apartados de este texto que una de las maneras preponderantes como los hombres intentan resolver esta confusión es utilizando aquello que se les enseñó y aprendieron muy bien: resolver las cosas por la vía de la violencia.

Hay que enfatizar que tal remoción de sus bases deberá ser entendida en su aplicación a la masculinidad hegemónica. Es decir, al no ser ésta una condición plasmada en la vida de todos los hombres por igual, algunos podrán ser más proclives a eventuales cambios, mientras que otros más bien defenderán su permanencia. La diferencia entre una y la otra es posible que sea el mejor indicador del grado de crisis en que muchos hombres pueden estar inmersos, lo cual responderá tanto a cambios macroestructurales como a aquellos gestados en las profundidades internas de cada cual.

Aunque tal vez no así reconocida en forma explícita, la violencia intrafamiliar y de género existe desde hace rato. Identificarla, conocer sus características y sus determinantes es un ángulo que, si bien muy laboriosamente se ha logrado, es aún hoy muy difícil erradicarla. Incluso, aceptando ese reconocimiento, es cierto que todavía falta mucha voluntad para establecer, junto con agresivas políticas públicas, claras acciones institucionales. Esta afirmación no niega ni invalida lo que al menos en Costa Rica se ha intentado, incluyendo la instauración de un Ministerio de la Condición de la Mujer, que aunque es un despacho sin cartera, es un importante paso adelante en esta materia, el que estuvo precedido por la acción contestataria y valiente de organizaciones de mujeres que se han atrevido a denunciar y a enfrentar el problema. Aun y con todo esto, todavía hay mucho por hacer, sobre todo en lo que atañe a lo que le corresponda hacer a los hombres.

¿Por qué estas dificultades y trabas? Se comparte la idea de que enfrentar y erradicar la violencia intrafamiliar es remover las bases mismas del patriarcado, en virtud de lo cual se pueden apreciar con más claridad tales dificultades históricas, en diferentes

conformaciones sociales. Librar esta batalla lleva, inevitablemente, a enfrentar el poder establecido; eliminar la violencia intrafamiliar y de género conlleva darle un golpe de timón al esquema de relaciones humanas que el patriarcado ha impuesto. Trabajar en la violencia intrafamiliar y de género es hacerlo en los núcleos mismos del sistema ancestral y arraigado, sobre todo en aquellos que contienen los argumentos que defienden y promueven la desigualdad, la intolerancia y la injusticia.

Lo anterior por la simple y llana razón de que el logro de hombres con una socialización y una forma de vida carentes de violencia habrá requerido de una alta inversión de procesos reflexivos y de acción que, de suyo, tendrán que haber cuestionado y removido las bases patriarcales mismas. Para no ejercer violencia, los hombres tendrán que verse a sí mismos de otra manera; de igual modo, tendrán que ver y relacionarse de otra forma con otras personas y con su entorno. Se trataría, pues, de hombres con otra codificación de la realidad; como se anotó en páginas anteriores, serían hombres problematizados. Llegar a este punto habrá requerido de minar las bases del patriarcado anidadas en cada hombre y en cada una de las estructuras o instituciones soporte del estado de cosas. Ambos niveles tienen sus particulares dificultades y resistencias al cambio.

En esta misma línea de análisis, por lo tanto, se considera que hay un erróneo planteo del problema si se le coloca en el escenario de que es un asunto de hombres contra mujeres o, en forma paralela, atacar las luchas de las mujeres porque hay hombres también objeto de violencia por parte de mujeres (hombres “agredidos”). Que hayan mujeres con problemas de poder y control, que sean violentas, y que haya hombres violentados por mujeres, es algo que sucede y que deberá ser atendido también. El problema no está ahí. Plantearlo en esos términos hace correr el riesgo de visualizar dos facetas del problema como si fueran iguales, lo que no es así. Tratar como igual lo que no es igual, es la peor muestra de desigualdad.

Este fenómeno existe y hay que enfrentarlo. Lo equivocado es centrarse en ello y obviar otros escenarios donde la violencia no es recibida por mujeres u otras personas en posiciones vulnerables. Por tal motivo, si se resuelve el asunto de la violencia contra las mujeres, queda la emitida contra otros hombres, contra la naturaleza y contra sí mismos. El problema no es solo contra ellas, los incluye a ellos mismos y de manera alarmante. En esto se puede esbozar una hipótesis de trabajo: es probable que aquellos hombres que dejen de ser violentos en sus relaciones familiares, sobre todo las de pareja, presentan la misma tendencia a la permuta en otros escenarios de sus vidas.

Además, punto que requiere de un tratamiento más sesudo, desde una perspectiva más cualitativa, los contornos que toma la violencia ejercida por los varones son muy disímiles de la propia de las mujeres. Como ejemplo, la muerte de mujeres en el contexto intrafamiliar, en la mayor parte de los casos, se explica por la acción de hombres cercanos; muy pocos hombres mueren en situaciones familiares, salvo casos esporádicos, y la enorme cantidad de hombres que mueren en situaciones violentas se da fuera del ámbito doméstico, por parte de personas desconocidas, la mayoría de las veces, otros hombres. Aunque quizá cansina, debe retomarse la imagen de hombres violentando a otros hombres, a las mujeres, a los niños y las niñas, a personas adolescentes y adultas mayores, a la naturaleza y a sí mismos. Un panorama tan complejo exige de visiones y acciones carentes de simplicidad y corto alcance.

Por tal motivo, se afirmó líneas atrás que trabajar la violencia intrafamiliar y de género acarrea modificar la masculinidad y con ella el sistema patriarcal. Darle vuelta al esquema de esta violencia, lleva a asumir que las diferencias que se puedan establecer entre los seres humanos, en este caso, las de género, no pueden ser argumento suficiente para convertirlas en desigualdad. El ser diferentes no convierte a los seres humanos en desiguales, salvo por designios del poder y la intolerancia. Se requiere de hombres y mujeres que entiendan y asuman eso, con

todas las implicaciones que trae. Esto es necesario sobre todo para los primeros, en tanto las relaciones sociales no tienen por qué estar atravesadas por el control y la violencia. Es en este punto en el que se requiere de hombres problematizados ante los problemas que la masculinidad les está creando. Hombres problematizados con capacidad de emprender acciones que procuren su bienestar y el de los otros, a sabiendas de las dificultades y de los obstáculos que deberán ser afrontados.

Como derivación inmediata de lo afirmado en el párrafo precedente, se requiere ser explícitos: trabajar con y por los hombres no es hacerlos contra las mujeres. Si bien estratégicamente hay que trabajar en conjunto, eso no significa que metodológicamente tenga que ser juntos desde el inicio. En estos primeros pasos, que podrán entenderse en términos de horas, semanas, meses o años, dependiendo de la naturaleza de la tarea que se esté alentando, se podrá estar “juntos pero no revueltos”.

Para lograr un diálogo con las mujeres en códigos y condiciones diferentes, los hombres requieren una revisión propia, a lo interno de sus propias condiciones, como ya lo están haciendo ellas desde hace mucho tiempo (sin perjuicio de que continúen vigorizando esta tarea). No es una discusión de cuál es el mejor código, pues estos son diferentes y cada grupo deberá conocerlos y manejarlos de la mejor manera posible. Una vez logrado este paso, se puede ir al siguiente: un reencuentro en condiciones diferentes, las que, probablemente, tengan que ser reconstruidas de manera conjunta.

Es un asunto de responsabilidad histórica y de compromiso ético con una dinámica de vida diferente para todas las personas y el planeta en su conjunto. Para dialogar de manera franca y efectiva, se necesita claridad; ésta, en el caso de los hombres, hay que obtenerla como producto del esfuerzo que, inicialmente, entre ellos se logre consolidar.

No obstante, la práctica así lo enseña, estas tareas con los varones no pueden verse aisladas del esfuerzo que las mujeres están haciendo. Si los hombres, por prepotencia, deciden hacerlo solos, “porque no requieren ningún tipo de ayuda”, están cerca del fracaso. Se requiere del auxilio mutuo que cada grupo puede aportar. Por lo menos en Costa Rica, las actividades que llevan a cabo algunos grupos de hombres están contando con la colaboración de la mayoría de las organizaciones de mujeres, dentro y fuera del Estado. Esta apreciación descarta, de entrada, la eventualidad de que sean los hombres quienes marquen como deben hacerse las cosas y más bien acentúa en la participación en condiciones de equidad y toma conjunta de decisiones.

Por ello, en la coyuntura actual no pueden desmayar los esfuerzos que se vienen haciendo, sobre todo por parte de las mujeres. Lo cierto es que la cooperación internacional para adelantar acciones en violencia intrafamiliar, puede estar en peligro, por lo menos en Costa Rica y Centroamérica. Si tal peligro se cierne sobre el trabajo sostenido y probado de las mujeres, el que atañe a los hombres es aún mayor.

Al tenor de la propuesta de las posibles rutas que se pueden transitar, hay un pleno convencimiento de que se debe y se puede trabajar con hombres, aseveración aplicable no solo para lo concerniente a la violencia intrafamiliar. Esta afirmación, que puede sonar intrascendente o demagógica, debe posicionarse a contrapelo de lo planteado, de manera generalizada, por algunos sectores todavía hace pocos años, en tanto imperaba mucha desconfianza y suspicacia ante un razonamiento de este tipo. Si bien hoy día esa posición ha perdido terreno, todavía es posible escuchar personas que la defiendan. Tampoco se hace un juicio antojadizo de tales condiciones, en virtud de que muchas de ellas pueden ser comprendidas en el contexto de luchas, frustraciones y desencantos. No obstante, el intento habrá que hacerlo.

Las razones para sostener esta necesidad de trabajar con los hombres deben apreciarse desde basamentos éticos hasta decisiones políticas y metodológicas. Como ya se indicó, hay un asunto de justicia en todo esto; no obstante, habría que incluir consideraciones de orden estratégico, en tanto la labor de prevención y atención de una de las partes debe reforzarse con lo correspondiente con aquella que posee la mayor cuota de ejercicio de la violencia intrafamiliar y de género. Si esta violencia tiene como base fundamental la forma en como está estructurada nuestra realidad social y para ello se socializa a los varones de cierta manera, es en este punto en el que también habría que invertir recursos y esfuerzos, para enfrentar el problema desde su misma raíz.

Lo anterior no lleva necesariamente al descuido del trabajo con las mujeres y con otros sectores de la población seriamente afectados; dichos esfuerzos, muy por el contrario, deberán seguir siendo reforzados y recibiendo todo el apoyo de las diversas esferas involucradas. Sería erróneo armar un escenario en el cual se sienta que hay desvío o uso inapropiado de escasos recursos para entregarlos a los “causantes” del problema. Tan urgente y pertinente es fortalecer este trabajo como desarrollar lo propio con los hombres. Ambos deberán ser visualizados como parte de una misma gran estrategia que, al final, podrá proveer mejores condiciones de vida para todas las personas y para la casa que los alberga, el planeta Tierra. Propiciar una estéril rebatiña por recursos sería un flaco favor que se le haría al estado de cosas. Esto no quiere decir que todo se haría igual en los dos frentes; el asunto es dialogarlo y ponerse de acuerdo.

Otra manera de ver este asunto es asumir que colaborar y participar en las luchas de las mujeres, compartir sus anhelos y logros, puede aportar también mucho a los varones y a sus condiciones generales de vida. Es un asunto de principios, pues no se está adoptando una utilización descarada y psicopática de la fuerza y entereza de ellas para beneficios propios, chatos y efímeros. Se trata de aprender de la experiencia largamente acumulada,

revisarla críticamente y, con los ajustes del caso, integrarla a los esfuerzos que obligatoriamente por su lado, los hombres tendrían que dar. En esto será imprescindible la humildad y la entereza.

El debate acerca de qué hacer es amplio, extenso y complejo. Será necesario sostener lo que se haya logrado hasta el momento; se requerirá trazar y explorar nuevos rumbos; será requisito hacer altos en el camino para rectificar lo que proceda. Con base en estos enunciados generales, la acción por seguir podrá abocarse a repensar y crear teoría, elaborar conceptos que orienten y faciliten el trabajo, sobre todo de frente a condiciones propias de nuestros países con las semejanzas y diferencias que puedan tener con otros lares. Sin embargo, no deberá descuidarse el trabajo de base que alimente la reflexión y le dé sustento corporal. La experiencia, hasta el momento, indica que es imprescindible ese trabajo de base con hombres y mujeres, atendiendo sus más diversas condiciones, por lo que habrá que echar mano de diferentes frentes, estrategias y técnicas. La reflexión teórica, imprescindible, deberá ser alimentada con el trabajo directo con hombres y lo que de ahí se derive.

En esa perspectiva, se pueden señalar algunas líneas de posibles acciones, cuya ejecución concreta podrá traslapar unas con otras. Lo pendiente por hacer puede visualizarse en lo que corresponda al Estado, como instancia de las grandes políticas y del apoyo a otros sectores de la sociedad que avanzan en tareas específicas. Si bien del Estado no deberá esperarse todo, éste será el soporte fundamental de una problemática que atañe a todas las personas. Por ejemplo, es ineludible una política nacional que apunte al trabajo con hombres en diversas áreas, tales como: violencia intrafamiliar y de género, salud, trabajo, paternidad, jubilación. Específicamente, visión que es aplicable no solo al Estado, pero en lo cual su voz es determinante, la violencia intrafamiliar deberá asumirse como un asunto de violación de derechos humanos de las personas, en tanto vivir en paz, felicidad y equidad es fundamental para una vida digna. Si bien una empresa de esa envergadura requiere del

concurso de todos los sectores y poblaciones, el liderazgo y pauta general deberá ser asumido por el Estado, lo cual toma más pertinencia si del bienestar general se trata.

En este mismo nivel de análisis, será sumamente pertinente que todos aquellos cuerpos legales que se vinculen de manera directa o indirecta con aspectos varios de la masculinidad, sean acompañados con trabajo de reflexión y de apropiación por parte de los hombres, en los aspectos que tales leyes desean contrarrestar, atacar o eliminar. En ese sentido, las leyes serán necesarias, pero no suficientes, en tanto muchos procesos sociales, que las leyes pretenden modificar, requieren de ir más allá de la letra y exigen del trabajo directo con los actores involucrados. Como muestra, es absolutamente necesario que una ley de paternidad responsable se acompañe de una sistemática gama de acciones con los hombres, de todas las edades y condiciones sociales, preferiblemente con aquellos que aun no son padres.

En la academia, por lo menos en lo que atañe a la educación superior estatal, será una tarea fundamental la incorporación de la temática en los currículos universitarios. Cada vez es mayor la necesidad de profesionales sensibilizados y capacitados para, desde su especificidad, puedan conectarse con otras disciplinas y así atender de mejor manera lo que atañe a la violencia intrafamiliar y al trabajo con hombres, de manera particular. Es muy probable que una iniciativa de esta naturaleza tenga una serie de efectos secundarios, tal como la revisión de prácticas sexistas que se generan y manifiestan en el mismo proceso formativo de muchas carreras universitarias.

El aporte de los medios de comunicación no puede minimizarse en virtud de su trascendental papel en la conformación y difusión de ideas, imágenes y sentimientos. Esto puede apreciarse tanto por la labor que en sí mismos llevan a cabo como por el apoyo que otorguen a otras instancias sociales. No se debe descartar el propósito de modificar su tradicional papel de transmisores de los

mandatos por el de propulsor de ideas renovadas y más acordes con la felicidad de las personas.

Será muy importante que en la llamada sociedad civil, las organizaciones de base (comunales, institucionales y organismos no gubernamentales) puedan continuar sus esfuerzos sostenidos, para lo cual deberán recibir el apoyo del Estado y de organismos cooperantes. Es conocida la realidad de que en muchos países son justo estas organizaciones las que alientan y lideran la labor que se desarrollan en diversas problemáticas. La violencia intrafamiliar y de género es una de ellas e, incluso, ha sido objeto de atención y ayuda desde hace varios años. No obstante, esto no deberá ser el argumento precisamente para disminuir o anular la cooperación. Todo lo contrario, a las organizaciones del Estado y no gubernamentales, sobre todo las de mujeres, se les deberá vigorizar en sus esfuerzos; ello podrá ser complementado con acciones por desplegar con los varones, como ya se argumentó previamente.

Finalmente, para efectos de este trabajo, se hace referencia particularizada a parte de la labor que viene desarrollando el Instituto WEM, institución en la que se llevan a cabo acciones de trabajo de base, de reflexión y de difusión, mediante la producción de documentos que sirvan para estos propósitos. Algunos de sus proyectos, deberán ser reforzados para la labor propia del Instituto y para que, con los debidos ajustes, puedan ser de utilidad para las tareas de otras instancias.

Entre ellas, destacamos el proyecto de atención telefónica para hombres en situaciones de crisis (*Línea de Atención para Hombres o Línea ApH*), con la cual se puede aspirar a trascender la atención en crisis y llevarla a instancia o nivel de prevención, no solo en violencia intrafamiliar, pero sí con énfasis en ella. Literalmente, hombres contenidos es probable que ejerzan menos violencia contra otros y otras y contra sí mismos. Se trata de un servicio novedoso en el país y, al parecer, en América Latina.

También está el trabajo con grupos de hombres (adultos). Estos se estructuran y desarrollan, dependiendo de las necesidades y los propósitos. Además, pueden tomar la forma de grupos de reflexión, capacitación o de intervención psicoterapéutica, característica que determinará condiciones particulares para cada uno de ellos.

Finalmente, no puede dejarse de lado la labor que, en materia de masculinidad, habrá que desplegar con las mujeres. Si los géneros y sus consecuencias son complementarios, no puede aspirarse a que sea suficiente jalando solo de un lado. Las acciones con las mujeres serían un complemento de las que se llevan a cabo con varones, partiendo del supuesto de que un desmontaje de la masculinidad requiere del propio con la feminidad. Un ejemplo de ello, ya reiterado en este documento, es el de la violencia intrafamiliar. En ese sentido, la experiencia con grupos de los llamados “agresores físicos” muestra como ante los cambios que puedan presentar algunos hombres, se deben tomar medidas de la reacción de sus compañeras, quienes, en ciertas ocasiones, resienten y no entienden los procesos que están en marcha en sus parejas; paradójicamente, reclaman la presencia de la masculinidad que prevalecía en ellos y que precisamente los llevaba a vincularse de una manera violenta. Ello, si bien no debe causar sorpresa, sí obliga a emprender las acciones correspondientes.

A estos pocos ejemplos se le suman aquellos de otras organizaciones que ya han emprendido el largo recorrido de visualizar, criticar y ofrecer alternativas a la masculinidad hegemónica que irradia su imagen y consecuencias a todas las personas, hombres y mujeres. Será mediante acciones colectivas que se la pueda desconstruir y reconstruir. Lo cierto es que los hombres también tendrán que “defenderse” del patriarcado y si aspiran a mejores condiciones de vida tendrán que pensar y actuar en su reconstrucción.



## Bibliografía

- Abaúnza, H. (2002). *Violencia contra las mujeres: un desastre que los hombres sí podemos evitar*. En: Campos, A. y Salas, J.M. (comp.). **Masculinidades en Centro América**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo para la Igualdad de Género de la Embajada de Canadá.
- Álvarez, A. T. (1992). *Identidad sexual, salud mental y socialización en jóvenes adultos universitarios*. En: **Revista Actualidades en Psicología**, Volumen 8, Número 71. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Publicación del Instituto de Investigaciones Psicológicas.
- Badinter, E. (1993). XY. **La identidad masculina**. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Barboza, L. y Veitch, M. (2002). *Modelos de atención para hombres ofensores físicos*. En: Campos, A. y González, P. (comp.). **Hombres con problemas de poder y control. Aspectos teórico conceptuales y propuesta terapéutica**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y la Organización Panamericana de la Salud.
- Batres, G.; Portuguese, F. y Cortez, A. (comp.). (1995). **Manual de lecturas para cursos en violencia doméstica de las academias de policía**. San José, Costa Rica: publicación del ILANUD, Programa Regional de capacitación en Violencia Doméstica.

Batres, G.; Portuguez, F. (comp.). (1996). **Manual de lecturas para cursos sobre violencia doméstica de las academias de policía.** San José, Costa Rica: publicación del ILANUD, Programa Regional de capacitación en Violencia Doméstica, con la colaboración de la Embajada Real de los Países Bajos.

Batres, G. y Portuguez, F. (1997). **Manual metodológico de capacitación en violencia doméstica para docentes de las academias de policía.** San José, Costa Rica: publicación del ILANUD, Programa Regional de capacitación contra la Violencia Doméstica, con la colaboración de la Embajada Real de los Países Bajos.

Batres, G. y Marengo, L. (1999). **Programa de enseñanza y entrenamiento de terapeutas para el tratamiento de víctimas y sobrevivientes de incesto y abuso sexual.** San José, Costa Rica: publicación del ILANUD, Programa Regional de capacitación contra la Violencia Doméstica, con la colaboración del Programa Mujeres Adolescentes de la Unión Europea.

Batres, G. (1999). **El lado oculto de la masculinidad. Tratamiento para ofensores.** San José, Costa Rica: publicación del ILANUD, Programa Regional de Capacitación contra la Violencia Doméstica.

Batres, G.; Recinos, S. y Dumani, I. (2002). **Violencia de género, derechos humanos e intervención policial.** San José, Costa Rica: publicación del ILANUD, Programa Regional de capacitación en Violencia Doméstica, y la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

Batres, G. (2002). **Comunicación personal.** San José, Costa Rica: Instituto Latinoamericano de Naciones Unidas para la Prevención y Tratamiento del Delincuente. 8 de noviembre.

Bauleo, A. *Notas para la conceptualización sobre grupo.* En: Caparrós, N. (comp.). (1975). **Psicología Social y Sociología de grupo.** Madrid, España: Editorial Fundamentos.

- Bejarano, J. (2003). **Comunicación personal**. Investigador y terapeuta. San José, Costa Rica: Instituto sobre Alcoholismo y Farmacodependencia. 4 de febrero.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1976). **La construcción social de la realidad**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.
- Bleger, J. (1971). **Temas de Psicología**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nueva Visión.
- Bly, R. (1992). **Hombres de hierro. El libro de la nueva masculinidad**. Barcelona, España: Editorial Planeta.
- Brenes, A. L. y Vega, G. (1995). **Representaciones sociales de la sexualidad en niños y en niñas pre-escolares, sus padres y sus madres. Un estudio intrafamiliar de tipo cualitativo**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología.
- Calderón, M. y Vargas, S. (2004). **Construcción subjetiva de la masculinidad hegemónica en dos grupos de hombres mayores de edad, que han experimentado o no violencia intrafamiliar en sus hogares de origen; su relación con el ejercicio del poder y control con su pareja**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología.
- Campos, A. y González, P. (comp.) (2002). **Hombres con problemas de poder y control. Aspectos teórico conceptuales y propuesta terapéutica**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y la Organización Panamericana de la Salud.
- Campos, A. y Salas, J. M. (1997). **La esperanza de la mujeres en Golfito**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica. Ponencia presentada en las IV Jornadas Costarricenses de Psicología Social, 6-10 Octubre (Preparándose su publicación).

Campos, A. y Salas, JM. (comp.) (2002a). **Masculinidades en Centro América**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo para la Igualdad de Género de la Embajada de Canadá.

Campos, A. y Salas, JM. (2002b). *Aspectos teórico conceptuales de la masculinidad. Retos en el siglo XXI*. En: Campos, A. y Salas, JM. (comp.). **Masculinidades en Centro América**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo para la Igualdad de Género de la Embajada de Canadá.

Campos, A. y Salas, JM. (2002c). *La masculinidad en Costa Rica. El estado de la cuestión. Retos y perspectivas*. En: Campos, A. y Salas, JM. (comp.). **Masculinidades en Centro América**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo para la Igualdad de Género de la Embajada de Canadá.

Campos, A. y Salas, JM. (2002d). *Psicoerectus: los hombres y su vivencia cotidiana de la sexualidad*. En: Campos, A. y Salas, JM. (comp.). **Masculinidades en Centro América**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo para la Igualdad de Género de la Embajada de Canadá.

Campos, A. y Salas, JM. (2002e). **El Placer de la Vida. Sexualidad infantil y adolescente: su pedagogía a cargo de personas adultas**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo de Población de las Naciones Unidas.

- CANTERA (Centro de Educación y Comunicación Popular) (1995). **Memoria Primer Taller. Identidades Masculinas.** Curso sobre masculinidad. Sector Masculino. Managua, Nicaragua: 1-2 febrero.
- CANTERA. **Memoria Segundo Taller. Hombre, Violencia y Crisis Social.** Curso sobre masculinidad. Sector Masculino. Managua, Nicaragua: 11-12 mayo.
- CANTERA. **Memoria Tercer Taller. Desaprendiendo el machismo; Pistas Metodológicas para el trabajo entre hombres.** Curso sobre masculinidad. Sector Masculino. Managua, Nicaragua: 17-18 agosto.
- CANTERA. **Memoria Primer Encuentro Nacional entre hombres y mujeres. Forjando relaciones justas.** Managua, Nicaragua: 23 noviembre.
- Carcedo, A. y Sagot, M. (2001). **Femicidio en Costa Rica: 1990-1999.** Inédito, San José, Costa Rica: una publicación de la Oficina Panamericana de la Salud.
- Claramunt, C. (1997). **Casitas quebradas. El problema de la violencia doméstica en Costa Rica.** San José, Costa Rica: Editorial UNED.
- Claire, A. (2002). **Hombres. La masculinidad en crisis.** Madrid, España: Editorial Taurus.
- Collange, Ch. (1989). **No es fácil ser hombre.** México, D.F.: Grupo Edit. Planeta (3era. reimpresión).
- Contreras, R. y Mora, E. (2003). **La identidad de género masculina y masculinidad arquetípica en un grupo de hombres areneros del cantón de Carrillo, Guanacaste.** Liberia, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Sede de Guanacaste, Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología.

- Corsi, J. (1994). **Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social.** Buenos Aires Argentina: Editorial Paidós (3ª. Reimpresión).
- Corsi, J.; Domen, M. y Sotés, M. (1995). **Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención.** Buenos Aires Argentina: Editorial Paidós (1ª. Reimpresión).
- Cruz Díaz, E.; Fernández Bausa, E.; González Armenteros, J.J.; Román Tirado, F. (1990). **Colectivo Ideología y Vivencia Masculina.** San Juan, Puerto Rico: Centro de Estudios, Recursos y Servicios a la mujer (CERES), Universidad de Puerto Rico.
- Cucco, M. y Losada, L. (1989). **La mujer y su problemática actual.** B. Aires: Ponencia presentada en el XXII Congreso Interamericano de Psicología.
- Dobles, I. y Ruiz, E. (1996). **Violencia en la familia en Costa Rica. Un estudio de opinión pública en población urbana.** San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Instituto de Investigaciones Psicológicas y Centro de Mujer y Familia.
- Fuller, N. (1997). **Identidades masculinas.** Lima, Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Garita, C. (2001). **La construcción de las masculinidades. Un reto para la salud de los adolescentes.** San José, Costa Rica: una publicación de la Caja Costarricense del Seguro Social, Organización Panamericana de la Salud, Organización Mundial de la Salud, Fondo de Población de las Naciones Unidas y la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional.
- Gindin, L.R. (1991). **La nueva sexualidad del varón.** Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós (2da. Edición).
- Gólcher, R. (2003). *Más mujeres fallecieron por agresión.* Periódico La Nación, página 7-A, edición del 4 de enero.

- Gomariz, E. (1997). **Introducción a los estudios sobre masculinidad**. San José, Costa Rica: Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia.
- González, A. (2004). **Mujeres y hombres de la posguerra costarricense (1950-1960)**. San José, Costa Rica: SIEDIN-UCR.
- González, M. (1996). *Jaque al rey: de la psicología patriarcal a la psicología feminista*. En: **Revista Costarricense de Psicología**, No. 24, mayo-agosto, año 12. Págs. 10-30. San José, Costa Rica: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.
- Gutiérrez, I. y Chinchilla, L. (1991). **Representaciones sociales de la masculinidad y la figura paterna en un grupo de adolescentes**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología.
- Instituto PROMUNDO (2001). **De la violencia para la convivencia** (Manual 3 de la Serie trabajando con hombres jóvenes). Río de Janeiro, Brasil: publicado con la colaboración de Comunicación en Salud (ECOS), Programa PAPAÍ y la Organización Panamericana de la Salud.
- Jiménez, R. y Quesada, E. (1996). **Construcción de la identidad masculina**. San José, Costa Rica: Publicación del ILANUD, Programa "Mujer, Justicia y Género".
- Kaufman, M. (1989). **Hombres, placer, poder y cambio**. Santo Domingo, República Dominicana: Publicación del Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF).
- Kimmel, M. (1994). *Masculinity as Homophobia: Fear, Shame and Silence in the construction of Gender Identity*. En: Brod, H. and Kaufman, M. (Editores). **Theorizing Masculinities**. California, USA: SAGE Publications, Inc. (traducción libre de José Manuel Salas).

- Lagarde, M. (1990). **Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas**. México, D.F.: Coordinación General de Estudios de Posgrado, Colección Posgrado, UNAM.
- Lamas, M. (1987). *Para una definición de la cuestión de género*. En: **Revista de Difusión Cultural**, UNAM; mayo-junio.
- La Nación. (1992). *El peso de ser hombre*. San José, Costa Rica.: publicación aparecida en página 1-B, el 28 de noviembre.
- La Nación. (1993). *97 mujeres agredidas en un mes*. San José, Costa Rica: publicación aparecida en página 10-A, el 7 de enero.
- La Nación. (2005). *Mujer con protección fue asesinada por su esposo*. San José, Costa Rica: publicación aparecida en página 14-A, el 8 de abril.
- Leonelli, E.L. (1987). **Las raíces de la virilidad**. Barcelona. España, Editorial Noguer S.A. (1a. Edición).
- Liendro, E. (2002). *Dinámicas y dilemas en los aspectos teóricos y metodológicos del trabajo con hombres*. En: Campos, A. y Salas, JM. (comp.). **Masculinidades en Centro América**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo para la Igualdad de Género de la Embajada de Canadá.
- Martín-Baró, I. (1985). **Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica**. San Salvador, El Salvador: UCA Editores (2da. Edición).
- Mead, M. (1972). **Sexo y temperamento**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- Menjívar, M.; Esquivel, R. y Otxotorena, M. (2002). **Actitudes hacia la paternidad: entre las contradicciones del mandato y el involucramiento**. San José, Costa Rica: editado por el INAMU, Colección Teórica No. 2.

- Merlinsky, M.G. (2001). *Desocupación y crisis en las imágenes de género*. En: Poggio, S.; Sagot, M. y Schmukler, B. (comp.). **Mujeres en América Latina. Transformando la vida**. San José, Costa Rica: publicación de Latin American Studies Association, Maestría Regional de Estudios de la mujer (UCR-UNA) y UMBC.
- Miranda, D. (s.f.). **La ubicación de las familias según la condición socioeconómica**. San José, Costa Rica: material de uso interno del Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica.
- Monick, (1987). **Phallos. El símbolo sagrado de la masculinidad**. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos.
- Moya, R. (2005). **Comunicación personal**. Coordinador de la Línea ApH. San José, Costa Rica: Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM). 12 de abril.
- Moore, R. y Gillette, D. (1993). **La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante**. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Naifeh, S. y White, G. (1991). **Por qué los hombres ocultan sus sentimientos**. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara Editores S.A.
- Nascimento, M. (2005). **Comunicación personal**. Coordinador de la Iniciativa de Adolescencia, Género y Salud del Instituto PROMUNDO (Río de Janeiro y Brasilia). San José, Costa Rica: 28 de marzo.
- Ortiz, M. (1993). **Un análisis psicosocial de la relación clientes-prostitutas, realizado con clientes y prostitutas del Sector Central de San José**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Trabajo de Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología.
- Pichón-Riviere, E. (1971). **Del Psicoanálisis a la Psicología Social**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Calerna.

Proyecto Estado de la Nación (1996). **II Informe del Estado de la Nación en desarrollo humano sostenible. Un análisis amplio y objetivo sobre la Costa Rica que tenemos, a partir de los indicadores más actuales (1995)**. San José, Costa Rica: una publicación de La Defensoría de los Habitantes, la Unión Europea, el Consejo Nacional de Rectores (CONARE) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Proyecto Estado de la Nación (1997). **III Informe del Estado de la Nación en desarrollo humano sostenible. Un análisis amplio y objetivo de la Costa Rica que tenemos, a partir de los indicadores más actuales (1996)**. San José, Costa Rica: una publicación de La Defensoría de los Habitantes, la Unión Europea, el Consejo Nacional de Rectores (CONARE) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Proyecto Estado de la Nación (2001). **VII Informe del Estado de la Nación en desarrollo humano sostenible 2000**. San José, Costa Rica: una publicación del Consejo Nacional de Rectores (CONARE), La Defensoría de los Habitantes y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Restrepo, L.C. (1994). **El derecho a la ternura**. Bogotá, Colombia: Arango Editores.

Reyes, R. (2002). *Algunas reflexiones y descripciones sobre el trabajo de Hombres contra la Violencia en Nicaragua*. En: Campos, A. y Salas, JM. (comp.). **Masculinidades en Centro América**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) y del Fondo para la Igualdad de Género de la Embajada de Canadá.

Rivera Medina, E. (1991). **Poder: privilegio y penuria**. San José, Costa Rica.: Ponencia presentada en el XXIII Congreso Interamericano de Psicología.

- Riso, W. (1998). **Intimididades masculinas**. Bogotá, Colombia: Editorial Norma S.A.
- Rivera, R. y Ceciliano, Y. (2004). **Cultura, masculinidad y paternidad: las representaciones de los hombres en Costa Rica**. San José, Costa Rica: una publicación del Fondo de Población de las Naciones Unidas, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y del Centro de Análisis Sociocultural.
- Rodríguez, P. (2000). **Dios nació mujer**. Madrid, España: Colección Punto de Lectura. Ediciones B, SA.
- Rodríguez, M. E. y Salas, J.M. (1991). *Poder y violencia: la perspectiva masculina en relación con la violencia en general y la doméstica en particular*. En: **Revista Costarricense de Psicología**, No. 19, julio-diciembre, páginas 9-20. San José, Costa Rica: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.
- Saéñz, L. y Salas, J.M. (2000). *Intervención psicológica en situaciones de desastre*. En: Garita, N. y Nowalski, J. (comp.). **Del desastre al desarrollo humano sostenible en Centro América**. San José, Costa Rica: una publicación del Centro Internacional para el Desarrollo Humano Sostenible (CIDH), el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Sueco de Gobernabilidad, Reforma del Estado y Sociedad Civil.
- Salas, J.M. (1996). *La mentira en la construcción de la masculinidad*. En: **Revista Costarricense de Psicología**, Año 12, No. 24, mayo-agosto. San José, Costa Rica: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.
- Salas, J.M. (1996). **Masculinidad y violencia doméstica (lo que perciben los hombres)**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Informe Final de Investigación presentado a la Vicerrectoría de Investigación. Proyecto inscrito con el Número 723-95-230.

- Salas, JM. (1998). *Algunos apuntes sobre la violencia doméstica desde la perspectiva de los hombres*. En: Rodríguez, E. (Edit.). **Violencia doméstica en Costa Rica. Más allá de los mitos**. San José, Costa Rica: FLACSO, Cuaderno de Ciencias Sociales 105.
- Salas, JM. (2002). *Violencia intrafamiliar y la masculinidad. Una aproximación conceptual*. En: Campos, A. y González, P. (comp.) (2003). **Hombres con problemas de poder y control. Aspectos teórico conceptuales y propuesta terapéutica**. San José, Costa Rica: publicación del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM), la Organización Panamericana de la Salud, la Caja Costarricense del Seguro Social, el Instituto Nacional de las Mujeres y el Ministerio de Salud.
- Salas, JM. (2002a). **Acerca de la masculinidad. Algunas discusiones y tareas pendientes**. San José, Costa Rica: ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Psicología, 1 de noviembre.
- Salas, JM. (2002b). Gender, Age and Social Class in Psychological Work. En: Zschau, J. y Küppers, A. (editors). **Early Warnings Systems for Natural Disaster Reduction**. Berlín, Alemania: Springer.
- Salas, J.M. y Campos, Á. (2004). **Explotación sexual comercial y masculinidad Un estudio regional cualitativo con hombres de la población general**. San José, Costa Rica: publicación de la Oficina Internacional de Trabajo/IPEC y del Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM).
- Sandoval, C. (2005). **Comunicación personal**. Docente e investigador. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Instituto de Investigaciones Sociales, 29 de abril (en preparación su publicación).
- Selltiz, C.; Jahoda, M.; Deutsch, M. y Cook, S.W. (1980). **Métodos de Investigación en las relaciones sociales**. Madrid: Ed. Rialp, S.A.

- Semanario Universidad (1997). *La fase oculta de la prostitución masculina*. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica. Publicación aparecida en Número 1266, 19-25 de setiembre, página 4.
- Shrader, E. y Sagot, M. (1998). **La ruta crítica que siguen las mujeres afectadas por la violencia intrafamiliar. Protocolo de investigación**. Washington, D.C.: publicación de la Organización Panamericana de la Salud y de la Organización Mundial de la Salud.
- Solano, A. C. (2003). **El hombre inventado: vínculo con lo masculino en la adolescencia**. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Trabajo de Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología.
- Solano, M. (1999). *La teoría de la agresión en Erick Fromm*. En: **Actualidades en Psicología**. Vol.15, No. 101. San José, Costa Rica: publicación de Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica.
- Tapia, N. (2004). **Masculinidad y religión. Identidad masculina y religiosidad en un grupo de adolescentes**. San José, Costa Rica: SIEDIN-UCR.
- Valdés, T. y Olavarría, J. (1997). *Introducción*. En: Valdés, T. y Olavarría, J. (Editores). **Masculinidad/es. Poder y Crisis**. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No. 24.
- Vigotsky, L. (1979). **El desarrollo de los procesos psicológicos superiores**. Barcelona, España: Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo.



Anexos



## Anexo 1

### **Ejercicio de socialización de género**

*¿Cómo aprendimos a ser hombres?*

I. Se les solicita que, en grupo, comenten acerca de las siguientes preguntas

1. *¿Cómo aprendí a ser hombre?*

2. *¿Cuándo era niño y adolescente, qué me decían en la casa, en la calle, en la escuela, en la iglesia, en los medios de comunicación, etc, acerca de lo que es ser un hombre y cómo deben comportarse los hombres?*

Se les sugiere que recuerden y comenten anécdotas en los que se pueda ejemplificar lo que a ustedes les decían acerca de cómo debían comportarse los hombres.

II. De estas preguntas, se les solicita:

a) *hacer un pequeño resumen en un cartelón para ser presentada al grupo*

b) *una pequeña dramatización o una escultura que resuma lo esencial de la discusión*

## Anexo 2

### **El hombre que yo amo**

El hombre que yo amo  
tiene algo de niño, la sonrisa ancha,  
tierna la mirada,  
tiene la palabra de mil hombres juntos.  
Y es un loco amante  
sabio, inteligente.

El hombre que yo amo  
no le teme a nada  
pero cuando ama lo estremece todo,  
guerrero incasable en busca de aventuras,  
tiene manos fuertes, cálidas y puras.

#### **Estribillo:**

El hombre que yo amo  
sabe que lo amo.  
Me toma en sus brazos y lo olvido todo,  
él es mi motivo, es mi propio sol,  
él me da alegrías que nadie me dio.  
El hombre que yo amo  
sabe que lo amo,  
vuela siempre lejos  
pero vuelve al nido,  
el hombre que yo amo  
sabe que lo amo,  
yo lo quiero loco  
pero loco mío.

El hombre que yo amo  
siempre sabe todo,  
no sabe de enojos  
no entiende rencores;  
él arregla todo con sabiduría,  
con sólo mirarme me alegra la vida.

El hombre que yo amo  
 camina en mi mente,  
 es mi único ídolo entre tanta gente,  
 él hace una fiesta con mi pelo suelto,  
 ladrón de mis sueños  
 duende de mi almohada.  
 (Estríbillo)

### **Te compro tu novia**

Te compro tu novia,  
 pues tu me has dicho como es ella  
 y me gustó la información.  
 Te la compro,  
 pues nunca he tenido suerte con las que he tenido yo.  
 Te compro tu novia,  
 no voy a regatear el precio,  
 ni de pronto el valor.  
 Te la compro,  
 no creo que saldría cara  
 aunque cueste un millón.

Pues tu me has dicho que  
 es linda y apasionada,  
 es buena y adinerada.  
 No cela nunca por nada y  
 sabe hacerlo todo en la casa.  
 No sale ni a la esquina,  
 no habla con la vecina,  
 no gasta y economiza  
 y todo lo resuelve tranquila.  
 Véndela, véndela  
 o dile a su madre que me fabrique otra igualita.  
 Si quieres una mía,  
 por ella te las cambio toditas.

Te compro tu novia.  
Te compro tu novia.  
No voy a regatear el precio ni  
de pronto el valor.  
Te la compro,  
no creo que saldría cara  
aunque cueste un millón.

...

(A que no la vendes, a que te la compro)

Es linda y apasionada,  
es buena y adinerada,

...

## Anexo 3

### “El rey”

Yo sé bien que estoy afuera  
Pero el día en que yo me muera  
Sé que tendrás que llorar  
(llorar y llorar, llorar y llorar)  
Dirás que no me quisiste  
Pero vas a estar muy triste  
Y así te vas a quedar

Con dinero y sin dinero  
Hago siempre lo que quiero  
Y mi palabra es la ley  
No tengo trono ni reina  
Ni nadie que me comprenda  
Pero sigo siendo el rey

Una piedra en el camino  
Me enseñó que mi destino era rodar y rodar  
(Rodar y rodar, rodar y rodar)  
Después me dijo un arriero  
Que no hay que llegar primero  
Sino hay que saber llegar

Con dinero y sin dinero  
Hago siempre lo que quiero  
Y mi palabra es la ley  
No tengo trono ni reina  
Ni nadie que me comprenda  
Pero sigo siendo el rey

## Anexo 4

### *EJERCICIO*

#### **“¿Cómo es un hombre en esta sociedad?”**

I. En subgrupos, comenten las siguientes preguntas:

¿Cómo es un hombre en esta sociedad?

¿Cuáles son sus principales características?

II. Utilizando los comentarios anteriores, hagan un monigote o un collage que exprese la discusión efectuada. Si lo desean pueden agregar texto o agregar otros detalles que consideren pertinentes. Pueden utilizar el material de revistas o periódicos que se les entregará.

III. Preparen una breve explicación acerca de lo que elaboraron. El trabajo será expuesto a todo el grupo.

## Anexo 5

### *EJERCICIO DE ORACIONES INCOMPLETAS (adaptado para el tema de masculinidad)*

Se trabaja en subgrupos pequeños o en forma individual. Cada uno de éstos completa el ejercicio y lo lee al grupo. Opcionalmente, la elaboración del subgrupo se puede representar por los medios que sus integrantes dispongan (dramatización, cartel, canción).

1. Para mí, un hombre es .....
2. Cuando un hombre se enoja .....
3. Lo que más le preocupa a un hombre es .....
4. Para un hombre, la amistad con otros hombres .....
5. Lo que más hace sufrir a un hombre es .....
6. Un verdadero hombre .....
7. Cuando un hombre se enamora .....
8. Lo más importante en un hombre es .....
9. Cuando un hombre se entristece .....
10. Lo que más enoja a un hombre es .....
11. Lo que más teme un hombre es .....
12. Cuando un hombre se frustra .....
13. Lo que más preocupa a los hombres de las mujeres es ....
14. Lo que más enoja a un hombre de las mujeres ....

## Anexo 6

### *ANÁLISIS DE CASOS*

En grupos, se discutirá acerca del caso asignado. Luego, para presentarlo en plenaria, cada grupo definirá la forma que considere más apropiada: dramatización, dibujos, escultura, etc.

#### **Caso No. 1**

Cuando la mujer está embarazada, ¿qué comentarios se le hacen acerca de si la criatura es (será) hombre o es (será) mujer?

#### **Caso No. 2**

Julio es un niño de 7 años. En la escuela, los demás niños lo molestan porque él quiere participar en las actividades de las niñas en la clase de Educación para el Hogar y prefiere jugar con ellas; dice que le gusta más eso que jugar con los varones. ¿Qué les parece esta situación?. ¿Qué recomendaciones darían?

#### **Caso No. 3**

Enrique es un adolescente de 16 años a quien le atrae mucho Ana, de 15. Esto es del conocimiento de los amigos de Enrique. El sábado por la noche asistieron a un baile y luego de éste ambos salieron juntos.

El lunes siguiente, ¿qué preguntas le hicieron a Enrique sus amigos?, ¿qué contestó él?

#### **Caso No. 4**

Lucía es una adolescente de 16 años a quien le atrae mucho Jorge, de 17. Esto es del conocimiento de las amigas de Lucía. El sábado por la noche asistieron a un baile y luego de éste ambos salieron juntos.

El lunes siguiente, ¿qué preguntas le hicieron a Lucía sus amigas?, ¿qué contestó ella?

**Caso No. 5**

Luis, de 19 años, tenía algunos meses de conocer a la dependiente (25 años) de una soda cercana al lugar donde él trabajaba. Una noche, al salir del trabajo, la abordó y ofreció acompañarla al autobús; en el trayecto, intentó violarla. No obstante, aún cuando después de un forcejeo la redujo físicamente, no pudo violarla. Ante esto, optó por masturbarse sobre ella.

Luis fue acusado y cuando el juez iba a dictar sentencia por abusos deshonestos, le gritaba: “¡Yo la violé, yo la violé... créame, señor juez!”.

## Anexo 7

### El garrote (Grupo Huracanado)

¡Qué barbaridad, ya no quiere!

Un día desperté muy vacilador  
Y me la agarraba, con ella jugueteaba  
Pero me asusté y me fui al doctor  
Con el mismo aquel que me recomendó  
Que le diera garrote a mi pobre mujer  
(a mi pobre mujer)

Pues ahora comprendo que todo es con medida

Bajadas y subidas te castiga la vida (se repite)

Hoy tengo telarañas y ya no se me estira

#### **Estribillo**

Garrote, garrote, garrote  
Garrote chiquito y grandote  
No quiere, no quiere, no quiere  
No quiere impactar el garrote  
Le lloro, le hablo, le digo que vuelva,  
que yo estoy vivo  
Garrote, garrote, garrote  
Garrote chiquito y grandote

Y me conseguí dos hermosas mujeres

Para ver si así mi garrote funcionaba

Dije: “Ya la hice. Sin preocupaciones”

Fallaron mis intentos, por más que jugueteaba

Ahora me quedó un triste camarón

Por andar de loco, el garrote no aguantó

Aquel valiente, fuerte, impactante

Ahora ya no sirve

En piltrafa quedó

#### **Estribillo**

Pero, ¿ por qué te mueres?

¡Si yo estoy en plena juventud!

## La Celosa (Carlos Vives)

Cuando salga de mi casa  
y me demore por la calle  
no te preocupes Anita  
porque tu muy bien lo sabes  
que me gusta la parranda  
y tengo muchas amistades.

Y si acaso no regreso por la tarde  
volveré al siguiente día en la mañanita (bis).  
Si me encuentro alguna amiga  
yo le digo que la quiero  
pero no es con toda el alma  
solamente yo le presto  
el corazón por un ratico.  
Todos esos son amores pasajeros  
y a mi casa vuelvo siempre completico (bis).

Negra, no me celes tanto  
déjame gozar la vida (bis).  
Tu conmigo vives resentida  
pero yo te alegre con mi canto (bis).

Cuando salgo de parranda  
muchas veces me distraigo  
con algunas amiguitas  
pero nunca te olvido  
porque nuestros corazones  
ya no pueden separarse.  
Lo que pasa es que yo quiero que descanses  
pa' tenerte siempre bien conservadita (bis).

Cómo ya tu me conoces  
te agradezco me perdones  
si regreso un poco tarde  
cuando llegue ya a mi casa  
quiero verte muy alegre  
cariñosa y complaciente.

Pero nunca me recibas con desaire  
porque así tendré que irme nuevamente(bis).  
Negra no me celes tanto  
déjame gozar la vida (bis).  
Tu conmigo vives resentida  
Pero yo te alegro con mi canto (bis)-